

El viaje del Visir para la liberación de los Cautivos

PUBLICACIONES
DEL
INSTITUTO GENERAL FRANCO
PARA LA INVESTIGACION HISPANO-ÁRABE

SECCIÓN SEGUNDA
TRABAJOS EN ÁRABE Y ESPAÑOL

NÚM. 1

**EL VIAJE DEL VISIR
PARA LA LIBERACIÓN
DE LOS CAUTIVOS**

POR EL VISIR

ABÚ ABDEL-LAH MOHAMED BEN ABDELUAHAB
CONOCIDO POR EL VISIR EL GASSANI, EL ANDALUSI



Lo presenta, texto árabe y versión española, el

Profesor Alfredo Bustani

TÁNGER, 1940

obeykandi.com

PRÓLOGO

He aquí el VIAJE DEL VISIR PARA LA LIBERACION DE LOS CAUTIVOS, obra que por primera vez se presenta a los lectores del idioma árabe, a los eminentes arabistas españoles y a los investigadores y estudiosos de España y del mundo árabe.

Hace unos meses publicamos en la Revista «*Mauritania*» un pequeño estudio sobre este precioso documento histórico que aún permanecía en aquella fecha olvidado en algunos archivos; numerosos investigadores y amantes del estudio de la historia nos pidieron desenterrarlo dándolo a la luz íntegramente y con aquellos comentarios que sirvieran para aclarar algunos pasajes confusos o no ajustados rigurosamente a la verdad histórica.

Para dar satisfacción a estos deseos, y para cumplir al propio tiempo la obligación imperiosa que nos imponen las normas del INSTITUTO GENERAL FRANCO, creado con este fin y para el servicio de la alta cultura hispano-árabe, lo damos hoy en la Serie 2.^a de sus publicaciones.

Para nuestro estudio hemos tenido a la vista tres manuscritos: el de Tetuán, señalado indistintamente con el núm. 1 o con la letra T; el de Banu Buzin de las cabilas de Al-Ajmas al Ulía (Altas) en el norte de Marruecos, señalado con el núm. 2 y la fotocopia del que existe en la Biblioteca Nacional de Madrid, señalado por la letra M. Para la mayor parte del trabajo hemos seguido el manuscrito de Marruecos.

Para completar el estudio le hemos añadido al final varios índices con los nombres de ciudades, aldeas, lugares y personas, men-

obeykandi.com

cionados en el mismo con sus correspondientes en castellano. También explicamos algunas palabras que se emplean de un modo especial en Marruecos y otras extranjeras que el autor recogió tal como le sonaban al oído.

El estilo de la obra

Su redacción es muy defectuosa; el estilo resulta a veces casi vulgar, el mismo que usaban los escribientes (Kuttab) gubernamentales de su época y como correspondía al escaso nivel cultural medio que entonces alcanzaba su pueblo.

Errores del autor

Son bastantes frecuentes y se derivan, sin duda, de haber recogido sin la debida comprobación noticias o comentarios. Tiene errores históricos y apreciaciones falsas respecto a la religión del pueblo que visitaba; cae en numerosas equivocaciones respecto al cristianismo, sus doctrinas, sus reglas, sus vicisitudes, sus comunidades religiosas, etc. Se saca la impresión, ante la magnitud de algunos de esos errores, y dadas las variaciones que en los distintos textos se observan, que muchos de ellos han sido introducidos por los propios copistas.

Por respeto al valor histórico del manuscrito hemos cuidado de que tanto en su parte árabe como en su traducción se refleje con fidelidad lo escrito por el autor, sin rectificar ninguno de sus errores. Sólo hemos señalado a veces en notas algunos de esos errores históricos y rectificado algunas palabras y expresiones alteradas por los copistas, tal por ejemplo, la confusión que se establece al principio del relato entre *Tarek* ben Ziad At-Tanyi y *Tarif* ben Malek Al Najai.

Entre otros que contiene el texto y algunos de los cuales hemos señalado en el curso de la obra, hemos de notar el error en el que

cae el autor cuando trata de las discordias que hubo entre el Papa y Enrique VIII, rey de Inglaterra, la separación de éste del seno del catolicismo, la fundación de la secta anglicano-protestante y su casamiento, en la vida de su esposa, no obstante las amenazas del Papa, con una mujer de la cual se enamoró; pues todo esto el autor lo atribuye al rey de Francia cuando explica la fundación del protestantismo.

Valor histórico del manuscrito

Tiene el manuscrito un gran valor histórico debido a su sinceridad, fidelidad y sencillez en la descripción de todo lo que el ministro autor ha visto en España, en orden al progreso, civilización y costumbres, de lo que oyó y experimentó en su viaje sobre la evolución de la política de las naciones y las leyes de los Estados; de la consideración, honores y buena hospitalidad que recibió en aquel país, y de lo que hizo para la confirmación de las buenas relaciones, el desarrollo de los intereses comunes, la seguridad de la buena vecindad entre España y Marruecos y la conclusión de tratados entre los reyes de ambos países.

El ministro autor vació en su relato finas observaciones y preciosos comentarios y nos dejó, de la España de Carlos II, un retrato verídico en pequeño, que quizá sea el más próximo a la verdad y de lo mejor de lo que se ha escrito sobre España.

El autor nos muestra también la grandeza de Marruecos en aquella época, el prestigio, celebridad y majestad de reino que poseían sus reyes, lo que Muley Ismael tenía de diplomacia, decisión, grandeza y poder y el mérito laudable que contrajo en la liberación de cuantos cautivos musulmanes quedaban en España y en la introducción de todos los procedimientos eficaces para el bien y la grandeza del imperio marroquí.

Embajada de Al-Gassani y Embajada de Al-Gazzal

Numerosos historiadores árabes y europeos confunden la embajada de Al-Gassani y la de Al-Gazzal y sus viajes a España, llegando incluso a atribuir equivocadamente este «Viaje» al escritor alfaquí Ahmed Al-Gazzal, fallecido el año 1191 h. Sin embargo, la embajada de éste, conocida por «*la Embajada Española*», fué realizada en el año 1766, correspondiente a finales del año 1179 h. reinando en Marruecos Muley Mohamed Ben Abdelah y en España Carlos III.

El escritor e investigador español D. Tomás García Figueras escribió un precioso estudio sobre una de las etapas de esta embajada, que ha sido objeto de varios trabajos en español, la visita del Gazzal a la ciudad de Jerez ⁽¹⁾. En cuanto a la de Al-Gassani, conocida por el VIAJE DEL VISIR PARA LA LIBERACION DE LOS CAUTIVOS, fué realizada el año 1102 h., correspondiente al año 1690-1691 a. p. e., bajo el reinado de Muley Ismael en Marruecos y de Carlos III en España.

El «Viaje» del Visir Al Gassani no ha cesado de ser el anhelo de los investigadores. Ya el arabista francés M. Sauvaire había hecho en su idioma, el año 1884, una traducción de esta obra bajo el título «*Viaje de un Embajador marroquí a España*» ⁽²⁾. Se apoyó para realizar esta traducción en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (n.º 5304), al cual falta el prólogo del autor y en el del Sr. Gayangos, que es copia del anterior. En su prólogo, M. Sauvaire dice que el autor le era desconocido ⁽³⁾.

(1) Embajada de El-Gazzal (1766). Nuevos datos para su estudio.-Tomás García Figueras.—Larache, Casa de Miguel Boscá Mata, 1938.

(2) *Voyage en Espagne d'un ambassadeur marocain*. Par M. H. Sauvaire. París, 1884.

(3) He aquí la misma expresión del traductor «Son nom nous est inconnu» (de l'auteur).

También hemos de indicar el error cometido por la Biblioteca Nacional de Madrid cuando fija la fecha del viaje en el año 1680-1681 (1). Pues la verdadera fecha del «Viaje» es a principios del año 1102 h., correspondiente al año 1690-91, porque los acontecimientos importantes citados por el autor y ocurridos durante su estancia en España se realizaron entre los años 1690 y 1691 de nuestra era, correspondiente al año 1102 h.

Entre los acontecimientos mencionados figuran la muerte del Papa Alejandro VIII, ocurrida en el año 1691, y la elección de su sucesor, Inocencio XII, el napolitano, en el año 1691, la toma de Mons por los franceses, año 1691, la reconquista de Belgrado por los turcos y muchos otros acontecimientos históricos trascendentales, que comprueban la fecha que hemos indicado. También el autor, a través de la obra, menciona varias fechas de su llegada y salida en ciudades españolas, confirmando todas ese año 1102 h.

Asimismo hemos de observar que el conocido orientalista y competente investigador Sr. Derembourg no mencionó el Viaje del Visir Al-Gassani en su obra *Notas críticas sobre los manuscritos árabes de la Biblioteca Nacional de Madrid* (2); trató en cambio con amplitud del viaje del alfaquí Ahmed Ben Al-Mahdi El Gazzal.

El investigador francés M. Henri Pères escribió un capítulo importante sobre el viaje del Visir El-Gassani y su misión en España, en su obra *«España vista por los viajeros musulmanes desde*

(1) Manuscritos árabes de la Biblioteca Nacional de Madrid nº 5304 «Viaje a España de un embajador enviado por Maulay Ismail a Carlos Segundo y observaciones que hace de todo lo que vió. 4º, papel; 108 folios; Foliación castellana; magrebí; algunas mociones; al principio un folio en blanco y en el siguiente del antedicho título en castellano que debajo lleva esta nota: «Esta embajada se hizo por los años 1680 a 1682.—Catálogo de la Biblioteca Nacional de Madrid.»

(2) *Notes critiques sur les manuscrits arabes de la Bibliothèque Nationale de Madrid*. Por Hartwig Derembourg.—París, 1904.

1610 hasta 1936» (1). En este precioso estudio el escritor francés nos da una idea general del valor histórico del «Viaje» y de la perspicacia del ministro, y demuestra la sensibilidad, la inteligencia, la atención siempre despierta y la fuerza de observación que poseía el ministro y los que le acompañaron en sus viajes.

Sin embargo, el Sr. Pères cayó en algunos errores, seguramente por no haber leído detenidamente el original árabe; tal sucede, por ejemplo, cuando elogia la redacción del Visir; tal vez se haya apoyado en la lectura de la traducción de M. Sauvaire y los comentarios de otros escritores.

Luego se pregunta el Sr. Pères qué ha pasado con los cautivos musulmanes después del regreso del embajador a Marruecos. ¿Los trajo con él o los dejó venir solos? ¿Se comprometieron los españoles a trasladarlos a Ceuta o a algún otro puerto marroquí?

La contestación a estas preguntas nos la darán los días futuros, ligados al esfuerzo de los investigadores y a los flujos y reflujos de la historia. Sin embargo, tenemos algunos Dahires del Sultán Muley Ismael que abren ante nuestros ojos algunas esperanzas, a través de las cuales miramos a este problema envuelto en espesas nubes, que a veces se aclaran dejando aparecer una luz lejana que intenta proyectar sus débiles rayos para ahuyentar la sombra del camino conductor a la verdad y a veces se acumulan más espesas todavía y nos impiden distinguir la verdad y enderezar nuestro juicio.

Pero estamos inclinados a creer que los cautivos musulmanes quedaron en España después del regreso del embajador a Marruecos, así lo demuestran algunos Dahires. Esto fué uno de los motivos que obligaron al envío de Embajadas posteriores a la del Gassani.

En cuanto a la referencia que hace el Visir de la Biblioteca del Escorial, diciendo que la mayoría de sus libros fueron de Sevilla y

(1) *L'Espagne vue pour les voyageurs musulmans de 1610 à 1936*.—Henri Pères.—Paris, 1930.

Córdoba, no quiere decir que ignoraba la verdad del asunto de la Biblioteca de Muley Zaydan, como dice el estimado investigador, pues son muchos los libros que fueron trasladados de Córdoba y Sevilla a la capital. Una parte de éstos fueron a parar al Escorial.

Es cierto que el núcleo más importante de la biblioteca árabe del Escorial fué la de Muley Zaydan, capturada en el mar en el año 1612 y trasladada a Madrid en la época de Felipe III ⁽¹⁾. Pues que el ministro haya descuidado el mencionar esta verdad y haya aceptado la noticia del incendio de los libros, tiene algunos motivos que El-Gassani quiso callar.

Por esto no podemos convencernos de que la Embajada del Gassani y su viaje a España tuvieran por objeto la liberación de los cautivos y la aportación de los libros, sino que existen algunos asuntos importantes, a los cuales no hizo referencia el Visir a pesar de lo que dijo en su prólogo. Pues cuando volvió a su patria, aún el Gobierno Español buscaba a los cautivos.....

Por fin, el ministro El Gassani nos dejó finas observaciones y valiosos estudios sobre la vida social e histórica de las Naciones, sin abandonar el aspecto económico y religioso. Con su pluma sencilla y natural nos dejó un cuadro simbólico, con siluetas delicadas de precioso valor intelectual en el mundo de la investigación y del pensamiento.

Para mayor utilidad de nuestro comentario histórico, lo hemos acompañado de dos breves biografías; una de Mulay Ismael y otra de su ministro El Gassani, autor del «Viaje» que publicamos.

Tenemos la esperanza de que nuestra labor será considerada con justicia y estímulo.

Y Dios, el conductor a la verdad y el único infalible, es nuestro protector.

Alfredo Bustani

Tetuán, Enero 1940.

(1) Muley Zaydan 1012-1037 h. (1603-1628.)

obeykandi.com

Mulay Ismail

1082-1139 h. (1672-1727.)

Es el Cherif alauita, el sultán victorioso, el conquistador valiente, el administrador decidido y el déspota esclarecido, Abú En-Nesar Mulay Ismail.

Fué aclamado Sultán de Marruecos la noche del miércoles 16 de Dulhiya el año 1082 h., teniendo entonces dieciséis años. Asistieron a su aclamación los notables y virtuosos de Marruecos.

Llevó la labor del reino con fuerza y decisión, obteniendo así la sumisión del país en todas sus regiones. Reprimió la sublevación que inició en Marraquech su sobrino Ahmad Ben Mihrez. También cercó la ciudad de Fez durante quince meses, por haberse negado a su aclamación, hasta que por fin sus habitantes presentaron la sumisión el 19 de Rayab de 1084 h. (1673.)

Cuando Mulay Ismail dominó el país marroquí a costa de largas luchas, consolidó la tranquilidad interior, obligó a los ingleses al abandono de Tánger, año 1684; reconquistó Larache contra los españoles, año 1689, y cercó a Ceuta, se decidió entonces a las conquistas exteriores. Así se apoderó de los confines del Sudán, llegando hasta más allá del Nilo, extendiéndose su reino en el Este hasta la región de Biskra y los alrededores de Tremecen. Los países europeos lo temieron y sus reyes se precipitaron a la conquista de su amistad. El soberano marroquí supo corresponder a esta amistad, con la conclusión de tratados y el envío de embajadores. Más cercano que todos estaba el país español, a cuyo rey, Carlos II, Mulay Ismail envió su visir Mohamed Ben Abdeluahab Al-Gassani Al-Andalusi, autor de este viaje.

obeykandi.com

El Visir Mohamed Ben Abdeluahab Al-Gassani

(Fallecido el año de 1119 h.)

Dijo El Cadiri en *Nachr Al-Mazani*: «Es el escritor distinguido Abú Abdel-lah Mohamed llamado Hamú ben Abdeluahab el Visir Al-Gassani El Andalusi Al-Fasi.

»Fué escribiente del Sultán Maulay Ismail, distinguiéndose en este cargo. Refiere que cuantas órdenes recibía las redactaba aprendiéndolas de memoria, sin olvidar ninguna de ellas, a pesar de ser muy numerosas. Nuestro señor el Sultán lo envió a España para rescatar a los prisioneros musulmanes en poder de los cristianos y aportar los libros que quedaban en las mezquitas que pertenecieron a los musulmanes. Contó su viaje en un libro que se llama EL VIAJE DEL VISIR PARA LA LIBERACION DE LOS CAUTIVOS.»

Sidi Mohamed ben Chaafar el Ketani, en su obra *Saluat el Anfas*, trató también de la biografía del Visir Al-Gassani de un modo semejante al del Cadiri. Pero añadió calificándolo de «Alfaquí inteligente dotado de conocimientos muy variados». Dijo también «tenía una facilidad sin par para la copia de los libros y cambió la expresión «Al-Maxahed» por «Al-Masached Al-Mahchura» las mezquitas abandonadas.

Luego terminó diciendo: «Murió a consecuencia de una enfermedad en su casa situada en la calle de Er-Ratl en Fez el Karauin el año 1119 h.»

obeykandi.com

Prólogo del Autor

Loor a Dios.—El que hizo del recreo en los jardines de la historia una distracción para las inteligencias y los pensamientos; el que ensanchó los pechos al libre albedrío recorriendo los Estados y los Continentes; el que embelleció los collares de los países con las perlas de sus suntuosas ciudades. Alabemos a su Gloria por cuanto nos hizo conocer de las experiencias de los viajes, tanto como para llenar cuadernos y libros. Agradezcamos su excelsitud, que ha dotado el viajar de la virtud de descubrir los secretos de las maravillas y las maravillas de los secretos. Y que Dios bendiga y salve a nuestro dueño, Señor y Profeta Mohamed, el más noble que cobijan los cielos y sostiene la tierra, poseedor del más amplio y perfecto honor. Que Dios bendiga a sus familiares, los puros y perfectos, y a sus adeptos los elegidos.

Y después:

Siendo que nuestro señor el Sultán, el imam vic-

torioso y magno, el dotado de virtudes que se unen a las de los antepasados y los modernos; de cualidades que desbordan sobre el universo como los mares encrespados; de la magnitud que no ha cesado de buscar ocasiones de grandeza, dedicándose por-completo a la protección del país, de sus súbditos, de la religión y de las riquezas, con la espada y la lanza, magnitud que defiende la fuerza del Islam y renueva la tradición de su Abuelo—que Dios le bendiga y le salude—; el Glorioso, ilustre y de noble abolengo, sombra extensa de la justicia, Abu En-Nasr Maulana Ismail Ben Maulana Ech-Cherif, haga Dios duradera su victoria, enaltecido su hogar y elevada su capital; siendo apasionado por renovar las tradiciones, y siguiendo en su establecimiento los métodos más claros; estando su preocupación dedicada a la liberación de los cautivos del poder de los cristianos, para obtener la recompensa prometida para la liberación de los cautivos y lo que sobre esto dispone el Profeta Anunciador; siendo yo de los favorecidos por Dios para estar en su servicio, y aventajado por Él para ponerme de su lado, me envió

—haga Dios duradera su grandeza—a Europa, a fin de traer los cautivos musulmanes que en ella se hallan y buscar los libros de leyes que los musulmanes dejaron en las islas andaluzas, para que me corresponda una parte de la recompensa, pues no es la primera merced que obtuve de su parte.

En virtud de su noble orden y cobijado por la sombra de su Majestad y de su prestigio, me dirigí con la ayuda de Dios hacia aquellos continentes. Allí ví maravillas que hechizan los espíritus y alucinan los corazones. En estas páginas recopilé algunas de estas maravillas para protegerlas contra la pérdida, y las escribí por temor al olvido con la esperanza de que sean útiles a aquellos de nuestros hermanos que las lean, pidiendo a Dios ayuda y fuerza; pues es el dueño de los favores, de la generosidad, de la beneficencia y de la bondad.

obeykandi.com

Descripción del Puerto de Gibraltar

En el monte llamado Yebel El Fath (Monte de la Conquista), pues desde él se inició la conquista de la orilla andaluza, cuando Tarek, Dios lo tenga en su misericordia, llegó a él. Musa Ben Nosair—Dios le tenga en su Misericordia—había enviado anteriormente a esta orilla varias vanguardias, por orden de su soberano el Ualid Ben Abdelmalek. Aconteció esto cuando Musa era gobernador de Ifrikia de parte del Ualid y Tarek gobernador de Tánger de parte de Musa. Ya existían entre éste y el Conde Julián, gobernador de la parte de este lado de la orilla ⁽¹⁾, relaciones y correspondencia, en las que le invitaba a pasar el Estrecho y entrar en la Isla ⁽²⁾. Musa escribió al Ualid informándole de ello, a lo que le contestó que lo intentase con unas vanguardias. Así lo intentó enviando a Tarek, quien saqueó y recogió gran botín y prisioneros, regresando al país de Berbería, donde la guerra contra los bereberes infieles reclamaba su presencia. Cuando éstos entraran a formar parte del Islam, después de un horrible saqueo y extensa cautividad, se extendió el saqueo a los infieles andaluces. Al regresar esta vanguardia, victoriosa, sana y salva, preparó Musa otra que atravesó el mar al año siguiente.

El narrador ha dicho: Cuando el Conde Julián invitó a Musa para entrar en España, éste fué a ver al Príncipe de los creyentes, el Ualid Ben Abdelmalek, informándole de ello. El Ualid lo impidió, diciéndole: «No expongas los musulmanes al peligro.» Contestóle Musa: «¡Oh, Príncipe de los creyentes! Sólo he de enviar a mi servidor Tarek con

(1) Se refiere a Ceuta. Julián era gobernador de esta ciudad.

(2) El autor llama isla a la Península Ibérica. Los autores árabes suelen dar el nombre de isla a toda península,

los bereberes. Si ganan, la victoria es nuestra; y si pierden, nada supone esto para nosotros.» Le autorizó entonces para que así lo hiciese.

Después de esto, el Conde Julián trasladó a su hija del Palacio de D. Rodrigo a Ceuta y, estando Musa ya en Ifrikia, Julián vino a visitarle describiéndole la situación de España, su fertilidad y la proximidad entre sí de sus poblaciones, diciéndole que eran fáciles la derrota de sus guerreros y su conquista. Musa le dijo entonces: «Creo en tu consejo, sin embargo la religión me hace dudar.» Tomó el Conde Julián con él a Tarek y sus hombres y con ellos atacó al país, volviendo después salvos y victoriosos. Musa se tranquilizó y pensó en el envío de Tarek con los bereberes, el cual hizo la travesía partiendo del lado de Ceuta y desembarcando en las proximidades de este monte (Yebel Fath), en una pequeña isla situada frente a la ciudad, que está al pie del monte. Es una isla pequeña, de una milla aproximadamente de largo y ancho, limitada por un gran río que baja de los montes de Ronda y sus alrededores. Estos montes, altos y numerosos, dan frente a los montes del Faths, el Habt y otros del país Bereber. La orilla española recibió el nombre de Yazira (Isla) por causa de esta pequeña isla, a pesar de no ser una isla propiamente ya que su territorio está unido y se extiende hasta Turquía y otros países de infieles, tales como el país de Flandes, Italia y Alemania. No existen en esta isla actualmente edificaciones ni habitantes.

El puerto de Gibraltar (Yebel Tarek) es grande y posee una amplia bahía. Tiene en su entrada una ciudadela inaccesible, bellamente construída y aprovisionada de cuanto es menester en cañones y municiones, estando destinada a pernoctar la guardia y el personal de vigilancia, pues la ciudadela domina a todo el puerto. Por el pie de la montaña se extiende una muralla que, partiendo de la ciudadela, se prolonga de una milla de longitud a lo largo de la orilla del mar y termina en la ciudad, a la cual llegan los barcos. La ciudad es mediana, más bien pequeña; la mayoría de sus habitantes son soldados y personas semejantes. Además,

por su situación extrema no tiene comercio ni población de importancia como las otras ciudades. Frente a ella, en la tierra del Islam, se extiende Ceuta con su fuerte núcleo de población; es la más próxima de todas las ciudades de la otra orilla, ya que la distancia aproximada entre ellas por el mar es de quince millas. La mayor vigilancia y preocupación en esta orilla está dedicada a la costa de Gibraltar, frente al país de los bereberes, pues sólo temen a éste y se ponen en guardia contra él, ya que circula en su historia, y lo tienen como cierto, el que ninguna invasión de España es posible desde el mar si no procede del lado bereber, y que la conquista de la orilla española y la travesía del Estrecho, efectuada más tarde, en la época de los reyes de nuestro Marruecos —Dios les tenga en su misericordia—, sólo se realizaron partiendo del sitio que da frente a Yebel el Fath y a Tarif (Tarifa).

He aquí el motivo de llamarse esta ciudad Tarifa: Siendo Musa Ben Nosair—Dios le tenga en su misericordia—gobernador de Ifrikia, de parte del Ualid Ben Abdelmalek, y Tarek, gobernador de Tánger, de parte de Musa, volvió el Conde Julián de Algeciras. Musa escribió al Ualid dándole cuenta de ello. Este le contestó diciéndole: «Inténtalo con una vanguardia y no comprometas a los musulmanes en un país tan difícil.» Pero le contestó Musa, diciéndole que no había peligro en este país. Volvió a escribirle el Ualid, diciéndole: «Inténtalo con unas vanguardias si el asunto es tal como dices.»

Preparó entonces Musa uno de sus libertos bereberes llamado Tarif, apodado «Aba Zeráa», dotándole de cien guerreros de caballería y cuatrocientos de infantería que, en cuatro embarcaciones, atravesaron el mar y desembarcaron en la costa andaluza, en el sitio conocido hoy por Yazira Tarif (isla de Tarif), llamado así por su desembarque en este sitio. Desde aquí avanzó hacia sus proximidades en dirección de la Isla Verde (Algeciras), en las que hizo prisioneros y ganó un gran botín, regresando sano y salvo.

La parte de nuestro país que está frente al Yebel El Fath, es el

monte Beliunes, conocido por Yebel Musa, la montaña de Moisés. Beliunes era el nombre de una ciudad que aquí existió antiguamente y de la que quedan huellas de muros y paredes; sus árboles, que aún se conservan, demuestran su importancia. Está a unas dos millas al sur de Ceuta. Al oeste también de Beliunes existen unas fuentes de agua agradable conocidas en la antigüedad por el nombre de Ain Al Haiat (Fuente de la Vida); se pretende que es Ain Al Haiat, de la que bebió el JIDIR ⁽¹⁾—sobre él sea la paz—. Frente a la misma fuente existe una roca que, en opinión de algunos historiadores, es la misma donde el criado de Musa olvidó el pescado.

Frente a Tarifa se halla la ciudad de Alcazarseguer, situada en Anjera. Son las más cercanas en todo el Estrecho, pues distan entré sí unas ocho millas aproximadamente.

A pesar de ello, estas regiones no están pobladas en proporción del temor de los infieles, ya que entre la ciudad de Yebel el Fath y la ciudad de Tarif sólo hay un campo inhabitado y el terreno que existe entre ambas ciudades es muy extenso.

Llegamos a este puerto (Gibraltar) la tarde de miércoles, a mediados del mes de Moharrem del año 1102 (1690 J. C.) en el mismo día que embarcamos desde la Alcazaba «Afrac», que domina Ceuta. ¡Vuélvala Dios al Islam! Hallamos en el puerto un barco preparado y provisto de soldados, de municiones y de cuanto material necesitaba. Este barco había sido enviado, según las órdenes del Rey, por el Duque (de Medina Sidonia) residente en la ciudad de Sanlúcar y que es el gobernador de toda esta costa y uno de los más notables cristianos, pues no puede ser gobernador de la costa vecina a nuestro país quien no pertenezca a la nobleza antigua y no tenga el título de Duque o Conde.

Este gran buque, que el citado Duque había enviado por conducto del gobernador de Cádiz, ancló en Ceuta. ¡Vuélvala Dios al Islam! Pero habiéndose levantado un viento del este que hace a los barcos imposible

(1) El Jidir (SAN JORGE).

el quedar cerca de Ceuta o en sus alrededores, lo hicieron volver al puerto de Yebel el Fath, en donde se quedaron esperando un viento que les fuese favorable para su regreso a Ceuta con objeto de recogernos. En Ceuta, los habitantes de la ciudad salieron a recibirnos; con ellos salió el hijo del Capitán y nos dijeron que esperaban la llegada de los barcos que estaban en Yebel el Fath. Le dijimos nosotros que o bien fueran a buscarlo o nosotros atravesaríamos el Estrecho con barcos pequeños que, por su rapidez y velocidad, hicieran breve el viaje. Prepararon para nosotros tres barcos pequeños, provistos de soldados y cañones que los protegían, en los que nos embarcamos navegando con la protección de Dios y su apoyo, durante medio día hasta nuestra llegada al citado puerto, trasladándonos desde nuestros barcos al que estaba destinado para nosotros allí, avanzando hasta las proximidades del Yebel el Fath y pernoctando en el barco. Mediada la noche se encrespó el mar con furia agitándose sus olas y balanceándose el barco de derecha a izquierda, revolcándose como se revuelca un animal, a tal punto que tuvimos miedo y pavor. Duró este estado hasta el amanecer. No es posible recopilar ni describir ni retener los horrores del mar, pues el que lo oye no le daría crédito si no lo viese.

¡Que Dios tenga en su misericordia al que dijo: «Pues cuanto se cuente del mar no es imposible ya que sus misterios y secretos son inacabables.»!

Solicitamos entonces del Capitán del barco que nos devolviese a la entrada del puerto por la que hicimos nuestro acceso, pues era éste un lugar resguardado de los vientos, y el mar en él estaba como una laguna. Restablecida la calma y apaciguado el furor del mar, permanecimos ocho días bajo la fortaleza al amparo del Yebel Fath, en espera del viento de levante que nos fuese favorable para efectuar el viaje a Cádiz como era nuestra intención y deseo y en cuya ciudad ya los cristianos estaban prestos a recibirnos y reunidos a tal efecto.

Durante nuestra permanencia en el citado puerto, su gobernador

nos hacía objeto de toda clase de atenciones obsequiándonos diariamente con frutas secas y frescas, excusándose siempre de negligencia, pues en poco tenía todo lo que hacía con nosotros, hasta que, mediada la noche del miércoles, octavo día de nuestra permanencia, uno de nuestros acompañantes percibió el viento de levante. Nuestro amigo de referencia conocía bien las cosas del mar, por sus muchos viajes marinos, y aunque el Capitán del barco se encontraba dormido, le despertamos, haciéndole saber que ya el viento se había levantado. Inmediatamente nos dispusimos y salimos de nuestro sitio, encontrándonos frente a la ciudad de Tarif cuando llegó el alba. Es esta una ciudad mediana, situada en la costa del mar y en un bello paraje. Su nombre es debido a que la ocupó Tarif, según ya hemos dicho anteriormente; y de nuestro país la ciudad que se encuentra frente a ella es la de Alcazarseguer. No cesamos de navegar durante el día siguiente y al rezar el Dohor, dimos vista a la ciudad de Cádiz. Es esta una ciudad grande, situada en una isla sobre el mar, con un camino que la une con la tierra, rodeándola el agua por sus siete octavas partes. Tiene un gran puerto cuya amplitud no es posible calcular y al que acuden numerosos barcos grandes y pequeños. Como es una ciudad tan grande, a ella se dirigen viajeros y comerciantes de todas partes y de todos los pueblos y ciudades que le son próximos y limítrofes con objeto de comprar y vender mercancías y para trabajar. Se reúnen en el puerto embarcaciones pequeñas que acuden a la ciudad trayendo material y numerosos alimentos, o frutas y otros productos cuyo número no es posible detallar. Cuando sube el sol, las barcas se deslizan como si estuviesen dotadas de alas o quisieran ser como las cabelleras de las gacelas y, semejando círculos como la luna en su cuarto, se extienden en la superficie del mar como grupos de negros caballos en tropel. ¡Gloria al Rey creador y poseedor del Mundo Supremo!

Cuando el gobernador de la ciudad vió en este día soplar el levante que nos llevaría hacia ellos, se dispuso nuestro recibimiento con gran presteza y esplendor. Reunieron los soldados y caballos que tenían, pre-

pararon sus cañones de mar y de tierra y salieron hacia el mar a esperar nuestra llegada. Cuando nos hallábamos a unas dos millas del puerto, llegó hasta nosotros un Capitán en una de las embarcaciones del gobernador, la cual había sido engalanada con toda clase de colchonetas y telas de seda, y en la que iba colgada una bandera del Rey. Subió a nuestro barco el Capitán, dándonos la bienvenida y en bellas palabras disculpó la ausencia de su representado, que quedó en la ciudad preparándose para nuestro recibimiento. Descendimos de la nave grande en las barcas pequeñas y nos dirigimos a la ciudad. Allí estaba el gobernador de pie en el extremo del muelle y con él también estaban presentes todos los habitantes de la ciudad, hombres, mujeres y niños. De toda ella no dejó de asistir quien supiera tocar un instrumento o cantar, como tampoco quedó cañón en las murallas de la ciudad o en los barcos grandes al cual no se hiciera disparar.

El citado gobernador nos recibió con todo esplendor, mostrándonos su alegría por nuestra llegada, recibiéndonos también todos los musulmanes, hombres, mujeres y niños, cautivos que había en la ciudad. Estos se alegraban y proclamaban su profesión de fe, bendiciendo al Profeta (¡que Dios le bendiga y le salve!), dando gritos de júbilo para nuestro Señor el Victorioso por la gracia de Dios. Hablamos con ellos y les prometimos que todo se arreglaría ya que nuestro Señor—hágallo Dios victorioso—no les abandonaría mientras que gozara del favor divino. Fué para ellos este día de gran fiesta por la llegada de la buena nueva que Dios les enviaba por mediación de nuestro poderoso Sultán, y sobre todo cuando supieron que nuestro Señor no tenía, al reunir a los cautivos cristianos, otra intención que la de liberar a los musulmanes que se encontraban en poder del enemigo infiel. ¡Que Dios les confunda! Con gran satisfacción comprendieron la buena intención que el Rey abrigaba respecto a ellos. Que Dios conserve su vida y haga perdurar su existencia.

El gobernador nos hizo entrar en la ciudad y nos dirigió hacia una gran casa destinada para nuestro hospedaje, haciéndonos presentar toda

clase de alimentos. Durante aquel día y toda la noche, tanto él como los notables que le acompañaban, no cesaron de atender a todas nuestras necesidades. Seguidamente empezó a preguntarnos sobre el objeto de nuestro viaje y si teníamos posibilidad de permanecer en su ciudad para descansar algunos días. Le dijimos que no nos era posible permanecer en ningún sitio sino que teníamos que llegar a donde nos dirigíamos y cerca del Rey del cual éramos enviados. A esto nos contestó: «Este es el deseo de nuestro Señor y Rey, y él cuenta alegremente con vuestra visita y espera vuestra llegada rápidamente.»

Nos pusimos de acuerdo para emprender el viaje al día siguiente. Entonces nos trajo dos coches y nos llevó a la ciudad, que recorrimos calle por calle. Es una ciudad grande y bien poblada; en sus mercados abundan los comerciantes, los artesanos y los hombres que se dedican a compra y venta. Además no tiene muralla, excepto por la parte que da al puerto; por las restantes, sus murallas son el mar, el cual, por su poca profundidad y las muchas piedras que allí existen, impide el acceso de los buques.

Al día siguiente, el citado gobernador y las personas de relieve que con él estaban amanecieron haciendo los preparativos para nuestro viaje, y, como de costumbre, salieron todos los habitantes de la ciudad, soldados, jinetes y otras gentes, para despedirnos después de haber enviado un aviso de nuestra llegada al gobernador de Santa María, a fin de que preparasen el sitio donde nos iban a hospedar. En la mañana del día que nosotros salimos de Cádiz, mientras hacíamos nuestros preparativos para el viaje, se nos presentó uno de los monjes cristianos que se había criado en Constantinopla, el cual nos informó de la victoria obtenida, con la ayuda de Dios, por el Ejército de los musulmanes y que el Sultán Seliman—¡que Dios le ayude!—había ocupado la ciudad de BIR EL AGRAD (Belgrado) y sus alrededores y que además se cuidaba de reconstruir todo lo que se había destruido en sus edificaciones, así como en la restauración de las murallas que habían sido destruidas, poniendo

mano a la obra de reconstrucción, empleando unos doce mil obreros y albañiles. Recibimos con gran alegría la noticia del triunfo que Dios concedió a los musulmanes. Los cristianos veían también en la reconquista de esta ciudad una gran fuerza para el Sultán, a quien grandemente ensalzaron.

Salimos hacia el mar encontrando dispuesta, tal como la dejamos, la barca que nos había desembarcado de nuestro buque. En ella pusimos pie y con el poder de Dios Excelso nos dirigimos a la ciudad de Santa María, que se encuentra a unas seis millas, de modo que no hubo transcurrido una hora cuando ya tuvimos la ventura de estar frente a dicha ciudad. Allí encontramos un escuadrón de caballería compuesto de unos cien hombres que se aprestaron a nuestro recibimiento haciendo muestras de alegría y contento. Cuando anclamos en el puerto de Santa María, vimos en la orilla una gran muchedumbre de hombres y mujeres, habiendo acudido también para nuestro recibimiento el gobernador de la ciudad y su juez, acompañados de dos coches para subirnos en ellos. Al encontrarnos con ellos nos hicieron objeto de un hermoso recibimiento y cortesía, digno de reconocimiento. Entramos en la ciudad recorriendo sus casas, calles y mercados. Es una ciudad grande, ancha y espaciosa, teniendo sus calles empedradas; es una de las capitales de la orilla andaluza y uno de los centros a donde se dirigen las actividades y el comercio. A pesar de esto, no tiene muralla que la separe del mar; tampoco tiene muralla en su otra parte unida a la tierra. En su extremidad del lado del mar existe una casa grande, cuya puerta de entrada ha sido tapiada. Es la casa en la que se hospedó el Sultán Ech-Cheij, hijo del Sultán Ahmed Ed Dahabi, llamado Ad-dajel porque entró en España; está inhabitada actualmente, puesto que es costumbre de los cristianos el respetar la casa que ha servido de alojamiento a un Rey, tapiando sus puertas para que no la habite nadie y siendo señal de esto el tapiado. Así hicieron en Madrid en una casa que hasta la actualidad no ha sido ocupada desde los tiempos de Carlos V, el cual había ven-

cido en una guerra al Rey de Francia y lo hizo prisionero, trayéndolo a la capital de su reino, Madrid. Fué en esta casa donde le hospedó, reteniéndolo en su poder cierto tiempo hasta que se dignó concederle la libertad, conservando dicha casa en la misma situación, tapiándose sus puertas. Esta casa es muy célebre y conocida.

Cuando llegamos a la casa destinada para hospedarnos en Santa María, llegaron sus habitantes y sus notables para saludarnos y darnos la bienvenida, con tales muestras de agrado y con tal hermoso recibimiento y contento que no lo tuvo ninguno de los otros. No cesaron constantemente el gobernador y el juez de visitarnos hasta que la noche extendió su manto y embelleció el espacio con la luz de las estrellas. Al día siguiente, cuando amaneció, vino a vernos uno de los caballeros del Duque, gobernador de esta costa, que reside en la ciudad de Sanlúcar, quien nos presentó disculpas al no asistir él, por una enfermedad que le impedía llegar hasta nosotros. Aceptamos sus disculpas y salimos de la ciudad, habiendo salido nuevamente sus habitantes para despedirnos. Salieron el juez y el gobernador ya citados, acompañados del escuadrón de caballería, con su Capitán, que vinieron acompañándonos durante unas tres millas hasta llegar al límite que separa su región de la de Charich (Jerez); allí echaron pie a tierra los notables y todos los que nos acompañaban, despidiéndonos y presentando sus excusas y que era poco lo que habían hecho, diciéndonos:

«Este límite nos separa del gobernador de la ciudad frente a la cual nos hallamos; si pudiéramos continuar, iríamos con vosotros durante todo el día como prueba de consideración y veneración al que os envía.» El objeto de su expresión era como el dicho de: «Por un solo ojo, a mil se le hace el bien.»

Nos despedimos de ellos, continuando nosotros nuestro viaje hasta que llegamos a la ciudad de Jerez. En los alrededores de ésta hay un amplio terreno que contiene una cantidad innumerable de árboles regados por ríos; se ven allí olivos, jardines, viñas y todas clases de plantas.

Jerez es una ciudad grande, amplia, en la que existen vestigios de una civilización antigua, pues quedan aún huellas de sus murallas; pero su mayor parte está en ruinas porque los cristianos no se cuidan de la construcción de murallas y fortificación de las ciudades, excepto algunas de ellas próximas al mar, como Cádiz, por la parte que da al puerto, la ciudad de Yebel Fath, que tiene una fortaleza y murallas no altas porque están construídas sobre el mismo mar.

La ciudad de Jerez tiene el sobrenombre *de la Frontera*, cuyo significado es este mismo, entendiéndolo así por ser y dar vista a la tierra del Islam. ¡Hágalo Dios Fuerte! La mayor parte de sus habitantes son descendientes de los musulmanes de España que se cristianizaron. Son gentes labradores y agricultores. La cruzamos al medio día y no cesamos de caminar durante todo este día hasta que llegamos a una ciudad cuyo nombre es Briyah (Lebrija). Es una ciudad pequeña con matiz rústico en la que se conservan restos de murallas destruídas también. Nos recibieron su gobernador y su juez y nos hospedaron en la casa de uno de sus notables poniéndose todos a saludarnos.

Fué allí donde uno nos dijo con leves indicaciones, puesto que no podía declararlo de otra manera, que era descendiente de una familia musulmana de España. Desde luego, la mayor parte de sus habitantes proceden de los musulmanes españoles. Pero como se criaron en el centro mismo de los infieles, han sido vencidos por la desgracia. ¡Que Dios nos libre!

Al día siguiente continuamos nuestra marcha hacia una ciudad llamada Trirah (Utrera), cuyos alrededores son de un terreno amplio y poblado por cortijos de labor y ganado. La mayor parte de ganado lanar andaluz es blanco y negro. A unas dos o tres millas a la izquierda del caminante, cuando se dirige desde Briyah (Lebrija) a Trirah (Utrera), se halla el río Uad el Kebir (Guadalquivir), que baja de Sevilla y en el cual se reúnen las aguas de todos los ríos de Andalucía; es navegable para las embarcaciones en un recorrido de cuarenta millas desde el Océano Atlántico hasta Sevilla.

La ciudad de Trirah (Utrera) es mediana, ni pequeña ni grande, y la mayor parte de sus habitantes proceden de los andaluces musulmanes. Llegamos a ella en la tarde de este día; encontramos a todos sus habitantes que salían a pedir agua, llevando cada uno una cruz al hombro; en este estado nos recibieron no pudiendo faltar a ello. Nos hospedamos en una gran casa que domina la mayor parte de la ciudad. Cuando dejaron las cruces, volvieron nuevamente a saludarnos con agrado y contento. Sus habitantes son de una gran prestancia y lo más notable de ellos es la belleza en hombres y mujeres. Por cierto que vimos dos muchachas: la hija del gobernador y la del juez, de una belleza, preciosidad y perfección, que nunca vieron mis ojos en toda España mujeres más guapas. Eran de origen andaluz, de la sangre del último Rey de Granada, que perdió esta ciudad y que es conocido entre los cristianos por el «Rey Chico».

A propósito de esto, en la ciudad de Madrid, un hombre llamado Don Alonso, nieto de Musa, hermano del «Rey Chico», me informó que las dos jóvenes de Trirah (Utrera), eran de su sangre. Este Don Alonso era un hombre de bello aspecto, de buen carácter, fuerte y valiente; era muy conocido entre los cristianos y tenido por uno de sus mejores y más valientes caballeros, de espíritu decidido y arrojado. Capitán de Caballería al que los cristianos reconocían gran valor. Sin embargo demostraba simpatía hacia los musulmanes que encontraba, les refería su ascendencia, mostrando gran contento cuando oía noticias del Islam y de los que lo profesaban, pues me llegó a contar que su madre, cuando estuvo embarazada de él se le antojó comer el «alcuscus», diciéndole entonces el padre: «No vaya a ser que la preñez que tienes en tu vientre sea un gran señor de los musulmanes», con lo cual bromeaba, pues no le disgustaba su ascendencia, ya que la conocían y sabían que procedían de la Casa Real. ¡Que Dios nos preserve del error y que nos dé la perseverancia en el camino de la rectitud!

Como mayor prueba de alegría, los habitantes de Trirah (Utrera),

en la noche que pernoctamos en ésta, nos trajeron un grupo de los frailes que mejor cantan en sus Iglesias, aportando éstos los instrumentos de música. Entre éstos había uno que llaman el arpa: tiene muchas cuerdas y se parece a un telar; pretenden que este era el instrumento del Profeta David. ¡Que sobre nuestro Profeta y sobre él sea la bendición de Dios y la paz! Yo he visto un retrato de los que ellos colocan en sus habitaciones y en sus casas, pretendiendo que es el retrato de David, pues todas sus historias y su religión, están tomadas de la religión israelita y de la Biblia, salvo, según pretenden, la diferencia que resultó entre ellos y los hebreos cuando éstos prendieron al Mesías y lo mataron. Desde entonces, no han cesado de introducir en su religión y en sus falsas creencias lo que les relata el Papa en Roma. (Aquí una frase difamatoria contra el Papa.)

Entre la ciudad de Trirah (Utrera) y Marchinat (Marchena) hay una distancia de unas veinte millas, cuyo espacio es de un terreno próspero y feraz, no habiendo en este país andaluz más montes que los que quedan situados a la derecha del caminante y que aparecen a la vista, como los montes de Ronda. Entre ambas ciudades cruza un río grande sobre el que hay un bello puente de hermosa construcción que data de la época de los musulmanes, y es en este río donde se desarrolló la batalla de Zalaca. También existe una pequeña Iglesia, en cuyas paredes figura un grabado de la referida batalla. La ciudad de Marchena es una ciudad mediana, en la que se conservan también huellas de la antigua civilización, pero en la actualidad es más bien una ciudad rústica. Sus habitantes son agradables y algunos de ellos se atribuyen su descendencia a los andaluces musulmanes. Desde esta ciudad a la de Azijah (Ecija) hay una distancia de veintiuna millas, siendo todo este terreno fértil y en él abundan huertas y jardines, en su mayoría árboles y olivos. En la ciudad de Marchena, por la parte que da a Azijah (Ecija) hay unas ocho millas, donde abundan los olivos y en cada bosque de estos hay una casa que sirve para almacén de aceitunas y como vivienda para los

que están encargados de los bosques. Igualmente, a partir de Azijah, por el camino de Marchena, hay olivos en un recorrido de ocho días y de los cuatro lados del caminante, pues Andalucía es, en la otra orilla del Estrecho, la región más rica en árboles y olivos. Cerca de la ciudad de Azijah, en una colina que domina la ciudad, existen vestigios de una antigua construcción reformada; se pretende que era la residencia de un santón musulmán y que fué conservada en su estado antiguo, por lo que han visto de las gracias del santón. Cuando nos acercamos a la ciudad de Azijah vimos desde ella un hermoso paisaje, sin igual en las otras ciudades de la Península, ya que queda situada en un bello rincón a la orilla del río llamado Uad Chinil (Río Genil).

Este río, desde el sitio que comienza, Uad y Ach (Guadix), tiene lugares de recreos, jardines y bellos paisajes que ocuparon las inteligencias de numerosos autores andaluces. Sobre él se han compuesto un número incalculable de poesías de todos los ritmos y medidas. De ellas recordamos lo dicho por Atir Ed-Din Abi Haian, que, hallándose en Egipto, expresa su nostalgia hacia Granada y describe sus viviendas en ella, mostrando su dolor y llorando por sus centros e instituciones:

«¿Recuerdas aquellas casas en el Ahbal y aquellas otras alineadas en las dos orillas del Genil?

»¿Recuerdas aquellos paisajes, panoramas y habitaciones reservadas para las moras con sus vestidos largos?

»Donde florecieron las flores en los jardines, aspirando entonces un aroma más delicioso que el sándalo.

»Donde los pájaros cantan con la elocuencia del trino encima de las finas ramas que se mecen removiendo el dolor del enamorado y haciendo verter sus lágrimas.»

Aún los cristianos lo llaman por su nombre primitivo. Un gran río que descende del valle de Ach y del valle del Genil, en los alrededores de Granada y sus montes. Sobre este río existen innumerables bellos lugares de recreo, huertas, jardines, molinos y toda clase de plantaciones,

siendo esta parte de toda la región andaluza, lo más bello que hemos visto como paisaje y recreo. La ciudad está situada a la orilla de este río con todo lo que la rodea de huertas y jardines, constituyendo el espacio de toda su vegetación un cielo rodeado por sus astros.

Por cierto que la belleza de este río y sus hermosos paisajes me recuerdan lo que dijo la poetisa Hamuda la andaluza, la mujer poeta que era de Guadix:

«Mis lágrimas han desvelado mis secretos sobre un río que lleva trazas visibles de belleza.

»¡Qué río circula en cada jardín! ¡De qué jardín está bordeado cada río!

»Entre las gacelas, una ha cautivado mi alma; ya me habrá robado mi corazón.

»Tiene una mirada que suspira por alguna cosa y esa cosa me impide dormir.

»Cuando deja flotar sobre ella su cabellera, veo la luna llena en medio de negras nubes, como si a la mañana se le hubiere muerto un hermano y vistiere sus ropas de luto.»

Hamuda es de las poetisas más famosas de Andalucía. Su biografía es muy conocida y tiene el sitio que le corresponde entre las noticias de los poetas y poetisas del Andalus. Es ella quien dice:

«Y cuando los intrigantes lo han rehusado todo, a excepción de nuestra muerte, pues ellos no tienen que temer ni mi venganza ni la tuya.

»Cuando han lanzado sus bandas para coger nuestros entretenimientos y que mis defensores y los que me sostienen se han reducido a un pequeño número.

»Yo los he vencido con mi mirada por las lágrimas, y con el sable, la matanza y el incendio.»

Por cierto que al ver esta ciudad y sus preciosos paisajes he añá-

dido a los dos versos del Yaziri, que me han servido de modelo, otros dos de mi composición:

«Cuando mis ojos vieron su belleza, juré que no se podía imaginar otra semejante.»

He aquí los dos versos que añadí:

«Sálvela Dios, para que su verdadera religión sea allí practicada, quedando ésta preservada de toda inquietud.»

«Por la mano de alguno que reparte justamente las recompensas, es agradable a Dios y desciende de la más eminente de las criaturas.»



Cuando nos encontrábamos cerca de la ciudad, salió el Gobernador en su coche acompañado de sus hijos y de algunos oficiales; éstos montaban caballos que, según pretendían, eran de los mejores caballos andaluces. Nos recibió en las afueras de la ciudad y nos dió la bienvenida demostrando toda clase de alegría y amabilidad. Nos llevó a la ciudad, haciéndonos recorrer todas sus calles, plazas y mercados. La hallamos mediana, con verdadero aspecto de ciudad y muy limpia. Sus habitantes son bellos y de buen carácter. En su centro está la mezquita, de forma magnífica y de construcción perfecta, con naranjos en el patio. Esta mezquita es de la época de los musulmanes y se conserva en su estado antiguo.

Llegamos con el Gobernador a su casa, que es grande y amplia. Fué en ella donde nos hospedó con toda clase de honores y de buen trato, con palabras y hechos. Allí pasamos la noche y al día siguiente salimos de la ciudad, encontrando en su extremo un puente magnífico, alrededor del cual hay numerosos edificios y molinos.

Continuamos luego la marcha hasta la ciudad de CORDOBA.

Es una gran ciudad y una de las capitales de España. Fué antigua residencia de reino y en ella también vivían los Gobernadores del Andalus anteriores a la entrada de Abd er Rahmán ben Muauiya. En el año

168 h. Abd er Rahmán se trasladó desde *Ar-Rasafa*, donde habitaba, a Córdoba haciéndola la capital de su reino y residencia de su imperio y jalifato. Ya había sido la residencia de los reyes Omeyas desde la época de Abd er Rahmán Ad-dájel (el I), y otros de los que le precedieron y sucedieron.

La ciudad está situada al pie de un monte llamado Sierra Morena, a la orilla del Guadalquivir, que descende de los montes de Baeza, Jaén y otros. Los cristianos lo llaman por el mismo nombre que tenía en tiempo de los musulmanes. Este río es el más grande de toda Andalucía. A él afluyen todos los demás y es el que atraviesa Sevilla desembocando en el mar, por la ciudad de Sanlúcar. En las afueras de Córdoba hay innumerables jardines, huertas y viñas.

Al acercarnos a la ciudad salieron sus habitantes para recibirnos. También salieron los cautivos musulmanes profesando su acto de fe y pidiendo el triunfo para nuestro señor el victorioso por la gracia de Dios⁽¹⁾, repitiendo los niños cristianos lo que ellos decían.

Al entrar en la ciudad, la encontramos grande, muy poblada y provista de todos los oficios e industrias. La mayor parte de los vendedores son mujeres. Fuimos hospedados en la casa del Gobernador. Al día siguiente la abandonamos habiendo visitado su gran mezquita, tan célebre y tan conocida.

Es una mezquita muy grande, y de construcción perfecta. Tiene en su interior mil trescientas sesenta columnas, todas de mármol blanco. Entre cada dos columnas hay un arco montado de otro arco. Tiene catorce puertas, pero muchas de ellas han sido cerradas. Su mihrab musulmán se conserva en su antiguo estado sin ninguna reforma. Sólo le pusieron una ventana de cobre con una cruz delante. No entra nadie allí, nada más que el encargado de la cruz. No se le añadió nada ni en su interior ni en sus paredes. Tiene esta mezquita un patio muy grande

(1) Se refiere al Sultán Mulay Ismail.

con una fuente de agua en el centro rodeada de ciento diez y siete naranjos.

Frente al mihrab, en el patio, se halla el minarete de la mezquita, construído con piedras y que, a pesar de ser muy grande no es tan elevado como el minarete de Sevilla y de Toledo. Está construído sobre una de las puertas de la mezquita que da frente a la Flecha. El techo y las puertas de la mezquita se conservan en su estado antiguo, sufriendo sólo las reformas que necesita el techo para impedir su derrumbamiento.

Los cristianos han hecho en el centro de esta mezquita, frente a su mihrab, una gran cúpula con rejas de cobre amarillo. Al interior de esta cúpula pusieron una cruz y los libros de oraciones a las cuales asisten acompañándola de música. ⁽¹⁾

Las puertas de esta mezquita se hallan en el mismo estado que tenía al ser construída y conservan las escrituras árabes grabadas sobre ellas.

Además, es una de las mezquitas más grandes y más célebres del mundo.

En el año 199 h. el imán Abd er Rahmán I compró a los cristianos por cien mil dinares una iglesia antigua que se hallaba en el sitio donde fué elevada la mezquita, aumentando así su superficie.

En esta fecha puso los cimientos de la mezquita de Córdoba y empezó las obras de construcción y embellecimiento. La construyó del dinero de los habices, gastando en ello doscientos mil dinares. Refiriéndose a esto, dice un poeta:

«Sacó en pro de Dios ochenta mil en plata y oro.»

«Gastándola en una mezquita cuya base es la piedad y cuyo programa es la religión del profeta Mahoma.»

«Verás el oro reluciente entre sus alturas que brillan como el resplandor del relámpago.»

Le hizo entonces siete puertas; pero los reyes omeyas no han ce-

(1) Se refiere a la sillería del coro de la Catedral.

sado de aumentar en su construcción y embellecimiento hasta la época del Manzor ben Abí Aamer.

Sin embargo, anteriormente a él, ya el imán Abd er Rahmán Ben Alhakem ben Hixem ben Abd er Rahmán había perfeccionado la obra de su ascendiente Abd er Rahmán I, elevando el techo de la mezquita. Refiriéndose a esto, su poeta Ibn Al-Muzanna, dice:

«Has elevado para Dios la mejor casa ante cuya descripción la gente queda muda.»

«Se acude hacia ella de todos lados como si fuese la mezquita Al-Haram.»

«Su mihrab, cuando la gente en él se agrupa, parece Ar-Rukn y Al-Mucam.»

Dijo otro poeta:

«Construyó una mezquita para Dios, que nunca se hizo cosa igual; tampoco hay sobre la tierra mezquita que se le pueda comparar.»

«Salvo la que construye Ar-Rahmán ⁽¹⁾ y la mezquita que construyó el profeta de los musulmanes, Mahoma.»

«Tiene unas columnas coloradas y verdes como si brillasen en ellas piedras preciosas.»

«Que Dios te conserve sano y salvo y victorioso en todos los asuntos.»

«Ojalá pudiésemos servirte de rescate en todo accidente y que Dios te conserve eternamente entre nosotros para el bien del Islam.»

Abd er Rahmán II es el primero que dió al jelifato en el Andalus su aspecto de grandeza y consideración; y ordenó la construcción de la mezquita de Sevilla y su muralla para defenderla contra las invasiones de los infieles por el Mediterráneo en el año 230 h.

Cuatro años después, Abd er Rahmán II ordenó la construcción de grandes mezquitas en toda España, que fueron edificadas entonces dotándolas de tribunas para los oradores.

(1) Quiere decir Abd er Rahmán.

Sus mujeres se hacían la competencia en la construcción de las mezquitas y en su embellecimiento y en adquirirles bienes, imitando en esto al soberano Abd er Rahmán. Así se construyó la mezquita Tarub, Mayd, Ach-chefa y Metaa.

Tomaba gran interés por los libros de ciencia y de literatura, enviando a Bagdad a su hombre de confianza Abbas ben Naseh Az-zuafi; proveyéndole de gran cantidad de dinero. Este compró numerosos libros raros, siendo Abd er Rahmán II conocedor de lo extraño en el idioma, sabiendo de memoria gran número de poesías árabes y los días memorables en la historia.

Una vez, Hassana At-tamimia (de Banu-Tamím), vino a presentarle una denuncia contra Yaber ben Labid, Gobernador de Olvera: Resulta que el padre de Alhakem había firmado un escrito para Hassana, en el cual le concedía la liberación de sus posesiones incitándola al bien. Ella pidió a Yaber lo que le concedía el escrito; pero el Gobernador se negó a hacerlo.

Entonces, Hassana vino al palacio del imán Abd er Rahmán II, penetró en el patio y simpatizó con una de sus mujeres, quien la hizo llegar a él, estando entonces en un momento de diversión. Al referirle su genealogía, el Sultán la reconoció así como a su padre. Dijo entonces Hassana, improvisando estos versos:

«Hacia el poseedor de la grandeza y de la gloria nos hemos dirigido montados en caballos que se calientan al fuego del sol del mediodía.»

«Para soldar mi fractura, pues es el mejor soldador y para que me defienda contra el opresor Yaber.»

«Pues por el odio que éste nos tiene hemos quedado como el pájaro entre las garras de una fiera.»

«Es propio que ayudes a quien, como yo, está atemorizada por la muerte de Abulaasi, que era mi protector.»

«¡En paz descansa! Si viviese, no hubiese sufrido la agresión del tiempo.»

«¿Puede Yaber borrar lo que su mano ha escrito? ¡Pues seguramente que así ha cometido un gran crimen!»

Cuando terminó de decir estos versos le entregó el escrito de su padre que la concede la liberación de sus bienes y la incita al bien, contándole todo lo que pasó con Yaber y su negativa en hacerle caso. Abd er Rahmán tuvo compasión de ella; cogió el escrito de su padre, lo besó y lo puso sobre sus ojos, diciendo: «Seguramente que Ben Labid ha rebasado sus límites, y su procedimiento ha sido estúpido. ¿Cómo viola la orden del imán Alhaken mientras nos basta seguir su camino y cumplir, después de su muerte, con sus órdenes? Vete, joh, Hassana!, pues ya lo he destituido por tí.» Entonces firmó un escrito igual al que había firmado su padre. Ella le besó la mano y se fué, habiendo Abd er Rahmán ordenado que se le entregase una recompensa. Desde Olvera le envió una poesía, en la cual dice:

«El descendiente de los Haximitas cumple las mejores acciones del mundo y estimula más que nadie a los que se dirigen hacia él.»

«Cuando en la batalla sacude su lanza, ésta queda preñada de sangre.»

«Di al imán: ¡Oh, tú quien perteneces a la mejor ascendencia, comparando entre padres y ascendientes!»

«Me has hecho justicia y no has consentido mi opresión. Pues he aquí mi agradecimiento permanente.»

«Si me quedo, vivo de tus favores, y si me marchó, ya me has provisto de todo lo que necesito.»

Luego, Abd er Rahmán Alnaser—es Abd er Rahmán ben Mohamed ben Ab er Rahmán II ben Alhakem ben Hixem ben Abd er Rahmán I ben Muauiya ben Hixen ben Abdelmalek Ben Maruan, que son la estrella de Banu Omeya en España—emprendió el engrandecimiento de la Mezquita de Córdoba, y la terminó, teniendo ésta al terminar sesenta y seis arañas y en cada una veinte copas doradas.

En el año 355 h. fué acabada la tribuna de la mezquita de Cór-

doba y elevada en la macsura, siendo compuesta de ébano, de sándalo colorado y amarillo. Costó quinientos treinta y cinco dinares, tiene nueve escalones y pesa treinta y seis mil libras. La ampliación que se hizo en la mezquita costó más de ciento sesenta y un mil dinares. En el año 381 h. Almanzor ben Abí Aamer emprendió una nueva ampliación de la mezquita, haciéndola el doble de lo que era en el tiempo de sus predecesores. La gente rezó en ella el año 384 h., habiendo durado las obras tres años, tomando parte en ellas los cautivos cristianos y los más notables guerreros del jelifato. Construyó en ella cisternas para recoger las aguas de las lluvias que caen en su patio. El número de sus columnas se eleva a mil cuatrocientas, de las cuales hay siete en el minarete y en la macsura.

Frente a esta mezquita se halla la gran alcazaba que era la residencia real de Córdoba y del imperio musulmán en España cuando éste estaba unido, antes de la aparición de los reyes de Taifa—¡Devuélvala Dios al Islam!—. Las murallas de la Alcazaba no han dejado de conservar su antiguo estado de buena construcción y son de la misma altura que la mezquita.

Vista la importancia del edificio de esta mezquita y la elevación de su techumbre, se le adosaron al exterior gran número de pilares a unos diez codos el uno del otro para reforzar las paredes.

Toda la mezquita está rodeada por una construcción de la altura del hombre que protege la parte mencionada.

Esta mezquita es una de las mejores del Islam. Su celebridad nos dispensa de una descripción más detallada. Se dice que es tan grande como «Al-Masyed Al-Acsa».

Refiriéndose a éste, el autor de *«Nuzhat Al Muxtaq fi dikr Al-am-sar ual aqtar ualbuldan ualmadain ualafaq»*, dice: «En todo el mundo no hay otra mezquita igual sino la de Córdoba, en el Andalus.» Dice también que el techo de la mezquita de Córdoba es más grande que el del «Masyed-Al-Acsa». El patio de este tiene 200 brazas de largo y 180 brazas de ancho.

En los alrededores de Córdoba, a la orilla del río, hay muchos terrenos de cultivo y pastos para la cría de caballos, porque los caballos de Córdoba y sus alrededores de las regiones andaluzas son los mejores que tienen los cristianos en toda la extensión de España. Por esto, el rey de España prohibió a los andaluces de cruzar un asno con una yegua y quien se descubra violando esta prohibición será castigado con el encarcelamiento, con la confiscación de sus bienes o con otras penas.

En cuanto a los mulos es en la región de la Mancha donde se producen. Esta, que significa señal, es una región muy extensa de una travesía de seis días; su terreno es duro y pedregoso; sólo produce el ajeno y otras plantas secas. Es la región que separa Andalucía y Castilla la Nueva.

Los mulos de esta región son semejantes a los de Siria o al menos se aproximan a ellos.

Los habitantes de Córdoba son labradores y agricultores. Todas las regiones andaluzas son escasas en agua, salvo sus ríos ya mencionados, y nunca sus habitantes se preocuparon de las acequias y de explotar sus aguas, siendo sus cultivos en terrenos secos, exceptuando los que oímos decir de la abundancia del agua que corre por todo sitio en Granada y sus alrededores.

Sobre este río se hallan gran número de puentes, de construcción perfecta.

A la puerta de Córdoba hay un gran puente debajo del cual quedan restos de otro puente que, según pretenden, había sido construido por los musulmanes y derribado por el torrente hace unos diez años. Los cristianos elevaron encima de él otro puente, teniendo diecisiete arcos.

Alabando a Córdoba y describiendo sus bellezas, un poeta dijo los dos versos siguientes:

«Córdoba sobrepasó a los demás países en cuatro cosas: El puente del río, su mezquita.»

Estas son dos; Az-zahra es la tercera y la ciencia, más importante que todo, es la cuarta.

Desde Córdoba hasta una ciudad llamada El Carpio, hay unas quince millas. Esta es pequeña y se halla sobre una colina, cerca del río. En éste existen ruedas y norias que suben el agua a las huertas situadas más bajo que la ciudad. Sus habitantes son labradores y agricultores, de carácter más bien rústico. En las dos orillas del río hay innumerables aldeas y poblados.

Desde El Carpio hasta una ciudad llamada Andújar, hay veintiuna millas. Esta es una ciudad antigua con vestigios de civilización remota, situada en la orilla del Guadalquivir. En sus cercanías hay, sobre este río, un puente antiguo de la época de los musulmanes. En los alrededores de la ciudad hay innumerables huertas, jardines, olivos y terrenos de labranza. Sus habitantes son labradores y probablemente son descendientes de los andaluces musulmanes y en su mayor parte de los abencerrajes que, según pretenden, se habían hecho cristianos bajo el reinado del sultán Abul-Hasan, último rey de Granada.

Refieren en sus historias que uno de los granadinos, Ben Zukari, presentó al rey una denuncia contra uno de los abencerrajes pretendiendo que éste tenía relaciones con la nuera del rey. Así, éste, irritado contra los abencerrajes que se encontraban en Granada, en su compañía, mató a un grupo de sus notables. Los abencerrajes eran en aquella época los más fuertes del ejército musulmán. Aún después de la conquista de Córdoba y sus alrededores por los cristianos, ellos conservaban su pueblo Andújar y lo defendían. Pero cuando se enteraron de la muerte de sus familiares en Granada, les embargó una cólera, una vergüenza y una irritación tal, que se dirigieron inmediatamente al rey cristiano y abrazaron su religión, saliendo luego en una expedición contra Granada. Más tarde participaron con el rey cristiano en las guerras contra Granada y sus alrededores. ¡Líbrenos Dios de caer en el error teniendo la verdad!

La mayoría de estos cristianizados en Andújar pertenecen a la nobleza; pero no gozan de las mismas ventajas que otorgan los títulos que los cristianos adquieren por herencia como el de duque, conde y otros

títulos. La única ventaja que adquieren hoy de la nobleza, consiste en el derecho de llevar en el vestido una cruz sobre el hombro.

Como cargos, pueden ocupar los de secretarios, gobernadores de pueblos, policías y otros de poca importancia. Pero no pueden ocupar cargos de gran consideración, como dirigir los ejércitos o gobernar las grandes provincias, ciudades y capitales como Sevilla y otras.

De todos modos, son muy numerosos en estas regiones. Los hay quienes reconocen su ascendencia musulmana, otros que no la conocen y otros que la desprecian y pretenden ser naturales de los montes de Navarra. En estos montes se habían refugiado los cristianos que quedaron al ser España vencida y ocupada por los musulmanes. Es un orgullo de poder decirse natural de aquellos montes y de sus alrededores y los gobernadores y funcionarios no desprecian a esta procedencia.

Un día encontré en Madrid a un hombre—cuyo nombre no recuerdo ahora—subido en su coche y acompañado de un grupo de mujeres de gran distinción y belleza, unas jóvenes y otras de más edad. El hombre se detuvo y saludó, demostrando, él y las mujeres, gran alegría y acogimiento. Nosotros le contestamos de la misma forma. Al despedirnos se hizo conocer diciendo que era descendiente de los abencerrajes musulmanes. Más tarde me informé de él y me dijeron que era uno de los secretarios del gobierno, encargado de leer los escritos y oficios que allí se presentan.

Estando en Madrid nos venían a ver, en compañía de D. Alfonso, un grupo de granadinos que ocupan altos cargos en Granada y se decían descendientes de los habitantes de ésta que se hicieron cristianos. ¡Librenos Dios!

Nos preguntaban por la religión musulmana y cuando oían las reglas de pureza que dispuso el Islam, manifestaban gran satisfacción por ello, las escuchaban y alababan esta religión ante los cristianos. No han cesado, durante nuestra estancia en Madrid, de venir a vernos, demos-

trándonos toda clase de bondad y cariño. ¡Haga Dios que vuelvan al buen camino y a la verdadera religión!

Desde la ciudad de Andújar hasta la de Linares hay veinticuatro millas. A tres o cuatro millas de Andújar, el caminante abandona el Guadalquivir dejándolo a su derecha, a su bajada de los montes,

Linares es una ciudad mediana, con vestigios de antigua civilización. Una gran parte de su población son descendientes de los andaluces musulmanes. En sus alrededores abundan las minas de plomo, cuyo mineral se traslada a todas las regiones de España.

Cuando llegamos, como de costumbre, a esta ciudad, sus habitantes acudieron a saludarnos. Con ellos venían un grupo de frailes que también nos saludaron y nos pidieron, en nombre de las monjas, de visitarlas. Les prometimos que lo haríamos al día siguiente.

Al salir de la ciudad, por la mañana, pasamos por el convento para visitar a las monjas. Las encontramos al entrar, en una casa vecina a la iglesia, separada de ella por una verja, escuchando la misa en el mayor recogimiento y reserva, desde la pequeña, que apenas tenía siete años, hasta las viejas. Todas ellas son vírgenes y la costumbre en esto es que cada cual que desee el retiro ingresa en el convento destinado a ello, después de jurar y prometer ante testigos que, ingresando en aquel lugar, abandona todo deseo mundano y no le queda ninguna pasión por ningún hombre ni por nada. En estas condiciones entra en el convento y lleva los vestidos severos. Pues la que tiene dinero con él vive y la que no tiene sirve con otra y vive con ella o será mantenida a cuenta de los bienes habices destinados a este fin.

En este convento de monjas nunca penetran los hombres, pues hay unas viejas encargadas de ellas. Si una enferma y necesita el médico se llama a éste, al cual, al entrar, le rodean cuatro viejas que se colocan, una a su derecha, otra a su izquierda, la tercera detrás y la cuarta delante, acompañándolo desde que penetra en la puerta del convento hasta que sale.

El ingreso de la mujer en el convento significa su muerte, pues no le queda interés en ningún objeto mundano, exceptuando la que entra siendo menor; a ésta, cuando llega la mayoría de edad, se la consulta y se le deja la libertad de manifestar su opinión y de disponer de sí misma. Si, después de un retiro solitario, prefiere aquel lugar y dice: «No tengo interés en salir ni en casarme», entonces su aceptación será recogida por testigos y se la hace prometer y jurar que queda en el convento por propia voluntad y que no le queda afección ni deseo por cosa alguna del mundo. Pero si prefiere abandonar el convento y casarse, no se le niega. Las hay que prefieren la permanencia allí por costumbre, otras porque se creen en el buen camino, otras por temor al escándalo en salir habiendo sido ya contadas entre las monjas. En la mayoría de los casos ingresan en el convento por carecer de la dote, que la mujer acostumbra a entregar al marido, habiendo llegado éste a una suma tan grande que sólo pueden pagar las que tienen mucho dinero o gran herencia. Así ingresan en aquel lugar cuando no encuentran dinero suficiente. Las hay también que tienen mucho dinero y son hijas de grandes notables; a pesar de esto, pretenden consagrarse a la vida de devoción, abandonando el mundo; la superioridad y el deseo de figurar dejan el orgullo y la superioridad a sus hermanos u otros familiares e ingresan en el convento, siendo la mayoría de ellas vírgenes.

Hay también otras que sus padres, deseando preservarlas de los vicios mundanos y del escándalo de los deseos humanos, las dejan allí por reserva y preservación hasta que llegue la época de su casamiento y entonces las sacan de allí. Así he visto en el convento de las monjas, en Sevilla, una muchacha muy guapa, de buen tipo y de cara alegre; tenía unos catorce años y llevaba vestidos distintos de los de las monjas. Pregunté por ello y por el motivo de su vestuario, distinto de los demás, y me contestaron que esta muchacha se encontraba allí por preservarla hasta que se casase, habiéndola llevado su padre al convento teniendo veinte meses.

Estas monjas tienen, como los frailes, numerosas comunidades. Las hay de una clase que se llaman descalzas. Su reglamento consiste en no adquirir ni guardar dinero, y viven de limosnas. Hay también una clase de monjas que obedecen a un reglamento estrecho y riguroso. Cuando la mujer desea entrar en uno de estos conventos, se la hace jurar y prometer que no le queda ningún interés en el mundo y que no mira a nadie que no sea del convento, a tal punto que si su padre o su madre desean verla tiene que ponerse en la cara un velo que la impida verlos. Viven con el máximo de humildad y de austeridad, al revés de las que pertenecen a otras comunidades.

Hasta las ventanas que dan a la iglesia para oír la impiedad ⁽¹⁾, han sido hechas muy estrechas y en un sitio obscuro. En la parte exterior de la ventana, por el lado de la iglesia, se hallan numerosos ganchos, trampas y clavos que impiden acercarse de noche a la ventana, a pesar de la estrechez de sus agujeros, pues nadie se acerca a ella. Se han hecho estas ventanas pequeñas y en lugar obscuro, de manera que las que se hallan dentro no ven ni pueden ser vistas desde fuera.

Las monjas de esta comunidad, establecidas en la ciudad de Carmona, tuvieron el deseo de vernos, pidiéndonos el Gobernador que las visitáramos. Las encontramos en este estado, con el máximo de austeridad. Después de hablar con ellas y disponernos a marchar, nos dijo una monja: «¿Qué significa esta frase: *Que Dios nos conduzca así como a nosotros en el camino de la salvación?*, pues ¿no sabemos dónde se nos lleva?» Contesté diciéndole: «Al infierno, ¡y qué mal fin!»

Esta comunidad vive en el máximo de retiro y de austeridad. Pero las demás sólo son privadas del derecho de salir, casarse y disfrutar de los vestidos finos y de otros placeres mundanos. Salvo esto, hay gran diferencia entre ellas y las anteriores, que tienen aquella vida tan austera. En resumen, las monjas, como los frailes, obedecen a varios reglamentos, unos austeros y otros fáciles.

(1) Así califica a la Santa Misa.

Entre los frailes, encuentras quien hizo de esta vocación una manera de adquirir las riquezas. Pues si tiene apoyo cerca del Gobierno cobrará miles ⁽¹⁾ fingiendo que son para sus necesidades. Hay quien profesa para descansar de las fatigas del mundo y de sus penas, bastándose con la tranquilidad. Los hay quienes hacen de ello un escudo que les preserva de la difamación, pues nadie se atreve a difamar a un fraile ni atribuirle ningún vicio, aunque realmente lo viese. Seguramente que ellos son los descarriados que arrastran a los demás y los alejan del camino de la verdad. Que Dios los extermine de la tierra y la llene de la invocación perpétua de su nombre. Las circunstancias nos han arrastrado a estas reflexiones.

Volvamos a tratar de la ciudad de Linares, en la cual vimos a las monjas. Es, como ya dijimos, una ciudad mediana, con vestigios de civilización. Sus habitantes son de aspecto alegre y como muestra de alegría y de generosidad, se reunieron todos, hombres y mujeres, y trajeron un instrumento de música, teniendo la costumbre de bailar un hombre con una mujer. Cuando un hombre desca bailar, escoge a quien quiere de las mujeres, pequeña o mayor, se quita el sombrero y la invita; así ella no puede negarse a su petición.

Casi todos los habitantes de esta ciudad son labradores y agricultores, de manera que no se encuentra ninguna casa de comercio, pues no está considerada entre las ciudades de algún rango.

Desde Linares nos dirigimos a una aldea llamada Torre de Juan Abad. Es una aldea grande y sus habitantes son más bien rústicos, de un rusticismo parecido al de nuestros bereberes, habitantes de los montes del Fahs y sus alrededores. El día de nuestra llegada a aquel pueblo, salieron a recibirnos un grupo de mujeres que llevaban en sus manos los laúdes y las panderetas a la manera de los bereberes de nuestro país. Sus canciones son distintas de las de los cristianos que viven en las ca-

(1) El autor dice miles sin especificar de qué unidad de moneda se trata.

pitales. Llegamos a esta aldea el día de nuestra salida de Linares, que es también el día en el cual nos separamos de la región andaluza.

Entramos en La Mancha, ya mencionada. Es una región dura y montañosa; tiene muchas piedras, caminos difíciles, bosques espesos, árboles y ríos sin agua por ser una región seca, comparada con la andaluza, aunque sea ésta de poca agua. La planta más corriente que produce es el ajenjo. Su tierra es colorada y sus poblaciones son rústicas, al revés de las andaluzas.

Desde la Torre de Juan Abad—y torre significa fortaleza—nos dirigimos hacia una casa de hospedaje, cerca de una ciudad llamada Chicla, que se halla al pie de un monte, apartada de la carretera. Pues tienen la costumbre en Andalucía y en todas las regiones de España, de poner en cada cierta distancia una fonda o una casa de hospedaje para los huéspedes y los viajeros. Cuando llega un viajero a una de estas casas se hospeda en ella, encuentra la comida que desea y que puede pagar, cada cual según sus posibilidades; encuentra también la cebada para sus animales y una cama para dormir. Allí come, descansa y da de comer a sus animales, sea de día o de noche, sin necesitar más que pedir lo que desee.

Cuando se dispone a abandonar la fonda, la esposa del encargado o su hija, le trae la cuenta en un papel. El huésped no puede sino pagarla tal como se la presente, sin ninguna discusión. El dueño de la fonda hace esto abonando al Rey un tanto por ciento del ingreso. Así, ningún viajero en este país, ya sea su viaje largo o corto, tiene que dormir al aire libre. Sino que sus viajes se efectúan en un tiempo y espacio determinado, de manera que si sale de tal sitio sabrá que estará para el medio día en tal otro y para la noche en otro, todos sitios conocidos y determinados. Así el viajero no necesita llevar consigo ninguna comida, sino sólo el dinero necesario para sus gastos. Estos son enormes a causa del encarecimiento permanente de la vida. De esta manera encontrarás en España que el hombre que desea vivir sin ningún lujo en comidas y

bebidas, haciendo economía en su vida, a pesar de esta economía, no le basta un escudo diario.

En cuanto al que desea vivir con lujo, éste tendrá gastos enormes.

A pesar de ser España muy poblada y de tener gran número de pueblos, aldeas y ciudades, nadie se atreve a viajar solo en una gran distancia de la Sierra Morena y en toda la región de La Mancha, por temor a los numerosos ladrones que en ellas se encuentran. Por eso los cristianos encargados de acompañarnos estaban bien preparados y no querían que nadie de nosotros se adelantase ni se retrasase por miedo a los incidentes. Cuando encontrábamos un grupo de tres o cuatro personas, preguntábamos a nuestros compañeros por qué aquéllos pasaban en pequeños grupos y nos contestaban que a gentes como estas se les puede tener miedo, porque si encuentran una ocasión en esta región espantosa, hacen lo mismo que los bandidos, sin que nadie pueda descubrirlos.

En cuanto a los bandidos, sólo los hay allí raras veces. A nuestro regreso de Madrid vino a recibirnos en la Torre de Juan Abad un hombre natural de una aldea llamada Orcera, a unas millas de la torre mencionada. Nos saludó dándonos la bienvenida y nos dijo «que tenía gran amistad con D. Alfonso, el nieto del rey de Granada, y que le había escrito desde Madrid recomendándole acompañarnos en este lugar espantoso y le incita a no dejarnos durante nuestra travesía en esta región, donde pueden tener algún incidente.»

Este hombre, fuerte y valiente, había sido de los bandidos de este monte. Nos contó que cuando se dedicaba al bandidaje, el rey de España mandó un batallón de trescientos guerreros para detenerlo. Pero él se escondió en un lado de estos montes. Cuando regresaron sin poderlo detener, volvió a su casa en Orcera, donde vive ahora, sin miedo para él mismo ni para sus bienes. Sólo desea del Rey un escrito con el cual tendrá la seguridad para sí mismo y lo tendrá en su poder como justificante de perdón, porque él, personalmente, no tiene miedo a nada. He visto sus cabras y sus caballos pastar libremente en unas extensiones de

terrenos cerca de la ciudad. Nos contó también los actos de bandidaje que hizo en estos montes, habiendo mostrado ahora arrepentimiento y disposición de no volver a aquello. Me dijo, además: «Si estuviese preparado para el viaje iría con Vd. hasta Muley Ismail, pidiéndole una carta para el Rey de España para obtener su perdón por un escrito que me dejara en tranquilidad. Si de hoy en adelante viene alguien de vuestro país, yo le acompañaré.» Al querer acompañarnos, habiendo venido para esto, le dijimos: «No te necesitamos y es preferible tu regreso a tu casa desde aquí», y le instamos a hacerle regresar. Pero insistió en acompañarnos. Entonces le dejamos para que cumpliera con su deseo, y en vista de la amistad que teníamos con D. Alfonso, nos acompañó con un amigo durante un día, al cabo del cual nos dejó, cediendo a nuestra insistencia de que regresase a su casa.

En estas fondas destinadas a los viajeros hay caballos preparados para los mensajeros y correos del gobierno que atraviesan largas distancias en una hora. Cuando el correo llega al lugar mencionado, que ellos llaman venta, el administrador de ésta lo recibe a la puerta con un caballo ensillado y una copa de vino y dos huevos. El correo toma estos, cambia su caballo con el que se le preparó, y el administrador envía con él un hombre, montado también, hasta que se acerca a las ventas siguientes. Entonces toca la trompeta que lleva para anunciar su llegada. Así, cuando llega, encuentra preparados el caballo, el vino y lo que se acostumbra a tomar. Entregando el caballo que trajo de la venta al compañero para devolverlo a su dueño, toma otro caballo y otro compañero, haciendo lo mismo cada dos o tres etapas.

Así atraviesa las largas distancias en un día. Pues estando en Sanlúcar, ciudad sobre el Atlántico, recibíamos de Madrid las cartas del Cardenal y de los Ministros de la Corte con sólo tres fechas, lo que nos asombraba, siendo las distancias entre las dos ciudades de más de trescientas millas. De la misma manera hacen en todos los países cristianos.

Pero el correo necesita en la primera parada un escrito de puño y

letra del remitente y que atestigua que está enviado a tal región para que el ventero le diese el animal para montar y el acompañante necesario.

Cuando el primer ventero le haya dado esto se considera esta entrega como garantía para evitar que el pretendido correo no sea un criminal que huye y por causa del cual los venteros pueden ser castigados. Así es que después de la primera parada no se necesita ninguna presentación. Hay un precio fijo por lo que se abona por hora como alquiler del caballo y del acompañante.

El ventero se encarga de todo pagando por ello un impuesto determinado al recaudador de impuestos del reino. El correo abona lo que debe por cada estación y el dueño de la fonda paga al principio de cada año el impuesto por explotación de la venta. La mayor parte de los ingresos de los cristianos vienen de los impuestos. Desde esta venta, cerca de Chiclana, nos dirigimos hacia otra venta llamada San Andrés, en la cual se hospedan los viajeros. Cerca de ésta se halla otra y muchos poblados muy habitados.

Los habitantes de estos poblados vinieron todos a vernos, hombres y mujeres. Vino también su gobernador, desde una distancia de tres millas, acompañado de sus hijas mayores, que eran muy guapas, y de otros hijos pequeños. Son gentes más bien de carácter rústico por vivir lejos de las capitales. A unas cuatro millas de esta venta hay un sitio en el cual se hallan un pequeño río y una venta destinada para hospedaje, y una iglesia, a la cual los cristianos acuden de todas las aldeas y ciudades.

Esta iglesia tiene un jardín magnífico, en el cual se halla una fuente de agua agradable y está situada en una llanura tan amplia como abarca la vista.

En esta llanura se establece un zoco, una vez al año, el primer día del mes..... Allí acuden de todas partes los comerciantes y negociantes, animándose el zoco en el centro de aquella región durante quince días. Luego se dispersan y no vuelve el zoco a establecerse hasta

el año siguiente, en el mismo día y mes. Le llaman en su idioma una *Feria*, que significa zoco.

Desde este lugar nos dirigimos hacia una ciudad que se llama Membrilla.

Es una ciudad que revela una civilización antigua. La mayor parte de estas ciudades son hoy aldeas, por tener un aspecto rústico y estar desprovistas de todas las características de la ciudad.

Como los cristianos ¡que Dios los extermine! no se preocupan de la construcción de murallas, y cuando una se derriba no la renuevan, no les quedó a las ciudades otro nombre que el de aldeas. Sus tierras son propias para la labranza; sus aguas no son abundantes, exceptuando las acequias que se hallan en sus huertas y en sus plazas.

A una milla de esta ciudad se halla otra llamada Manzanares. Sus huertas limitan con las de Membrilla. Es una ciudad mediana; sin embargo, es más grande y más adelantada que Membrilla. Cuando nos acercamos a ella vinieron a nuestro encuentro notables de una ciudad que se llama Almagro, a nueve millas de Manzanares. Estos eran yernos y cuñados del cristiano ⁽¹⁾ el Halabí, intérprete enviado por el Rey de España como embajador.

Vinieron de dicha ciudad y se hospedaron en la casa de un clérigo primo suyo. El clérigo entre los cristianos es aquel que estudia sus ciencias y no es fraile; pero es semejante a éste en que, como él, no se casa. Su vestuario es distinto del de los frailes y de los demás cristianos. Estos clérigos son los que dicen las misas, que significan rezos, acompañándolas de música, y rezan con acentos y voces armoniosas.

Entre ellos hay quienes se hacen castrar para mejorar la voz y hacerla más dulce y melodiosa.

Pues he visto en Madrid, en el palacio del Rey, dos jóvenes estudiantes eunucos, que éste tenía para leer las oraciones, acompañándolas de los acentos musicales que más le gustan.

(1) El manuscrito No 1 dice «el sirio cristiano».

Aquella gente, que vinieron de Almagro, son de los notables de la ciudad y les tienen en gran consideración. El objeto de su viaje era para encontrarnos. Nos saludaron y nos llevaron a la casa de su primo ya citado.

Habían, también, preparado otra casa para hospedar a los cristianos que nos acompañaban, gastando en ella gran cantidad de dinero. Al llegar a la ciudad nos encontramos que era muy bonita. Tenía en su extremidad una alcazaba pequeña y fortificada, provista de una muralla y de unas torres. Esta muralla estaba rodeada de otra menos alta y todo estaba rodeado por un foso de paso difícil, en el mejor estado. La ciudad en sí misma no tiene muralla.

Entramos en la casa del clérigo mencionado, y él, alegrándose mucho, nos mostró todo lo que tenía de cuadros y cosas semejantes, estando orgulloso de ello. Insistió mucho en que tomásemos con él un poco de vino, que alabó mucho, pretendiendo que era antiguo. Le dijimos que aquello no era permitido en nuestra religión y por lo tanto no lo podíamos hacer. Entonces se puso a lamentar el que solamente podíamos tomar agua pura y fresca.

Pasamos la noche en su casa, después de haber traído las mujeres que tenía de familiares, como sus primas y sus hermanas, porque él era soltero.

Al día siguiente, sus primos salieron para despedirnos y nos acompañaron hasta las afueras de la ciudad, volviendo a sus casas y a sus pueblos.

De la ciudad de Manzanares nos dirigimos hacia Mora (que significa la musulmana). El motivo de este nombre es (¡Dios es el más sabio!) quizá porque se haya retrasado más que las ciudades vecinas en hacerse cristiana. Entre las dos ciudades se hallan innumerables viñas, pues la mayor parte de aquel día la hemos pasado entre campos de cepas, porque en casi todas estas regiones no hay más variedad de plantas. Por la poca distancia que hay entre Madrid y estas regiones, sus habitantes

multiplicaron sus cultivos, porque emplean el vino en toda ocasión y en toda comida. La mayoría de sus bebidas es el vino. Pues es raro que halles en todo este país quien beba agua. A pesar de esto, no encuentras a nadie borracho por ser la bebida cosa corriente entre ellos. Este vino que toman, los hay quienes lo mezclan y quienes lo compran en pequeña cantidad puro. Por el gran consumo que de él hacen y por ser Madrid muy poblada de sus habitantes y de los que a ella acuden para vivir y comerciar, se vende el vino a un precio muy caro, y paga, a la puerta de la ciudad, un impuesto de las dos terceras partes de su valor. Pero no les importa esto, porque el vino les es indispensable en todos sus momentos y porque todos lo consumen, hombres, mujeres y niños, en general y en particular, monjes, padres, clérigos, frailes y otros, pues nadie deja de tomarlo.

Mora es una ciudad mediana, más bien pequeña. Sus habitantes son, en civilización, parecidos a los de Manzanares.

Cuando salimos de Mora, después de haber pasado la noche en ella, anduvimos unas quince millas y llegamos a un gran río que llaman El Tajo. Es el río que atraviesa la ciudad de Toledo, situada a unas seis millas a la izquierda del caminante. En este sitio la ciudad aparece desde tan lejos que se extiende la vista, pues está en una colina que domina el río mencionado.

En este sitio, por el cual atravesamos el río, hay una casa del Rey, en la cual éste se detiene cuando viene de caza en este río y en sus alrededores. Por eso se hallan a la derecha, en las dos orillas del río, huertas y árboles espesos. Están éstas protegidas y reservadas a la caza del Rey, pues nadie puede entrar ni cazar en ellas.

Como este camino es el de Madrid, Castilla y otras regiones, y como no había puente para atravesar el río, pusieron una gran cantidad de maderas juntadas las unas a las otras. De las dos orillas del río fueron cogidas con cuerdas. Cuando llega una caravana, un grupo de gente, de coches, de galeras o de carretas, la balsa se acerca a la orilla

del río, el animal la pisa sin fatiga alguna. De la otra orilla un solo hombre tira de la balsa. Pues la persona, sin darse cuenta, estando en su coche o encima del animal, se encuentra haber atravesado el río y se halla en la otra orilla con mucha facilidad. En cambio, se paga un impuesto de poca importancia.

Este río tiene un aspecto grandioso. Le rodean numerosos edificios, aldeas y molinos. Los campos sembrados que le rodean son innumerables. En él también se pesca, aunque en pequeña cantidad.

A seis millas de este río hay una aldea que se llama Bargas. Es una aldea rústica, sin ningún aspecto de ciudad. El carácter más sobresaliente de sus habitantes es su rusticidad. Fué en esta aldea en donde pasamos la noche al atravesar el río y de ella salimos el día de nuestra llegada a Madrid. Pues sólo hay unas veinte millas entre las dos. A unas seis millas antes de llegar a Madrid se halla Getafe. Es una ciudad muy grande. Pero como está muy cerca de Madrid, y ésta, en estos tiempos es la capital y en ella residen los Reyes de España, perdió su importancia.

Llegamos a Getafe al medio día. En ella nos encontró uno de los notables que están al servicio del Rey y que se llama Carlos del Castillo. Le dan el sobrenombre de Conde. Vino en uno de los propios coches del Rey, habiéndolo enviado éste para recibirnos. Pues este Conde es el encargado de la recepción de las comisiones que vienen de países extranjeros musulmanes y otros. Este es el único cargo que ocupa este Conde y por ello cobra un sueldo anual de tres mil duros. Cuando llegó a nosotros, bajó del coche y nos saludó en nombre de su soberano. Después de darnos la bienvenida y de demostrar gran alegría, nos hizo subir en el coche, que nos llevó hacia Madrid. A una milla de ésta encontramos una multitud de gente que salían para recibirnos, unos en coches, otros a pie y otros a caballo.

Llegamos a la ciudad. Está situada sobre una colina, en la orilla de un gran río, que descende de unos montes donde abundan las nieves. Estos montes separan esta región de Castilla la Vieja. Madrid está en la

llamada Castilla la Nueva. En este río abundan las aguas, sobre todo en tiempo del frío, a causa de las nieves que caen en los montes ya citados.

A este río le llaman Manzanares. Tiene dos puentes: uno muy bien construído y el otro destruído por el torrente. Pero están ahora reuniendo materiales para construirlo. Ya se han construído sus pilares y encima de ellos se pusieron maderas fuertes, sobre las cuales atraviesan los coches, las carretas y todo el mundo.

Entramos en la ciudad y la encontramos grande, y de construcción hermosa y de calles amplias. Tiene una población numerosa. En ella vimos a los prisioneros musulmanes. Estaban contentos y alegres y profesaban la xehada (acto de fé de los musulmanes), y pedían a Dios la bendición del Profeta—¡que Dios le bendiga y salude!—y la victoria para nuestro soberano el victorioso por la gracia de Dios ⁽¹⁾. Los niños cristianos repetían lo que ellos decían.

Cuando entramos en la ciudad pasamos por el lado de la casa del Rey y lo vimos de pie en una ventana mirando a través de los cristales.

Se nos hizo pasar por unas calles anchas, todas empedradas, hasta que llegamos a una casa cerca de la del Rey. Es una gran casa que él tiene destinada para hospedar a los no cristianos que vienen de países lejanos, pues tienen la costumbre de ser sus huéspedes durante tres días y luego escogen casas que habitan si vienen con la intención de establecerse. Esto es porque los Reyes cristianos acostumbran enviar, a sus similares, mensajeros que llaman embajadores y que están allí como intermediarios entre ellos en las conversaciones y en las demás relaciones. Los enviados de otras razas se hospedan en aquella casa hasta que regresen, como la embajada turca que vino a España hace unos cuarenta años. Pretendieron que era de Estambul, pero la verdad es que vino de la parte de algunos sin escrúpulos que querían desprestigiar a los reyes de Constantinopla.

Tres años anteriores a esto, vino una comisión del país moscovita,

(1) Se refiere al Sultán Mulay Ismail.

país lejano del lado del Polo Norte. Esta comisión visitó al rey de España para pedir a su madre una sobrina suya de Alemania, con la cual quiso contraer matrimonio el rey moscovita. Pero sus familiares se negaron a este casamiento y dejaron el asunto a su tía, enviándolos a España. Este fué el motivo de la visita de la comisión moscovita al rey de España.

Cuando entramos en esta casa, la encontramos grande y bien provista de muebles, ornamentos y de todo lo necesario para la estancia. Hallamos también su administrador, que es uno de los funcionarios del rey, encargado de sus muebles. Nos saludó de parte de su soberano dándonos la bienvenida. En esta casa estuvimos doce días.

Llegamos a Madrid la noche del sábado, el siete de rabí primero 1102 h.

Durante los doce días, el Conde encargado de nosotros, el administrador de la casa y otros notables, venían, mañana y tarde, a saludarnos de parte de su soberano y nos decían que deseaba que descansásemos de la fatiga del camino y que estaba haciendo grandes preparativos para recibirnos.

Transcurridos los doce días, el Conde encargado de nosotros vino a avisarnos de que su soberano estaba ya preparado para la recepción. Nos preguntó sobre nuestra manera de saludar para que le diésemos detalles antes de entrar, porque el Rey no había recibido nunca personas de nuestra religión. ¡Hágala Dios gloriosa! Le explicamos cómo saludamos a nuestros correligionarios y a los que no son de nuestra religión. A éstos, decimos: «¡La paz sea con los que siguen el verdadero camino!», nada más.

Nos dejó el Conde y se fué a contarlo al Rey. Este quedó muy extrañado, pues no estaba acostumbrado a ello. Pero no pudo sino aceptarlo, porque sabía nuestra decisión de no añadir otra cosa.

Volvió el Conde trayendo en su mano un papel donde estaba descrita la forma de entrar, los designados para recibirnos en la puerta, los que están delante de ellos, para que lo tengamos todo en cuenta. Además,

nos dijo: «A tal puerta os encontrará el mayordomo acompañado de tantos notables y de tantos soldados y guardias. En tal otra puerta habrá tantos y tantos y a la otra os recibirán notables como Duques y otros.»

Al día siguiente nos vino a ver a la hora determinada, habiéndose preparado su soberano para la recepción. Y nos llevó hacia el palacio real. Hallamos los habitantes de la ciudad todos reunidos, a tal punto, que nos fué muy penoso el llegar al palacio.

Cuando llegamos a la puerta nos recibió el mayordomo acompañado de notables y soldados. Nos saludó dándonos la bienvenida y nos hizo entrar en la casa que llaman palacio, el cual significa el mexuar. Comenzamos a pasar ante grupos de notables que saludaban, parándose luego cada cual en su sitio determinado, hasta que entramos bajo una gran cúpula; en una de sus puertas nos recibió el primer secretario del palacio.

Es un hombre de muchos años, tan viejo, que su cuerpo está inclinado. Nos hizo un buen recibimiento, estando acompañado de un grupo de duques y condes, llevándonos bajo otra cúpula que comunica con ésta por medio de una puerta. Allí encontramos al Rey, de pie, con una cadena de oro en el cuello, siendo esto costumbre de los reyes cristianos, pues la cadena para ellos substituye la corona.

A su derecha se hallaba una mesa de oro, incrustada de piedras preciosas, que había preparado durante nuestra estancia, después de nuestra llegada, para poner encima de ella la ordenanza del Sultán, por respeto y consideración a su remitente. ¡Hágalo Dios Glorioso! A la derecha de la mesa, había un ministro suyo que se llama el condestable. Es el que lleva la cuenta de los gastos e ingresos y cuida de la casa, la familia y de todos los asuntos particulares del Rey. Es uno de los más notables de la Corte. A la derecha del condestable estaba la esposa del Rey con un gran número de señoras, hijas de notables. A la izquierda del Rey se hallaban otros ministros.

Cuando entramos nos dió la bienvenida, mostrando gran alegría y

satisfacción, haciéndonos objeto de todos los honores. Nos preguntó con interés por nuestro Rey, el victorioso por la gracia de Dios, y cuando lo nombró se descubrió por respeto y consideración. Le contestamos que se encontraba bien, por lo cual dió a Dios las gracias.

Luego le entregamos la carta del Sultán, después de haberla besado y puesto sobre nuestra cabeza. El la cogió y la puso sobre la mesa para ella destinada, después de haberse descubierto.

Después se puso a preguntarnos sobre nuestro estado en el camino y lo que sufrimos de cansancio y de penas. Le dijimos que estábamos bien y le dimos las gracias por lo que hizo él y sus funcionarios que nos recibieron en el camino. Se alegró y mostró gran satisfacción por ello.

Terminando nosotros de hablar, dijo él: «Demos las gracias a Dios por vuestra llegada sanos y salvos. En otro momento volveremos a hablar del objeto de vuestra visita.»

Salimos entonces, acompañándonos para despedirnos los que allí estaban, hasta la casa donde estábamos hospedados.



El Rey es un hombre de poca edad, de unos treinta años, de color blanco, de baja estatura, con cara larga y frente ancha. Se llama Carlos II; por esto se entiende que es el segundo de este nombre en su dinastía. Es originario de Flandes y no es de la descendencia de los reyes de España que lucharon contra los musulmanes y conquistaron a las regiones andaluzas, a Castilla y a otras regiones de este país.

Uno de los primeros de estos reyes, llamado San Fernando—es el conquistador de Granada y sus alrededores de las manos de los musulmanes—tenía su residencia en Sevilla—¡Devuélvala Dios a la comunidad del Islam!—. Cuando murió, dejó un hijo llamado por su nombre, Fernando, y apodado «el Católico». Sucedió en el reinado a su padre, pero murió al cabo de pocos años sin dejar sucesor. Pues a su muerte, tomó el poder su esposa Isabel, hija del rey de Aragón.

Aragón es una de las capitales de esta Península y residencia del rey ⁽¹⁾. Permaneció en el poder varios años, con absoluta libertad en todos sus actos; montaba a caballo, corría y se comportaba como los hombres.

Bajo su reino, uno de los jefes marítimos españoles, descubrió un país de las Indias que hoy está en su poder. Encontró a sus habitantes en un estado anárquico, como animales, y sin armamentos. La única arma que tenían eran trozos de madera, en las cuales ponían una piedra de fuego, y con ella luchaban.

Al verlos en este estado y conocer su ignorancia, volvió a España informando a la reina Isabel de todo ello. Esta le preparó tres barcos y le acompañó de elementos de caballería y de cañones. Volvióse luego a este sitio que indicó y luchó contra los habitantes del país. Los venció y detuvo a su rey ⁽²⁾.

Aún poseen en las Indias ⁽³⁾, numerosos países y regiones muy extensas de las cuales aportan anualmente lo que les hace ricos. Pues con los productos de este país indio, su utilidad y la abundancia del dinero que de allí se trae, esta raza española quedó hoy la más rica entre los cristianos y la de mayores ingresos. Sin embargo, les domina las dulzuras del progreso y la civilización, y es raro que encuentres en esta raza quien comercie o viaje para negocios como es costumbre de los demás cristianos como los de Flandes, ingleses, franceses, genoveses y otros.

También desprecian los oficios viles, a los cuales se dedican las gentes de clase baja, y se consideran superiores a las demás razas cristianas. La mayoría de los que ocupan estos oficios bajos en España son franceses, porque éstos, como tienen un país en donde se hace difícil el ganarse la vida, emigran a España con el fin de trabajar y hacer fortuna, pues en poco tiempo reúnen mucho dinero. Entre ellos los hay que

(1) El autor da a la provincia de Aragón el nombre de capital.

(2) En esta narración, el autor se refiere al descubrimiento de América por Colón.

(3) La costumbre antigua de llamar a América la India.

abandonan su patria y se establecen en España, a pesar de ser la vida cara en este país, pues en ella aumentan los ingresos.

La mayoría de los españoles son funcionarios o militares y desdennan a la industria y al comercio con la esperanza de poder figurar en la nobleza o, al menos, poder dar este título a sus descendientes si no llegan a obtenerlo para ellos.

Pues es de su costumbre que todos los industriales, comerciantes y artesanos no puedan subir en coche en la capital donde reside el Rey. Si uno de ellos desea ingresar en la nobleza o instalarse cerca de la residencia del gobierno para ser considerado como funcionario, debe dejar los oficios que le deshonran para poder obtener aquel título para sus descendientes. En cuanto a él, personalmente, por mucho que haga, no puede obtenerlo, a menos que sea un comerciante muy rico de los que no manejan balanza ni se sientan en una tienda, como los grandes comerciantes que tienen importantes negocios y fortunas enormes que les dispensan de vender y comprar en las tiendas y los mercados. Pues éste puede ingresar en la nobleza, abandonando totalmente el comercio.

La nobleza, para ellos, consiste en llevar en el vestido una cruz sobre el hombro de una manera determinada. Es un grado muy elevado, que sólo pueden alcanzar los que tienen antigüedad en el cristianismo y cuentan en ello siete ascendientes con testimonio de cristianos de cada época que conocen su padre y su abuelo y han oído de los demás y de los viejos que fulano descendiente de mengano es cristiano, hijo de cristiano hasta el séptimo ascendiente y que no se halla contra ninguno de ellos difamación, tachas ni acusación de ser judío o de otra religión que no sea la cristiana.

Entonces se ordena la imposición de la cruz sobre el hombro después que haya pagado por ella una cierta suma al gobierno y otra a los frailes que le dan el permiso, siguiendo el mismo rito—falso—que ellos.

Pues esta insignia en forma de cruz no puede ser otorgada, como dijimos anteriormente, más que a los que tienen antigüedad en el cris-

tianismo o a los andaluces musulmanes que eran los notables de su pueblo y que se hicieron cristianos por interés. A estos fué otorgada aquella insignia que demuestra su antigua nobleza en el Islam y su prestigio y nobleza en esta falsa religión. ¡Líbrenos Dios!

Volvemos a la biografía de este Rey, citando sus ascendientes y explicando cómo le llegó el reino de España y otros países como los de Flandes, Nápoles y las demás dependencias que están en su poder.

Es Carlos II hijo de Felipe IV, hijo de Felipe III, hijo de Felipe II, hijo de Carlos V, hijo de Felipe el Hermoso. Este era un conde de mucho prestigio en el país de Flandes, donde tenía celebridad y mando. Cuando murió Fernando el Católico, el residente en Sevilla, como ya lo hemos mencionado, sin dejar un descendiente masculino que heredase el trono de sus predecesores y luego murió su esposa Isabel, ésta tenía una hija llamada Juana, que su madre hizo casar con el conde de Flandes, llamado Felipe el Hermoso, que significa en su idioma el bello, pues era muy célebre en su época por su belleza, y así el calificativo de hermoso le quedó como apodo.

Al morir la reina Isabel, escribieron a su hija, casada en Flandes, para que viniese a heredar el trono de sus antecesores. Juana vino con su esposo, Felipe el Hermoso, del cual tenía un hijo llamado Carlos V, es decir, el quinto de este nombre con relación a sus predecesores, porque él es el primer rey de España de esta dinastía. ¡Que Dios purgue de ella a la tierra!

Considerándolo como el primero de la dinastía con el nombre de Carlos, el nieto de su nieto lleva el nombre de Carlos II.

Pues resultó que la hija de Fernando reinó con su marido. Su hijo, Carlos V, creció y fué uno de los reyes infieles más terribles. Tenía firmeza y mucha diplomacia; desde que creció y se hizo mayor, no descansó hasta que llegó al poder. Entonces comenzó las conquistas en todos los países cristianos, viajando, moviéndose y conduciendo los ejércitos por tierra y por mar. Pues han contado sus viajes marítimos

que resultaron más de veinte. El fué quien se dirigió hacia Argel con una escuadra de más de trescientos barcos, llevando consigo los instrumentos de construcción y todo lo necesario de yeso, piedras y obreros, y ancló en ella de noche. Por la mañana, la población se encontró con una fortaleza en las mejores condiciones, habiéndose dispuesto sobre ella los cañones y los aparatos de destrucción. Así se puso a derribar sus murallas, sus casas y sus fortificaciones, encontrándose los argelinos en la mayor dificultad y desgracia y a punto de caer en su poder. Pero Dios —¡alabado sea su nombre!—, no quiso sino dar la victoria a su verdadera religión contra los demás, haciendo que el mar se encrespase y que sus olas se enfureciesen. Así se hundió la escuadra, logrando el rey salvarse con siete barcos y la gente que pudo llevar, sufriendo en el mar enormes penas.

Cuentan que entonces el rey se quitó la corona y la echó al mar, diciendo: «Quien desee llevar la corona, que venga a Argel a tomarla.» De la expedición sólo se salvaron él y siete barcos. Carlos V cercó también a Túnez en la misma expedición que dirigió contra Argel.

La fortaleza que elevó en ésta, es la conocida hoy por el nombre de Borch Muley Hasan. Aún se conserva en buen estado y domina la ciudad, estando a una distancia igual a la que alcanza un cañonazo a la derecha, saliendo por puerta Azun.

Dominó varias regiones del país andaluz, de Francia, Alemania, Valencia y otros. Es él, como hemos citado, quien combatió el rey de Francia, lo hizo prisionero y lo trajo a Madrid, dándole luego la libertad contra un rescate. Pero fué de las buenas cualidades de este rey que, cuando dominó todas las regiones de España y se hizo además rey de Alemania, tuvo un hijo llamado Felipe II, siendo el I su abuelo, el conde que venía de Flandes; Carlos V entregó a su hijo el reino de España, Flandes y Milán y dió a su hermano Fernando el reino de Alemania con el título de emperador. El rey actual es de la dinastía de Felipe II. ¡Que Dios la haga perecer!

Cuando Carlos V entregó el poder a su hermano y su hijo, se retiró a un convento de frailes, haciéndose uno de ellos.

Se pretende que abandonó al mundo y se hizo monje en una ciudad que se llama Plasencia, de la región de Castilla, a unas cuarenta y cinco millas de Madrid.

Su esposa se había hecho monja anteriormente; ésta era la hija del Rey de Portugal y hermana de Sebastián, que vino a nuestro territorio acompañando al hijo de Muley Abdelah, quien le pidió auxilio.

Cuando Felipe II tomó el poder, resultó de los reyes más diplomáticos de su época. También se dirigió hacia los países extranjeros y cercó una de las capitales de Francia, disponiendo contra ella los cañones y los aparatos destructores, con la intención de derribarla. Pretenden que había en la ciudad que cercó una iglesia llamada de San Lorenzo Real, que impidió la llegada de los cañonazos a la ciudad, pues ningún efecto producían en ella. Al prolongarse el cerco y haciéndose necesaria la destrucción de la iglesia, Felipe II prometió construir una más grande bajo el patronato de San Lorenzo. Entonces dispuso los cañones frente a la iglesia y la destruyó, dando así contra la ciudad. Cuando volvió, edificó la iglesia prometida y fué la que llaman El Escorial. Este se halla al pie del monte cerca de Madrid. Es uno de los edificios grandiosos cuya descripción haremos, si es grato a Dios, en el sitio que le corresponda.

Pretenden también que Felipe II se había entrevistado con su tío Sebastián, el rey de Portugal, quien salió hacia Marruecos en el reino del Sultán Muley Abdelmalek, quien le había pedido auxilio. Cuando Felipe se enteró de la decisión de su tío de avanzar sobre el territorio musulmán, se dirigió hacia él y le habló de ello, aconsejándole la quietud, de no exponerse en el territorio marroquí; de aplazar el asunto lo más posible sin comprometer a la ayuda de quien se lo pedía por su ignorancia del terreno, su salida de su Patria hacia otro país que no es suyo y por no tener fuerza suficiente para resistir a los musulmanes.

Pretenden que el que pedía ayuda, le mostraba cartas de llamamiento de parte de algunas cabilas marroquíes y que eran de su parte y de su bando. A pesar de ello, el rey de Portugal insistió en su decisión sin escuchar al consejo de su sobrino ni a sus palabras. ¡Pero Dios dispuso para los musulmanes en esta salida una gran victoria que hace mucho tiempo no se había visto cosa igual! En el día de esta batalla bendita, murió el sultán Abdelmalek a consecuencia de una enfermedad que le había acompañado en el camino cuando se dirigió contra los cristianos, al enterarse de su salida.

Los cristianos mencionan su valentía y su fuerza y dicen que luchó con su espada, a pesar de su enfermedad, hasta que fué vencido por la enfermedad y fué privado de la fuerza que le sostenía en el combate. Entonces murió. ¡Téngalo Dios en su misericordia!

En aquel día también fué muerto su sobrino Mohamed ben Abdelah; asimismo fué matado Sebastián y murieron todos los cristianos que le acompañaban. No se escaparon más que un número muy reducido. El número de los cristianos, según tenemos conocido, era de ochenta mil. Pero los cristianos pretenden que el ejército que acompañaba a Sebastián era de dieciocho mil: doce mil portugueses, tres mil ingleses que vinieron en su ayuda en virtud de un tratado de paz entre ellos, y tres mil españoles que le mandó su sobrino, Felipe II.

Sin embargo, la verdad es lo referido por los musulmanes en cuanto al número citado.

Como el rey de Portugal rechazó el consejo de su sobrino y se expuso al peligro en Marruecos, le acusan de locura y ligereza. Aquella expedición bendita fué el motivo de la decadencia de Portugal. ¡Que Dios la destruya!

En aquella derrota sufrida por los portugueses, murió Sebastián sin dejar ningún descendiente. Sólo tenía dos hermanos: el uno era Cardenal y el otro heredó el trono permaneciendo en el poder pocos días, muriendo luego sin descendencia. Al ser exterminada esta dinastía por la

muerte de Sebastián y de su hermano, pasó la corona de Portugal a Felipe II por medio de su madre Isabel, en virtud de sus leyes que otorgan a la mujer el derecho de heredar el reino cuando no existe un heredero varón.

Sublevación de los moriscos

Bajo el reinado de Felipe II, los moriscos se sublevaron en Granada y sus alrededores, habiéndose enterado de la llegada a Almería de una escuadra venida de Argel bajo el mando del almirante *Habib Raies* y creyendo que éste les defendería. Habib llevó en sus barcos lo que pudo de los habitantes de Almería y sus dependencias, regresando luego a su país. Entonces los moriscos rebeldes se vieron incapaces de mantener la resistencia: unos adoptaron el cristianismo y otros huyeron. Así quedaron durante cuarenta años, hasta la época de Felipe III, hijo de Felipe II. Se dice que el rey de los turcos escribió una carta al ministro de Felipe III pidiéndole su intervención para sacar los musulmanes que quedaban en España, prometiéndole así su amistad y ayuda. El ministro llevó a su soberano la idea de la conveniencia de desterrar a los nuevos cristianizados para evitar otra sublevación.

El rey aceptó el consejo de su ministro y ordenó reunirlos y enviarlos al África; se excluían de esta orden los que voluntariamente profesaron el cristianismo y que eran más numerosos que los cristianizados a la fuerza o protegidos por algún personaje para no ser descubiertos. De todos modos, como eran muy numerosos y se habían mezclado con los demás habitantes olvidándose del Islam, ha sido imposible buscar a todos ellos. Resultó que la mayoría de los que abandonaron la Península en aquella época eran de los moriscos que se habían sublevado en Granada y sus alrededores. Los cristianos acusan a este ministro de ser judío, porque su conducta fué perjudicial al cristianismo, al cual quitó un gran número de adeptos por el consejo que dió a su soberano.

La Inquisición

Es muy frecuente en España acusar a cristianos de ser judíos. Por este motivo tienen en Madrid un tribunal llamado la Inquisición, compuesto por doctores y jefes religiosos, todos viejos. Este tribunal persigue a los acusados de judaísmo y al sospechar de alguien ordena su detención y su encarcelamiento, después de confiscar sus bienes y repartírselos.

Cuando el acusado haya pasado un año en la cárcel le someten a un interrogatorio sobre lo que se le atribuye. Si lo niega le piden, como prueba de sinceridad, decir quién lo denunció y entonces presenta tres nombres. Si el denunciador es uno de los tres y el acusado confiesa que tenía con él enemistad, indicando su fecha y motivo y se demuestra la exactitud de esta pretensión, encuentra en esto un argumento de defensa. Así se prolonga el proceso ante este tribunal, hasta que queda olvidado lo que se le atribuye, y entonces sale de la cárcel. Pero si se comprueba la acusación o si él confiesa su veracidad, el tribunal le obliga a abandonar el judaísmo y adoptar el cristianismo. Si obedece al mandato del tribunal lo sacan de la cárcel y lo hacen recorrer las calles para que el público lo conozca, poniéndole sobre el hombro una cruz amarilla como señal de su origen hebraico y de su conversión. Al cabo de seis meses se quita aquella cruz y el interesado queda como los demás cristianos.

Pero, si a pesar de confesar que es judío, o se demuestra por testigos que lo es, se niega a abandonar su religión, entonces lo queman en el fuego sin aceptar ninguna intercesión en su favor. Por este motivo el judaísmo no tiene adeptos en la península Ibérica.

Este tribunal ya mencionado es el encargado de examinar los casos de personas que han sido denunciadas por sus creencias o por algo sospechoso. Pero nadie se atreve a acusar a sus miembros o atribuirles al-

Tarek entró en España. Aún sus descendientes llevan el nombre de Guzmán.

Cuando los portugueses ofrecieron el trono al Duque de Braganza, éste consultó a su mujer, la cual le aconsejó aceptara, diciéndole: «Ser rey una sola noche es preferible a ser duque cincuenta años.» Entonces el duque aceptó la oferta.

En esto estaba de acuerdo con el hermano de su esposa, que vivía entonces en Sanlúcar. Entre ésta y Portugal hay una ciudad llamada Ayamonte, en la cual hay un marqués de la más alta nobleza española, llamado el Marqués de Ayamonte. Este tomó parte en el acuerdo, así como el Duque de Híjar.

Cada uno de ellos quería el trono para sí mismo. Pero Felipe IV se enteró del complot y llamó a los tres, que estaban bajo su dominio, y les envió a Madrid antes de decirles lo que había sabido.

Púsose a hacerles sufrir para que confesasen, pues habían caído entre sus manos algunas de las cartas que se habían cambiado y que demostraban el complot.

El Duque de Medina Sidonia confesó en seguida. Como era amigo del Rey, éste lo desterró a Valladolid y lo destituyó de su cargo de gobernador general de la costa que da frente a nuestro continente ⁽¹⁾. ¡Guárdelo Dios!

En cuanto a los otros dos fueron sometidos a muchos sufrimientos, pero no confesaron.

Entonces les llevó a la plaza de Madrid con sus criados y los del Duque de Medina Sidonia, que se habían enterado del asunto. Allí fueron muertos todos.

A consecuencia de esto estalló la guerra entre Portugal y el rey de España y se apaciguó con la muerte de Felipe IV, que le sucedió el año 1666 de la era cristiana, correspondiente al año 1077 de la nuestra.

Felipe IV tenía muchos hijos, pero según las leyes no podían heredar el trono por ser hijos bastardos. Su esposa era la prima del empera-

(1) Marruecos.

guna falsedad o pasión, pues esto sería motivo de su perdición, ya que nadie, ni siquiera el Rey, puede poner en libertad a quien está entre sus manos. Pues si alguien fuese acusado en sus creencias, aunque sea uno de los ministros o generales del soberano, éste no le puede proteger y será detenido donde se halle, aunque sea en la iglesia, con el Rey, o en cualquier otro sitio.

Durante nuestra estancia en Madrid acusaron a uno de los ministros de ser judío, lo detuvieron y lo encarcelaron en Toledo, donde está todavía.

También acusaron en esta temporada a uno de los administradores del Rey y lo encarcelaron con su mujer, sus hijos y sus criados, después de confiscar todos sus bienes, y aún siguen en la cárcel.

Forma parte de este tribunal un representante del Papa de Roma, llamado en su idioma el Nuncio. Son numerosos los acusados de ser judíos en estos países; la mayor parte de ellos son portugueses, descendientes de los judíos que vivían en España bajo la dominación musulmana. Cuando los musulmanes fueron vencidos, estos judíos se hicieron pasar por cristianos, trasladándose a Portugal, donde están en mayor número que en España.

Cuando murió Felipe III, bajo cuyo reino los moriscos abandonaron España, le sucedió en el reino Felipe IV.

Este era de los reyes más diplomáticos. Bajo su reinado se sublevaron los portugueses, ofreciendo el trono de Portugal al Duque de Braganza, separándolo así definitivamente del de España.

El Duque de Braganza es el padre del actual Rey de Portugal. Su esposa era la hermana de un duque de la más antigua nobleza española, llamado Duque de Medinasidonia⁽¹⁾. Pretenden que su ascendiente D. Alfonso de Guzmán⁽²⁾ era el gobernador de la ciudad de Tarifa cuando

(1) Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, Duque de Medinasidonia, m. en 1664. Era cuñado de Juan de Braganza, que se declaró rey de Portugal.

(2) Alonso Pérez de Guzmán «El Bueno», nacido el 24 de enero de 1256 y muerto el 19 de septiembre de 1309. Guzmán es muy célebre en la historia española por su hazaña en Tarifa, de la cual era alcaide, permitiendo que degollasen a su hijo antes de rendir la ciudad. Pero el autor, equivocadamente, dice que Guzmán era alcaide de Tarifa cuando Tarek entró en España.

dor de Alemania, que había traído a España para casarla con su hijo. Pero éste murió poco después de la llegada de su prometida a Madrid, y luego murió su madre. Entonces, Felipe IV se casó con la prometida de su hijo y de este casamiento nació su hijo Carlos II, el rey actual.

Cuando murió Felipe IV, su hijo era aún menor y su esposa tomó el poder. En cuanto a sus demás hijos, que no tenían derecho al trono, la mayoría de ellos se hicieron monjes. Uno de ellos es el Muftí de Málaga, llamado en su idioma arzobispo. Otro, llamado Juan de Austria, sobresalió en valentía y diplomacia. Durante el reinado de su madrastra y la minoría de su hermano se dirigía a las guerras, dando pruebas de bravura y audacia; y en donde se hallaba su decisión, dominaba a todas las opiniones. Frenó a su madrastra y a los cortesanos y daba órdenes que nunca habían conocido. Justificaba su actitud diciendo que hacía esto en interés de su hermano para cuando fuese mayor y que él no era más que uno de sus servidores. Todos los cortesanos lo temieron y no dudaron de que deseaba el poder para sí mismo.

La reina se dejaba dirigir por un hombre llamado «El Duende» ⁽¹⁾. Disgustado por esta conducta, Juan de Austria lo detuvo y lo encarceló en una fortaleza situada en una colina que domina el pueblo de Consuegra, a dieciocho millas de Toledo. Esta fortaleza, bien defendida, data de la época de los musulmanes, y por su altura domina numerosos pueblos y aldeas de la provincia de Toledo. Tiene dos murallas altas, y en su interior hay una gran iglesia sostenida por un pequeño grupo de frailes. Entré en aquella fortaleza y ví su buena construcción y fortificación, lo que demuestra el cuido de sus constructores en aquella época. ¡Téngalos Dios en su misericordia!

Cuando «El Duende» fué encarcelado en esta fortaleza, Juan de Austria ordenó que no saliese nunca de aquel sitio. Púsose él a vigilar a los gobernantes, estudiando todas sus decisiones, aprobando lo que encontraba conveniente y desaprobando lo que veía inoportuno, disminu-

(1) Fernando Valenzuela y Enciso.

yendo de su prestigio y de sus ingresos, y discutiendo lo que percibe cada uno. Llegó a censurar los gastos de la reina misma.

Cuando su hermano tuvo catorce años lo llevó a Aragón, donde lo coronó, trayéndolo luego a Madrid. Se puso entonces a actuar a sus órdenes como un fiel servidor. No cesó de trabajar hasta que desterró a su madrastra de Madrid a Toledo, donde permaneció durante un año y medio.

Cuando murió Juan de Austria, volvió la reina a su residencia y fué sacado de la cárcel «El Duende», quien se dirigió a América, donde se encuentra todavía como gobernador de una gran región.

Al llegar Carlos II a la mayoría de edad, se casó con la hija del Rey de Francia, que murió sin descendencia. Luego contrajo matrimonio con su prima materna, hija del Emperador de Alemania, siguiendo aún sin tener hijos. Este soberano nunca acompañó un ejército ni fué a una guerra. No monta a caballo y siempre va en coche acompañado de su mujer, con la cual sale casi todos los días. Va en coche a sus cotos, visita siempre las iglesias y es muy devoto.

El día que nos recibió por primera vez, le entregué la carta del Sultán; la cogió y la dió al intérprete cristiano Alepino. Hecha la traducción, y viendo su contenido y la petición del príncipe de los creyentes, constitiendo en cinco mil libros y quinientos cautivos, Carlos II no pudo contener su emoción, ni saber cómo recibir esta noticia, viendo que era una decisión de parte de nuestro Sultán. ¡Hágalo Dios victorioso! Entonces consultó a todo su gobierno, durando la consulta varios días, y acordaron por fin dar satisfacción a la demanda de nuestro Sultán. En este tiempo tuvimos con él varios encuentros, a los cuales nos invitaba. Después de tratar en consejo la demanda del Sultán y pretender haber enviado en busca de los libros musulmanes en toda España, encargaron para hablar con nosotros al secretario del Tribunal Supremo y Cardenal jefe de su religión y sucesor del Papa de Roma.

Vista la alternativa que les dejaba en su carta el imán—¡Consérve-

lo Dios y ayúdelo!—para el envío de mil cautivos musulmanes en caso de que faltasen los libros o se hiciese imposible enviarlos y visto el deseo que tenían de guardar algunos millares de volúmenes, optaron por el envío de cautivos. Cuando el imán manifestó su aceptación, se pusieron a buscarlos y reunirlos de todas las regiones. Durante este tiempo el Rey se interesaba por nosotros y con la intención de procurarnos toda clase de distracciones nos llevaban, por orden suya, a sus paseos y cotos y a su propio palacio y jardines. No quedó en Madrid una casa de las de su séquito que no hayamos visitado y visto sus jardines y huertas. Cuando lo encontrábamos, demostraba gran alegría sin faltar en honores y acogimiento.

En Madrid se hallan numerosos sitios de recreo: pues en esta ciudad tiene el Rey una magnífica villa de veraneo llamada El Retiro. Tiene un gran jardín, en el cual se ven diversos arroyos, y en su centro corre un río sobre cuyas orillas se elevan buenos edificios y bonitas cúpulas para protegerse del sol durante el verano. Hay también en este río barquitas que llevan al Rey en sus paseos.

Este río se congela en invierno a tal punto que la gente puede pasar por encima. Así ves a los cristianos patinar sobre el hielo con maestría. Pero los que mejor lo hacen son flamencos e ingleses, porque en sus países, situados en el Norte, abundan la nieve y el hielo en todos los sitios, sobre todo en los ríos. Pretenden que las mujeres flamencas ponen a sus zapatos hojas de hierro y así, pasando sobre el río con gran rapidez, se dirigen por la mañana a un pueblo lejano para hacer negocios y regresan por la noche a su domicilio.

He visto algunos cristianos atravesar este río, estando helado, de la manera siguiente: manteniéndose de pie con una pierna y levantar la otra, conservando el equilibrio sin inclinarse de ningún lado, y pasar así patinando como un rayo.

Son numerosos los que acuden a este río en la época del hielo en plan de recreo. Allí verás numerosos coches llenos de personas de am-

bos sexos. Pero al llegar la época de veraneo, durante la cual reside el Rey en este jardín, sólo dejan entrar a los que tienen autorización para ello.

Hay en este jardín una ancha columna de mármol que lleva la estatua de un caballo, en cobre colorado, de pie sobre sus patas inferiores con una montura de cobre; sobre esta columna fué puesta también una estatua en cobre del padre del Rey, Felipe IV, montado a caballo, con un bastón en la mano.

Pretenden que en la época de celo de los caballos traen la yegua que desean hacer procrear ante esta estatua, que, por medio de un mecanismo propio, produce un sonido semejante al relincho del caballo; entonces efectúan la cópula entre la yegua y un caballo que ellos escogen para que diese un potro semejante a la estatua.

Vemos también una cosa semejante en otra casa del Rey, en las afueras de la ciudad, situada en medio de un jardín parecido al anterior, sobre la orilla del río que pasa bajo la ciudad; lleva también unas estatuas de su padre, Felipe IV.

Tiene, además, en las afueras de Madrid, varios jardines y sitios de recreo conteniendo cotos, cuya entrada está absolutamente prohibida a todo el mundo.

Cierto día ordenó al Conde encargado de nosotros de llevarnos a un cazadero, a unas seis millas de Madrid, donde se halla un gran palacio llamado El Pardo, construído por su padre, que domina el río Manzanares y atraviesa Madrid. Viven en este cazadero numerosos animales de varias clases, como ciervos, jabalíes, conejos y otros, porque está reservado a la caza del Rey, y su entrada está completamente prohibida a toda persona ajena. Por eso pretenden que el permiso que nos concedió para ello fué una cosa excepcional, que nunca había sido otorgado a otra persona, y cuentan que fué negado a los embajadores de Alemania y Francia, los cuales lo pidieron al Rey.

Hay también en este cazadero lobos más grandes que los de nues-

tro país, de color amarillo, fuertes y agresivos. Intentamos verlos cuando estábamos cazando, pero no lo pudimos lograr. Sucedió que el Rey salió de caza cierto día y mató a uno. Al llegar a su palacio, nos lo envió para verlo porque se enteró que aquella clase no se encuentra en nuestro país. En su idioma lo llaman lobo, y llaman zorra a la clase pequeña que vive en nuestro país. La clase llamada lobo es fuerte y agresiva y quizá es la misma que la que, según dicen, se encuentra en Egipto, y es tan grande como el tigre.

La ciudad de Madrid, aunque haya sido la residencia de algunos de los predecesores de este Rey, no tenía el adelanto actual ni sus calles eran tan anchas.

Anteriormente al abuelo de este soberano, la residencia real se hallaba en la ciudad de Valladolid, a tres días de Madrid. Al establecerse su abuelo en ésta se intensificó su movimiento y aumentaron sus edificios proporcionalmente al aumento de la población. Pues los más notables cristianos de España viven en ella, al lado del Rey; y los que tienen el gobierno de una ciudad o región, dejan en ella un sustituto y viven en Madrid.

Las calles de esta ciudad son grandes, amplias y llenas de comerciantes, artesanos e industriales de ambos sexos. A su mercado acuden todos los habitantes de los pueblos y aldeas que están en sus cercanías.

En sus alrededores se hallan numerosas aldeas, cuyos habitantes aportan a la ciudad todo lo que en ella se vende de alimento y frutos, a tal punto que el pan, salvo una mínima parte, no se fabrica en Madrid sino que viene de las aldeas que están en sus cercanías. Lo traen mujeres, montadas en burros, que se paran en los mercados para venderlo: algunas de ellas lo llevan a las casas, a cada cual lo que necesita, pues ningún cristiano hace el pan en su casa sino que todas sus provisiones las traen del mercado.

En éste hay varios establecimientos que preparan comidas y las tienen a la disposición de los forasteros, huéspedes y viajeros que no tie-

nen un sitio determinado, pues entra la persona en el establecimiento y pide a la mujer encargada la comida que desea: carne, pollos, pescado o lo que sea. Allí come y bebe, y paga la cuenta a la mujer.

Encuentras también en este mercado toda clase de carne y de aves, unas muertas y otras vivas, que compran los que comen la sangre. También encuentras toda clase de frutas secas y del tiempo, pues la uva, las manzanas y las peras, se venden en este mercado durante todo el año.

La mayor parte de las frutas del tiempo, se aportan de los montes de Granada y Ronda que, a pesar de hallarse lejos de Madrid, le envían sus productos, como las demás provincias, por las ventajas que procura la carestía de la vida en esta ciudad.

Siempre hay también en este mercado gran cantidad de pescado fresco que aportan desde una travesía de siete días de la región de Alicante y de otras de Portugal.

En el centro de este mercado hay otro amplio cuadrado que contiene grandes tiendas, encima de las cuales se elevan edificios de seis pisos, poblados por la gente del mercado y otros. Pretenden que en esta plaza hay catorce mil casados y la llaman la plaza mayor, que significa zoco grande.

En su centro hay numerosas mujeres que venden pan, legumbres, frutas, pescado y carne de todas clases, y en ella celebran sus fiestas y ferias, como la de los toros. Pues tienen la costumbre el 10 o 15 del mes de Mayo, de escoger algunos toros bravos y traerlos a esta plaza, que adornan con todo lujo. Ellos se sientan en los salones que dan a la plaza, echando los toros a su centro uno tras otro. Entonces, quien pretende ser valiente y lo quiere demostrar, entra allí montado a caballo para luchar contra el toro con la espada. Unos mueren y otros matan al toro.

Hay en aquella plaza un sitio reservado al Rey para asistir a la fiesta con su esposa y séquito. La gente, de toda categoría, se pone en las ventanas, pues su alquiler en aquel día o en una fiesta parecida, se paga en el mismo sitio como se paga en todo el año.

Fiesta de San Juan

Asistí allí a una fiesta que celebran en aquella plaza en honor de un monje llamado San Juan.

Pretenden que era un fraile muy virtuoso e hizo cosas extrañas—el diablo les hace ver estas cosas imaginarias—que llaman los milagros, palabra que significa las pruebas. Hace de esto casi un siglo y en este año pretenden que el Papa lo aprobó como santo, autorizándolos de hacer recorrer a su figura en todas las calles para que la gente lo vea y lo conozca. Le dedicaron este día, habiendo adornado la iglesia y puesto a su figura vestidos incrustados de perlas y piedras preciosas. Adornaron también con todo lujo todas las calles, desde su iglesia hasta la plaza, colgando en ésta las piedras preciosas y cruces incrustadas. El Rey se preparó para ello con toda solemnidad y dispuso para nosotros un asiento frente al suyo, y lo adornó con el mismo lujo. Luego mandó invitarnos para procurarnos cierta distracción. Nos dirigimos hacia aquel sitio, que encontramos lleno de gente de ambos sexos y en las calles quedaban más personas que en la plaza. Subimos al asiento que nos estaba destinado y, como al sentarnos nos encontramos frente al Rey, éste nos hizo un gran saludo quitándose el sombrero. Se sentó con su mujer, su madre, rodeado de su séquito y sus ministros. Todos ellos pasaron con las cruces y las figuras de santos, entre las cuales venía la de este fraile que el Papa acababa de confirmar y al cual dedicaron numerosas iglesias en toda ciudad y aldea.

Asimismo en todo sitio, celebran en su honor una fiesta proporcionada con la importancia de la ciudad o de la aldea.

Los hospitales

Los frailes que pertenecen a su orden son los que se ocupan de cui-

dar los enfermos, muchos de ellos habiendo empezado en su vida, a fundar hospitales en sus iglesias y cuidarse a conciencia de los enfermos. En España hay innumerables hospitales, pues sólo en Madrid se cuentan catorce, todos grandes, limpios y provistos de todo lo necesario en camas, comidas, bebidas, medicamento y personal, y teniendo un servicio de ambos sexos cada cual para el sexo al cual pertenece.

Emplean el mayor cuidado y tratamiento, de manera que no falta al enfermo nada de lo que necesita, sea poco o mucho.

Entré en varios hospitales, donde ví abundantes provisiones y numerosos depósitos llenos de aceite, vinagre, bebidas y medicamentos. En la cocina encontré toda clase de carne: de cordero, de gallina, de conejo, de perdíz, de cerdo, todo para alimentar a los enfermos. Cuando el médico visita al enfermo y le toma el pulso enterándose de su estado, escribe una receta y la entrega al encargado de los enfermos; éste la da a la jefe de la cocina, quien manda al enfermo la comida prescrita por el médico.

Ví también en otra habitación las ropas de los enfermos. Cuando uno entra en el hospital le quitan todas sus ropas y la depositan en esta habitación, colocando encima una tarjeta con el nombre de su dueño. Le ponen otras destinadas a los enfermos y perteneciendo al hospital, le destinan una cama con dos mantas, dos sábanas y una almohada. Cada ocho días lavan las ropas que llevan y le ponen otras limpias. Cuando le dan el alta le ponen sus vestidos que llevaban al entrar, y así abandonan el hospital. Si muere, lo entierran a cuenta de éste y entregan a sus familiares las ropas que dejó allí.

Cada hospital tiene un médico que vive en una casa cercana, pagándole su alquiler y todos sus alimentos y gastos para que esté siempre presente y no se ocupe de ganarse la vida. Los frailes de esta orden fundada por San Juan, son los que más se ocupan de los enfermos.

Durante nuestra estancia en Sanlúcar, enfermó uno de nuestros compañeros. Estos frailes, que nos visitaban todos los días, cuando vieron al

enfermo, nos pidieron trasladarlo al hospital para que lo trataran mejor. Pero yo me negué a ello; entonces, molestos, me dijeron: «Sólo hemos querido hacer el bien y creímos que no nos lo negaría.» Insistieron mucho en ello, pero yo no cedí. Sin embargo, no cesaron de visitarlo hasta que sanó.

Por su buen comportamiento, su humildad y buen carácter, uno lamenta que no se hallen en el verdadero camino, porque ciertamente entre su raza son la gente de mejor carácter y de más humildad. ¡Dios conduce quien quiere al buen camino!

Correos

En el mercado de Madrid hay también un sitio destinado para las cartas que llegan de todos los países y regiones. En cada día llega la correspondencia de un país o de una región. Quien espera una carta va a los establecimientos destinados a ello y pregunta si viene algo para él. Si encuentra una carta la recoge y paga por ella un impuesto equivalente a un cuarto de onza de nuestro país. Asimismo quien desea enviar una carta la escribe y la echa en este sitio sin pagar nada, pues quien la recibe paga los gastos. Esto es para las cartas que vienen de una distancia de menos de medio mes. Pero las que vienen de países lejanos como Italia, Roma, Nápoles, Flandes, Francia, Inglaterra y de otros países, pagan su peso en plata, siendo esto un gran ingreso para el Estado. En el mes de febrero llegó el correo de Italia y Roma, trayendo cincuenta y tres rubh (cuartos) en cartas, que pagaron trece quintales y cuarto en plata.

El cargo de Director de los Correos está en manos de un conde, llamado Conde Yati (Conde de Oñate). Pretenden que el Rey se lo concedió para que viviese de ello y de él dependen todos los correos.

Tienen por regla general que el correo de un país lleva toda la correspondencia que puede y emprende un viaje rápido, pudiendo cam-

biar, a un precio fijo, el caballo que resulta débil o cansado, en una de las numerosas ventas que hay en el camino a disposición de los viajeros y correos anteriormente descritos. La distancia fijada para cambiar la montura es de nueve millas. Así el correo atraviesa la mitad del camino encontrándose entonces con el del país de destino. Los dos se cambian la correspondencia que llevan y vuelven cada uno a su país; así la persona tiene diariamente noticias de todas partes.

Gaceta

Pero en Madrid hay, además de las cartas, otra cosa para dar las noticias que vienen de países lejanos: En cierta casa hay un molde para escribir, en manos de un hombre que paga por esto un impuesto al Rey al principio de cada año. Todas las noticias que oye o recibe las reúne y las pone en el molde, sacando millares de copias, que vende a precios muy baratos. Verás un hombre llevando en mano un gran número de copias gritando: «¿Quién compra las noticias de tal país o de tal otro?» El que desea conocerlas compra una de estas hojas que llaman gaceta, con la cual se enterar de muchas noticias. Sin embargo, hay en ellas muchas mentiras, a las cuales incita la pasión humana.

El Papa. Manera de elegirlo

Con el correo de Italia y Roma antes mencionado llegó la noticia de la muerte del Papa y todavía nadie ocupa su puesto. Durante nuestra estancia en Sanlúcar nos enteramos de la elección de su sucesor. Este es el más alto puesto cristiano, pues quien lo ocupa promulga las leyes y dicta los reglamentos, ordenando lo que desea y prohibiendo lo que aborrece, según su interés. Les corresponde la obediencia absoluta a los que manda, si no estarían fuera de su religión.

La manera de su investidura es la siguiente: El Papa tiene bajo sus

órdenes setenta y dos sacerdotes, llevando el título de cardenal, que es un grado inferior al de Papa. Cuando éste muere, los setenta y dos cardenales entran cada cual en su habitación, cierran la puerta y se entregan a la devoción y a la meditación, sin ver ni hablar a nadie; sólo se les entrega el alimento del cual viven. Así permanecen durante cuatro meses, meditando y pensando cada cual en la persona que prefiere, entre los setenta y uno restantes, por su confianza, cultura, fidelidad y devoción. Escribe su nombre en un papelito y lo echa en una caja cerrada, de manera que nadie se entera de su contenido. Al expirar el plazo fijado para ello y terminar la escritura y la elección, se reúnen en sesión, abren la caja y leen los nombres.

El Cardenal cuyo nombre esté más veces repetido en los papelitos, será investido de aquel puesto después de jurar y hacer jurar a los demás fidelidad a las leyes establecidas. Entonces él será el Papa.

Acostumbran a escoger para este puesto, personas que han pasado de los ochenta años. El que eligieron esta vez dicen que sólo tiene setenta y cinco años, y aún dicen que es joven y que nadie antes que él llegó a este puesto en esta edad.

Hace años tenían otra costumbre, consistiendo en no elegir para este puesto más que italianos de Roma o de sus alrededores. El motivo de esto fué que una vez ocupaba el puesto de Papa un francés; éste se puso a reunir dinero y enviarlo a su país. Entonces acordaron que no ocuparan aquel puesto ni franceses ni españoles, que entonces eran muy poderosos, sino que siempre lo desempeñara un italiano. Un familiar suyo gobierna Roma y sus dependencias; nada se hace en toda Italia sin él.

El Papa que eligieron este año es de Nápoles, ciudad italiana, pero en mano de los españoles. Así fué violado esta vez el acuerdo mencionado, ocupando el puesto un italiano de una región bajo el mando español.

El Papa es quien les obliga al ayuno, algunos días, por motivos que

él menciona y les prohíbe comer carne el viernes y el sábado; impide a los cristianos casarse el uno con su prima materna o paterna, sin autorización especial por él concedida.

La obtención de tal autorización necesita muchos gastos para los intermediarios y a causa de la distancia tan larga, de manera que sólo pueden soportarlos los ricos y notables. También les permite casarse con una parienta sin necesidad de una autorización especial de su parte si hubo unión adulterina y la parienta resultó embarazada.

Don Pedro de Aragón

En Madrid ví una mujer joven, bella y distinguida, y perteneciente a la Nobleza española ⁽¹⁾. Se casó con su tío materno llamado Don Pedro de Aragón, descendiente de los reyes de Aragón, el cual, estando viejo y temiendo morir sin heredero, pidió autorización al Papa y se casó con su sobrina, muriendo poco después de contraer matrimonio, dejándole una inmensa fortuna.

Después de la muerte de su marido, varios notables pidieron su mano; pero ella rechazó todas las peticiones.

El Duque de Medinaceli

Esta mujer es la hija del Duque de Medinaceli ⁽²⁾, el cual era ministro y chambelán del Rey, al cual podía dirigirse en cualquier momento. Tenía, además, gran posición social, que heredó de sus antepasados, siendo de sangre real española. Cuando saludaba al Rey, le decía: «Estamos tras de vosotros», queriendo decir que les corresponde el trono si la familia real quedase sin heredero.

(1) Ana Catalina, nacida en 1663 y muerta en 1698, hija de Juan Francisco Tomás, Duque de Medinaceli. Se casó primero con su tío D. Pedro Antonio de Aragón y después con el gran almirante de Castilla Duque de Medina de Rioseco.

(Enciclopedia Espasa. *Medinaceli*.)

(2) Juan Francisco Tomás, nacido en 1637 y muerto en 1691. Fué primer ministro desde el año 1680 hasta 1685.

Esta expresión que el Duque repetía ante el Rey, hasta hace nueve años, sus antepasados la repetían también ante los del soberano. Cuentan que éste, sospechando de aquella expresión que tanto le molestaba, porque aún no tenía hijos, le dijo: «Esta palabra que siempre repites me hace sufrir mucho y quiero que la dejes y no vuelvas a repetirla ni tener esperanza en lo que expresas ni tú ni tus descendientes.» El Duque, que no podía desobedecer al soberano, la abandonó, permaneciendo en su cargo hasta que una vez el Rey le dió una orden; pero el ministro, que deseaba lo contrario, no le hizo caso. El soberano vió esta decisión contraria y calló. Pero como el Duque tenía una llave, con la cual podía entrar a ver al Rey en dondequiera que se hallaba, vino cierto día y encontró la puerta cerrada por dentro. Sus intentos para abrirla fueron sin resultado. Entonces tocó hasta que se levantó el Rey y vino a ver quién tocaba. Cuando abrió y encontró que era el ministro volvió a cerrársela en la cara. Este, irritado, regresó a su casa, donde quedó definitivamente sufriendo la enfermedad que llamamos nogta (gota) durante ocho años, hasta que murió al fin del corriente, estando nosotros en Madrid. Dejó un hijo que es el embajador de España en Roma al lado del Papa.

Los embajadores

Pues acostumbran enviarse embajadores los unos a los otros, como hizo el Papa, enviando a Madrid uno de los mejores doctores de su religión, llamado el Nuncio, el cual es su representante en los tribunales y legislaciones. Asimismo hay en Madrid numerosos embajadores, entre otros uno de Alemania y otro de Inglaterra.

Hubo anteriormente un embajador inglés en Madrid que se enamoró de una mujer llevándole su amor a hacerse cristiano y seguir a la gente de la cruz ⁽¹⁾, porque los ingleses no adoran la cruz. Cuando se en-

(1) A veces el autor, para distinguir los católicos de los demás cristianos, les llama «la gente de la cruz» o «los adoradores de la cruz». Pero más a menudo emplea la misma palabra para decir cristiano y católico.

teraron de esto lo sustituyeron por otro, quedando él en Madrid, donde se casó, habiendo recibido del Rey un sueldo anual de doce mil duros y perdido todo cuanto poseía en su país.

Hay también en Madrid un embajador de Venecia y otro de Portugal. Estos tienen, en esta ciudad, residencia fija y viven con sus hijos y mujeres. Otros vienen en misión especial; una vez terminada ésta regresan a su país.

Había antes en Madrid un embajador de Francia. Pero volvió al lado de su soberano a causa de la guerra actual entre los países cristianos.

Esta guerra tiene dos causas:

He aquí la primera: El Rey de Francia fué embargado por un sentimiento de orgullo y despotismo; su país era frontero con una provincia independiente gobernada por un príncipe que la había heredado de sus predecesores, porque es costumbre de los reyes cristianos cuando tienen numerosos hijos, que el mayor herede el trono y el segundo gobierna independientemente, bajo el título de Duque, una provincia determinada, en el extremo del país, sin tener ambición alguna al trono, a menos que su hermano falleciese sin dejar descendientes, pues en virtud de las leyes de herencia, el hermano o cualquiera de sus descendientes pueden heredar al hermano fallecido sin heredero.

Ocurrió que este Duque, gobernador de una provincia, no pertenecía a la raza francesa y por eso el Rey de ésta quiso destituirle y sustituirlo por otro. El Duque se vió incapaz de oponerle resistencia.

El Papa protestó contra esta agresión, pero el Rey de Francia permaneció en su actitud sin hacer caso a esta protesta.

Como todos los cristianos están sometidos al Papa (aquí el autor emite juicios contrarios al jefe del Catolicismo), de manera que no toman ninguna decisión de importancia sin su autorización, éste protestó contra el proceder del Rey francés, transformándose la protesta en enemistad porque éste no le hizo caso, manteniéndose en su decisión de

violar las leyes y destituir a los personajes de prestigio de sus puestos y herencias.

Mientras tanto, hubo conversaciones entre el Rey de Francia y el Emperador de Alemania a propósito del acuerdo franco-turco. En dichas conversaciones, el Emperador alemán pidió la denuncia de aquel acuerdo con Turquía. El Emperador goza entre los cristianos de un gran prestigio y consideración por haberse enfrentado siempre en la guerra contra los musulmanes, dedicándose por completo a esta tarea. Por este motivo lleva el título de Emperador.

Sucedió entonces que las naciones sometidas al Papa y aliadas con el Emperador, se declararon enemigas de Francia, y sus soberanos dirigieron al Rey francés el ultimátum siguiente: «Tu proceder es contrario a la voluntad del Papa, nuestro Jefe Supremo. Violando las costumbres, destituyes de los altos cargos a sus dueños e insistes en conservar el acuerdo con Turquía sabiendo las guerras sostenidas por ésta contra el Emperador, que todos debemos ayudar en virtud de nuestra religión. Pues, o denuncias el acuerdo con Turquía y te pones con nosotros al lado del Emperador o acordamos declararte la guerra.» Esto hicieron pensando que, al ver su unión y su decisión unánime en declararle la guerra, se vería incapaz de resistirles y se arrepentiría de su actitud. Mas si permanece en su posición lo combatirían por tierra y por mar, y le derrotarían.

Cuando vió esta decisión unánime y sintió el deseo de resistir, les escribió diciéndolo: «Recibí vuestro ultimátum y quisiera que me enviaran esta declaración escrita por vuestros soberanos para que yo pueda pensarlo bien.» Ellos lo acordaron y le enviaron el escrito. Al ver esta decisión de combatirle si no denunciaba el acuerdo con Turquía y ayuda el Emperador abandonando lo que acometió contra la voluntad del Papa, escribió bajo sus firmas: «Estas naciones son enemigas de los franceses y los franceses son enemigos de ellas.» Al recibir esta contestación le declararon la guerra, que aún sigue, por tierra y por mar.

Dichas naciones son: España, Alemania, Italia, Suecia y Saboya. Sólo Portugal permaneció neutral, rechazando su soberano la invitación para tomar las armas contra Francia. También quedaron neutrales los genoveses, gobernados entonces por el Gran Duque, que mantenía con el Rey de Francia relaciones, pagándole un tributo fijo y teniendo un número determinado de barcos a su disposición de modo permanente.

Los ingleses y los flamencos tampoco habían tomado parte en esta guerra porque, como no están sometidos al Papa como las demás naciones, no están considerados entre los cristianos y por este motivo éstos les llaman herejes.

El Rey de Inglaterra murió durante las hostilidades entre los cristianos sin dejar más heredero que su hermano Jacobo, el cual profesaba en secreto, con su esposa, el catolicismo.

Al caer entre sus manos la herencia del trono, el pueblo lo invitó a ocuparlo. Jacobo se negó a ello. Pero cuando vió su insistencia y la imposibilidad de entregar el poder a otro, según las leyes de herencia, les dijo: «No acepto vuestra oferta más que con la condición siguiente: Cada cual seguirá la religión que quiera.» Ellos aceptaron esta condición y lo coronaron. Pero fueron sorprendidos el día siguiente al verlo con su esposa llevar cruces, ostentar los frailes que tenía, entrar en las iglesias y rezar como los católicos, siguiéndolo en esto quien de su séquito se había enterado. Quiso además obligar a su pueblo a profesar la misma religión que él.

Cuando los ingleses vieron que su rey profesaba el catolicismo, separándose así de la creencia de la nación, temiendo que el pueblo siguiese el ejemplo del soberano, protestaron contra su proceder y decidieron matarlo. Al darse cuenta, Jacobo huyó con su esposa a Francia, poniéndose bajo la protección de su Rey. Este decidió prestarle ayuda por odio a los ingleses y tuvo con éstos conversaciones sobre el asunto. Pero dichas conversaciones fueron sin resultado, y entonces les dijo:

«Vosotros sois mis enemigos, como los demás cristianos. ¡Preparaos a la guerra porque he decidido devolver el fugitivo a su casa y a su trono!»

Los ingleses, al ver huir a su Rey y estallar la guerra entre ellos y los franceses, ofrecieron el trono al Príncipe de Orange, jefe de los flamencos, por ser éstos de la misma religión que ellos. El Príncipe de Orange tomó el poder; los ingleses le dieron el título de Rey y decidieron la guerra contra los franceses por tierra y por mar. El país de los Flamencos y Holanda son vecinos con el país de Flandes. Este formaba parte de la raza flamenca y sus habitantes profesaban la misma religión. Pero cuando pasó al reino de España por el traslado del conde, esposo de la hija del Rey Fernando, como ya mencionamos, tuvo que adoptar el catolicismo, profesado por sus gobernantes. El Rey de Francia dirigió contra ella, en este año, una expedición bajo el mando de su hijo el Delfín; salió luego él mismo en su ayuda y cercó su capital, Mons, durante pocos días, disponiendo contra ella los cañones y las bombas, encontrándose la población en el máximo de dificultades. Había en la población doce mil españoles, los cuales, al verse en esta situación y por miedo a perecer, se rindieron. Así el Rey de Francia se apoderó de la ciudad y de más de setecientos pueblos que de ella dependen. Fué realizada su entrada en esta capital el día de Pascuas, mediado el mes de abril del año actual. Entonces regresó a París, la capital de su reino, dejando a su hijo a la cabeza del ejército, enfrentado con el Príncipe de Orange, Rey de los flamencos e ingleses.

Dicen que éste dispone de un ejército de setenta y cinco mil soldados y de una escuadra que derrotó a la francesa, averiándole cuarenta barcos.

El Rey de Francia sostuvo también contra España una guerra por tierra y mar. Por tierra cercó la ciudad de Barcelona, de la provincia de Cataluña ⁽¹⁾. El ejército español fué mandado por el Duque de Medinaceli, conocido con el nombre de Guzmán. Durante nuestra estancia

(1) El manuscrito árabe dice equivocadamente «La ciudad de Cataluña de la provincia de Barcelona»

en Madrid tenían miedo de que los franceses lo combatiesen y mandaron en su ayuda un pequeño ejército, esperando todavía el resultado.

Pretenden que este mes los franceses dispusieron contra ella y contra la ciudad de Barcelona las bombas y los cañones, destruyendo en ella varias casas. Entonces los habitantes de Barcelona cogieron a todos los franceses que se hallaban en esta ciudad y obligaron a los solteros a abandonarla, dejando sólo a los casados.

La escuadra francesa, después de bombardear Barcelona, se fué a Alicante, donde tiró numerosas bombas, destruyendo más de setecientas casas. Entonces los habitantes de esta ciudad cogieron a todos los franceses que en ella se encontraban y los mataron. Dicen que eran unos tres mil.

Cuando los españoles se enteraron de que la escuadra francesa se dirigía contra Barcelona y Alicante, la española se hallaba en el Océano Atlántico en busca del correo de América que había tardado en llegar. Mandaron llamarla para que regresase hacia Alicante. Pero al llegar, ya la escuadra francesa había realizado sus bombardeos y regresado a su país. Así la escuadra española no alcanzó ningún barco francés.

Los franceses están también en guerra con Venecia, Italia, Alemania y Saboya, pues ésta la gobierna un duque llamado el Duque de Saboya, que intervino en la guerra entre los franceses y los demás países cristianos.

En este año el ejército francés se dirigió hasta Saboya, poniendo a sus habitantes en una situación muy difícil; se apoderó de todo este país, quedando en manos del Duque sólo la capital, en la cual reside. Aún el ejército francés mantiene el sitio de esta ciudad.

Como el Rey de Francia combate contra el Emperador por los motivos ya indicados, le acusan de ayudar al Rey de Turquía—¡hágalo Dios fuerte!—y pretenden que le envía todo el material de guerra que necesita, como cañones y otros. El otro motivo para acusarle de esto, es la estancia de un embajador francés en Estambul.

Pero la realidad es que los franceses son gente de comercio y la mayor parte de su comercio está con Estambul. El Rey de Francia—¡que Dios lo aniquile!—tiene en gran consideración a los comerciantes, pues en estos últimos años eran los que formaban su gobierno y la mayor parte de su séquito. El les concedía ventajas útiles al comercio y favorables a las empresas y al mismo tiempo le dejaban a él un gran ingreso. Esta conducta era distinta de la de los soberanos de otras naciones, como la española, donde el comerciante no se cuenta para nada. Por este motivo disminuyeron los comerciantes españoles y así no encuentras a ninguno de ellos que haya viajado por el extranjero para comerciar, salvo los que están en América.

La mayoría de los comerciantes en España son ingleses, flamencos, genoveses y otros. Pues el buen trato que el Rey de Francia procura a los comerciantes de su pueblo, es debido a la utilidad que ve en ello. En cuanto a los turcos sólo piden ayuda a Dios y no como pretenden estos ignorantes engañados, que el Rey francés haya pasado al lado del Emperador y se haya ligado con él contra los turcos el año pasado, a causa de la toma de Belgrado y sus alrededores.

Las últimas noticias recibidas dicen que el Rey de Turquía—¡que Dios le ayude!—reunió numerosos ejércitos y declaró que no abandonaba las armas—con la ayuda de Dios—hasta que tomase la ciudad de Viena, capital de Alemania. Corre además la noticia de que el Ministro del Sultán Soleimán, avanzó con un ejército de cien mil guerreros, habiendo salido para su ayuda otro ejército de ochenta mil tártaros. Cuando llegaron al campamento encontraron a uno de los generales del Emperador con seis mil combatientes. Los tártaros los derrotaron, cogiendo cuatro mil prisioneros y matando a los demás. Sólo se salvó un pequeño grupo.

El Conde de Takeli

Acompañaba a los turcos una guarnición mandada por un Conde llamado Et-Takeli.

Este era un vasallo del Rey turco, contra el cual se sublevó haciéndose independiente. Pero volvió a someterse al Sultán Soleimán después de la conquista de Belgrado, realizando luego, contra los cristianos, actos que le valieron para ser citado en sus historias.

Cuentan que el Emperador intentó varias veces alejarlo del Rey turco, pero sus esfuerzos fueron sin resultado. Más tarde, uno de sus generales atacó la tropa de Et-Takeli y cogió gran número de prisioneros, entre los cuales estaban su esposa y uno de sus hijos. A pesar de la amenaza del Emperador de matarlos, el Conde permaneció en su actitud y, cuando por orden imperial fueron encarcelados su esposa y sus hijos, entonces, por represalia, intensificó sus ataques contra los cristianos.

Polonia ayuda al Emperador

El Emperador no cesa de pedir auxilio a los cristianos contra los musulmanes, concluyendo tratados con los países limítrofes con Turquía, como Polonia, cuyo soberano está en guerra con ésta.

Intervención de Rusia

También quiso el Emperador meter en esta contienda al país moscovita, situado en el Norte. Pero cuando ya lo había conseguido, hubo entre ellos un conflicto que les separó. Pretenden también que hay, bajo la autoridad del soberano moscovita, gran número de tártaros peleados con sus hermanos ⁽¹⁾.

(1) Con esta palabra, el autor se refiere a los tártaros que ayudan al Sultán como se ha dicho anteriormente.

El ingreso en la Nobleza española por méritos de guerra en Alemania

El español que desea ingresar en la Nobleza y no puede demostrar su derecho a ello o no tiene apoyo en el Gobierno para adquirir un puesto que le dispensa de practicar el comercio, se va a Alemania, a pesar de su lejanía, y toma parte en la guerra contra los musulmanes—¡que Dios les haga poderosos!—, recogiendo luego las pruebas de su servicio y esfuerzo. Regresando a España, presenta las pruebas de su actuación y de sus servicios. En recompensa se le otorga el título de Nobleza que merece, igual al que adquieren sus semejantes que tienen apoyo al lado del Gobierno o que pueden demostrar sus derechos.

Acostumbran recurrir a este procedimiento los militares que, a pesar de pertenecer a la Nobleza y ser hijos de duques, condes, marqueses u otros, no poseen un feudo para heredar el título del padre. Entonces se alistan en uno de los ejércitos que luchan contra los musulmanes, estando la mayor parte de éstos en Alemania. Al regresar, habiendo tomado parte en la guerra o no, aporta un certificado favorable del jefe del ejército indicando la guerra a la cual asistió y los servicios heroicos que cumplió. Con este documento solicita un puesto o un sueldo porque en sus costumbres sólo hereda el hijo mayor, sea hembra o varón.

La herencia en la Nobleza

Cuando muere un noble, su hijo mayor hereda su título y su fortuna, de manera que sus demás hermanos, por numerosos que sean, no heredan nada y sólo poseen lo que el padre les habrá concedido durante su vida, como donación o dote que se acostumbra dar a la hija.

Si la muchacha es la heredera del título de su padre y se casa con uno que tiene un título igual o más importante, ella toma el del marido. Pero

si éste pertenece a la Nobleza sin tener título ni herencia, adquiere el título de su esposa. Por eso son numerosos los que tardan en contraer matrimonio, esperando encontrar como partido a alguna hija de noble, heredera de su padre.

A la muchacha que no tiene derecho a la herencia se da una dote de cien mil reales, cantidad determinada por el Rey y que no puede ser sobrepasada⁽¹⁾.

La herencia del título de Condestable

Tienen en la herencia de los títulos de Nobleza unas tradiciones que no obedecen a la misma ley, como pasa en el de Condestable, uno de los ministros del Rey de España.

Ya desde sus antecesores, cuando muere y no deja un hijo varón, su herencia, su título y su puesto de ministro no pasan a sus parientes, sino a manos de su servidor más antiguo.

Si no hay acuerdo para determinarlo, fijan una hora en la cual sale de su casa una persona de confianza en su religión. El primer transeunte que vea, sea quien sea, lo llaman, le entregan el puesto y el título, y lo llevan ante el Rey, delante del cual se arrodilla. Al cabo de una hora, el Rey le ordena ponerse de pie, a su derecha, en el puesto del ministro fallecido, y cubrirse la cabeza. Así el nuevo ministro toma el puesto del fallecido, apoderándose de todos sus bienes y de las provincias que estaban en su poder; porque la Nobleza cristiana tiene provincias y ciudades adquiridas al conquistar el país y conservadas por herencia sin que se pueda quitárselas.

Tiene este Conde un sobrino y una sobrina que, según las leyes, no tienen derecho a su herencia. Tampoco lo puede heredar su hijo bastardo, el actual Gobernador de Cádiz.

(1) Aquí, el manuscrito de Tetuán añade la observación siguiente: «El real en España es la veintigésima parte del duro, el cual se llama real en los otros países y vale cincuenta francos o la quinta parte del Luis oro. Así resulta el dote veinte mil duros, de la división de cien mil por cinco, resultando veinte mil.»

La hija del Príncipe de Barcelona

En Barcelona, de la provincia de Cataluña, un hombre llamado el Príncipe adoptó otro procedimiento. Al morir dejó una hija, la más bella de su época, y una fortuna inmensa en dinero, muebles, joyas, aldeas y ciudades. En su testamento legaba todo a su hija, con la condición de que sólo se casara con quien triunfase en el duelo celebrado en su presencia. Después de la muerte del Príncipe, al ser conocida por los cristianos la condición establecida por él, acudieron de todos lados los hijos de la Nobleza pidiendo el duelo, con el deseo de obtener la muchacha y su fortuna.

El plazo era de seis meses; cada pretendiente que llegaba visitaba a la muchacha, y de acuerdo con ella fijaba la fecha del duelo, yendo luego a alojarse fuera de la ciudad. En el día determinado salen al sitio del duelo montado cada cual de los combatientes en su caballo, bien preparado y llevando lo que puede de hierro y de corazas y en la mano una lanza con un diamante en la cabeza. Cada uno de los dos se dirige hacia su rival y le pone la lanza en el pecho y empuja. El que hace caer al otro resulta victorioso. Cuando está vencido pasa a un lado y la muchacha lo mantiene para su cuenta hasta que termine el plazo y no quede ningún pretendiente.

Entonces, todos aquéllos que habían vencido salen y efectúan el duelo de nuevo. El que resulta victorioso en final, se casa con la muchacha y toma la herencia.

Cuentan que una vez vino un grupo de notables y se combatieron en duelo. Había entre ellos un joven que era el primo del Rey de Francia. Al verlo la muchacha se enamoró de él, y contra la costumbre le mandó un regalo ofreciéndole además su hospitalidad el mismo día de su llegada.

La libertad del testamento

Por este caso y otros semejantes que no obedecen a ninguna ley, se ve que el hombre entre ellos tiene absoluta libertad para disponer de sus bienes y herencia; incluso puede legarla a un ajeno, desheredando a sus hijos. Si hereda sus bienes uno que no sea de sus hijos, por ejemplo, si su hija heredera de su título y fortuna contrae matrimonio con un noble sin título o con título inferior al suyo, éste toma el del padre de la esposa mientras sus hijos llevan otro distinto.

En virtud de estas leyes que conceden a las mujeres el derecho de herencia, se espera que el trono de España pasará al Rey de Francia por uno de los motivos siguientes: O por herencia, porque el Rey de Francia se había casado con la hermana del actual soberano español, hija de Felipe IV, de su primer matrimonio, de la cual tuvo un hijo llamado El Delfín, más astuto que su padre. Si Carlos II muere sin descendiente, el trono de España cae en manos del Delfín, como herencia de su madre. Pero si no lo obtiene por herencia, lo tendrá merced a la guerra que les está librando, conduciendo personalmente los ejércitos, mientras el soberano español nunca dirigió una batalla ni acompañó un ejército.

Por estos motivos pusieron a aprender el idioma francés y a enseñarlo a sus hijos en las reuniones y las ceremonias, sin hacer caso a su Rey. Pero lo que sucedió este año, matando a los franceses, provocó una irritación que aviva el odio y la enemistad entre ellos.

Cuentan que el Papa, antes de morir, este año intentaba reconciliarlos. Pero como el Rey francés estaba peleado con el Papa, se puso a crear leyes sin consultarlo.

Protestantes y católicos

Dicen que el motivo de la divergencia entre los flamencos e ingleses

ses, de un lado, y los católicos del otro, fué el siguiente: Algunos frailes habían tenido con el Papa una discusión, por la cual éste los encarceló. Al darles la libertad, lo abandonaron y se fueron al Rey de Francia ⁽¹⁾ poniéndose a crear leyes según su deseo, a tal punto que le autorizaron casarse con una mujer que quería, a pesar de estar casado, ya que el Papa le había prohibido contraer matrimonio con esta mujer en la vida de su esposa. No obstante esta prohibición, el soberano hizo según su deseo.

La Cuaresma

Los católicos no pueden desobedecer al Papa en nada. Pues es él quien les hace las leyes y los reglamentos para la comida durante la Cuaresma, cosa en la cual se diferencian de los cristianos de Oriente. Resulta que en su pretendido ayuno comen durante todo el día.

Al fin de Febrero celebran unas fiestas y ferias para prepararse a la Cuaresma, que empieza el primer día de Marzo y dura cuarenta y seis días, que son los cuarenta días del ayuno de los israelitas a los cuales se añaden seis domingos.

Este ayuno que practican no consiste en abstenerse de comer, beber o cumplir el acto conyugal, sino en no comer carne, excepto los nobles y los enfermos, que pueden hacerlo por autorización del Papa. Los demás se alimentan de pescado durante toda la Cuaresma y pueden tomar huevos a condición de obtener un permiso de los frailes en cambio del cual se paga la octava parte de un duro por alma. La tercera parte de este ingreso pertenece al Rey, quien la dedica para su escuadra marítima. Así verás a personas mendigar en las calles para reunir dinero, con el cual compran la Bula, que es el permiso para comer huevos. Fuera de esto pueden comer en todo el día. Cuando el cristiano se despierta por la mañana, toma una taza o dos de chocolate con bizcocho, que es pan amasado con azúcar y yema de huevos.

(1) El autor dice equivocadamente Rey de Francia. En realidad se trata del Rey de Inglaterra, Enrique VIII.

A la una de la tarde toman una comida fuerte. Los notables y los enfermos pueden comer carne. Los que no son notables o desean ayunar, toman pescado, huevos y otros, y beben el vino que quieren, puro o mezclado con agua, pudiendo beber cuando sienten sed.

A media noche toman una comida ligera de una media libra aproximadamente y duermen hasta el día siguiente. Por la mañana repiten lo del día anterior, continuando así todo el tiempo del ayuno.

Los frailes están autorizados para comer una media hora antes del medio día y pretenden que lo necesitan a causa de las fatigas que sufren en la devoción y rezos nocturnos.

Durante la Cuaresma, además del domingo, dedican el viernes para entrar a las iglesias y oír la misa, y en aquel día hacen la promesa de andar a pie, dejando así su caballo o su coche y caminando una hora.

El Domingo de Ramos

Perseveran en el ayuno del modo descrito durante treinta y ocho días. Entonces empiezan las fiestas fijadas en esta fecha para conmemorar lo que ocurrió al Cristo, según sus creencias. El día treinta y nueve es la fiesta de los Ramos⁽¹⁾, que conmemora la entrada del Cristo en Jerusalén según refiere el evangelio que manejan. En aquel día los israelitas salieron a su encuentro, habiendo cubierto el camino de ramos de palmeras y hojas de árboles. Ellos buscaban una prueba para cogerlo y matarlo. Pero dice su evangelio que en aquel día fueron numerosos los que creyeron en él. Por eso no pudieron detenerlo. Los cristianos celebran este día reuniéndose en las iglesias y recordando en sus sermones lo que ocurrió en aquel día. Luego sacan la cruz y la llevan recorriendo las calles llevando cada cual en la mano un ramo de palma, de olivo o de cualquier árbol fresco y flexible, como el laurel u otro semejante. Terminado el recorrido, devuelven la cruz a su sitio.

He visto entrar al Rey en aquel día en la iglesia de su palacio y es-

(1) El Domingo de Ramos.

cuchar todas las impiedades ⁽¹⁾—¡que Dios nos libre de ellas!—que contó el cura, administrador de la iglesia. Luego salió con todos los curas, los monjes, el arzobispo y el nuncio representante del Papa. Los monjes iban vestidos con magníficas ropas incrustadas de piedras preciosas. Cada cual llevaba en la mano un ramo de palma y delante de todos una cruz de plata cubierta con una tela de seda.

Les acompañaba un grupo de monjes pequeños ⁽²⁾, expertos en cantos que, con sus instrumentos de música, tocaban mientras los frailes cantaban lo escrito en unos papeles que tenían en la mano. Tras de ellos venía la Nobleza y tras de ésta los que forman el séquito del Rey y detrás de todos venía el Soberano llevando en la mano una palma adornada con flores. Así recorrieron el palacio real con la cruz y luego la devolvieron a su sitio en la iglesia.

Asimismo hacen en todas sus iglesias, pues en aquel día encuentras en mano de todo cristiano una palma o un ramo de olivo o de otro árbol.

Como el Rey asistió solo a aquella fiesta y no le acompañó su esposa, mandó presentarnos excusas, diciéndonos que no pudo salir porque estaba enferma.

Al día siguiente se reúnen en las iglesias y pronuncian sermones recordando lo que ocurrió al Cristo después del Domingo de Ramos con los israelitas, que habían hecho complot contra El para detenerlo y matarlo.

El Jueves Santo

Al llegar el día cuarenta y cuatro de la Cuaresma—llamado día de pascuas—el Rey prepara una comida, invita a trece pobres y les da puesto en su mesa. Asisten a esta comida el arzobispo y el nuncio. El Rey sirve a los pobres como un criado, presentándoles personalmente los platos y quitándolos después de presentar a cada uno treinta o cua-

(1) Así califica el sermón.

(2) Los monaguillos.

renta platos, pero sin carne ninguna porque está prohibido en la Cuaresma, aunque éste sea el del término del ayuno, lo han incluido en los seis días que añadieron. Sólo les da pescado y lo completa con frutas secas y del tiempo hasta que haya presentado comida a todos, ofreciéndoles además agua y vino. Cuando terminan la comida, el jefe de la iglesia trae una palangana, el nuncio aporta el agua y el Rey lava los pies de todos aquellos pobres, secándolos luego con toallas preparadas para esto.

Después les da un vestido y una cantidad de dinero a cada uno y ellos salen llevando consigo lo que les dió y la comida que quedó en sus platos. Los encuentras vendiéndola en las calles y la gente aglomerándose a su alrededor para comprársela, porque creen en la bendición de aquella comida.

Asimismo hacen su mujer y su madre, dando cada cual una comida a trece mujeres como la que da el Rey a los pobres. Este acto del lavatorio de pies había sido, según dice su evangelio, una ofrenda y ley hecha por el Cristo en el día de Pascuas. Pues en este día al Cristo, deseando romper el ayuno, le preguntaron sus discípulos: «¿Dónde quieres que te preparemos las Pascuas para comer?» El les contestó: «Idos a tal sitio (que él les nombró) hasta que venga a vuestro encuentro un hombre llevando una jarra de agua. Seguidlo al sitio en el que entrará, y decid al dueño de la casa: «El Maestro quiere comer la Pascua en tu casa.» Los discípulos partieron y encontraron al hombre portador de la jarra. Habiéndole seguido hasta el sitio que el Cristo había descrito, dijeron al dueño de la casa: «El Maestro te dice: Prepárame la Pascua para que la coma en tu casa.» El hombre preparó la Pascua y el Cristo llegó con sus discípulos, que eran trece. Comió la Pascua con ellos y al terminar se puso de pie, cogió una toalla, con la cual se ciñó los riñones, y se puso a lavar los pies de sus discípulos, uno tras el otro. Cuando llegó a Simón-Es-Safa (Simón-Pedro), éste le dijo: «¡Tú lavarme los pies!» El Cristo le contestó: «Lo que hago tú no lo conoces ahora, mas lo conocerás después.» Simón replicó: «¡Jamás tú me lavarás los pies!»

«En verdad—contestó el Cristo—si no te lavo los pies no serás de los míos.» Entonces dijo Simón: «¡Oh, Señor mío; no sólo me lavarás los pies, sino las manos y la cabeza!» El Cristo añadió: «Si yo, que soy vuestro maestro, os lavé los pies, pues es propio que os lavéis vosotros los unos a los otros. Sólo he hecho esto para daros ejemplo, porque como yo os hice haréis vosotros también.»

Por este motivo el Rey lava los pies de estos pobres. Asimismo hacen los notables, los grandes y todos los personajes que, por la consideración o la fortuna, ocupan un rango elevado.

Pretenden también que el Cristo, mientras celebraba la Pascua con sus discípulos, les dijo: «Uno de vosotros me entregará esta noche.» Cada uno de ellos se puso a protestar y jurar que era inocente. Había entre los trece un hombre llamado Judas el Iscariote. Pretenden que era uno de los discípulos y que el diablo le sugirió la idea de entenderse con los judíos dispuestos contra el Cristo, a los cuales lo vendió por treinta piezas de plata, entregándolo a ellos en la noche de su detención, mientras rezaba de noche en su jardín. Judas llegó con los guardias venidos para detenerlo.

Cuando el Rey haya dado de comer a los pobres y éstos hayan salido, se reúnen todos los cristianos, curas y frailes en general y en particular y sacan todas las cruces e imágenes que adoran, paseándolas en las calles de la ciudad y llevando innumerables velas encendidas durante el día. Nadie se niega a llevar las velas y andar ante las cruces y las imágenes.

El Viernes Santo

Con éstas van de una iglesia a otra manifestando tristeza y pena, pretendiendo que así se hizo con el crucificado. Pasan con numerosas imágenes del Cristo. En una está rezando en un jardín, mientras un ángel le presenta la copa de la muerte y El cogiéndola en su mano. En

otra aparece un grupo de guardias y los cristianos pretenden que así se agruparon alrededor del Cristo. En otra se ve al Cristo crucificado y, por fin, pasean su imagen en un ataúd, después de haberle bajado de la cruz.

Algunos cristianos, deseando imitar al crucificado, se tapan la cara pretendiendo que se esconden, pero se olvidan que tienen detrás un criado o un amigo que les guarda para que no se desmayen del azote que se dan en la espalda y así verás la sangre correr sobre sus piernas.

Hay quien se crucifica atando su cabeza y su mano sobre una columna de hierro, pasando así por las calles durante los días de procesión, habiéndose tapado la cara para no ser conocido.

Al día siguiente, pasean otras imágenes del Cristo. En una está ya crucificado, en la otra lo han bajado de la Cruz y en la última viene enterrado. Acompañan todo esto de cantos tristes; entran en la iglesia y lo esconden, apagando todas las luces y colgando ropas negras sobre las puertas de las iglesias. No tocan campanas ni montan en coche ni en caballo durante los días de la procesión. Dicen que fué Juan de Austria, el hermano del Rey actual, quien prohibió circular en coches y caballos durante estos días.

El Sábado de Gloria

Al día siguiente, que es el tercero después del de Pascuas, cerca del medio día, abren las iglesias, encienden las velas, cambian las ropas negras colgadas por otras de color, tocan las campanas, se alegran e imprimen en unas tarjetas ciertas imágenes, pretendiendo que son ángeles, y escriben entre estas imágenes en caracteres caldeos la palabra «Aleluia», que significa «¡Alegraos!» «¡Alegraos!» Cuando tocan las campanas vuelan de ellas las tarjetas, que los cristianos recogen y se regalan entre sí, contentos y alegres por la resurrección del Cristo, porque creen—erróneamente—en su crucifixión, enterramiento y resurrección de la tumba.

N.—Aquí el autor rechaza esta creencia de los cristianos y trata de demostrar su error, creyendo que el Cristo es el hijo de Dios. Habla de San Pablo y del Papa. Trata de la confesión y de los frailes, y su pluma escribe conceptos duros para ellos y para la ciencia de los cristianos.

Luego añade:

A pesar de esto hay entre ellos gente de buen carácter y uno desea que fuesen en el verdadero camino.—¡Quiéralo Dios!—Así vi en la iglesia llamada El Escorial un hombre viejo, de buen aspecto y carácter. Nos demostraba gran alegría y buen recibimiento. Era el jefe de aquella iglesia, de los pueblos que la rodean y de las aldeas que dependen de ella. Este hombre dejó toda esta jefatura, abandonó el mundo y dejó su puesto a un alumno suyo llamado D. Alonso. Este monje, jefe actual de El Escorial, demostraba mucha alegría, buen recibimiento y buen hablar. No cesó de visitarnos durante nuestra estancia en Madrid, cuando venía a ver al Rey, que le tiene en gran consideración. También nos llegaban sus cartas desde El Escorial.

El Escorial

Esta es una iglesia construída por Felipe II que, habiendo destruído la iglesia de San Lorenzo, en una ciudad francesa, para poder tomarla, prometió construir otra mayor a nombre del mismo Santo. Cuando volvió de la guerra construyó la iglesia que prometió, al pie del monte que separa Castilla la Nueva y Castilla la Vieja, a veintiuna millas de Madrid.

La iglesia y la casa del Rey con sus accesorios están construídas de piedras grandes y duras, parecidas al mármol y traídas del monte que domina la iglesia.

Dicen que al momento de construirla elevaron un puente de madera desde la cima del monte hasta el sitio del edificio para arrastrar las carretas que llevan las piedras sobre este puente y colocarlas en

su puesto sin tener que cargarlas. No quedan huellas de este puente de madera. El monte está muy elevado y entre su cima y la iglesia hay la distancia de una «masafa» ⁽¹⁾.

Este Escorial es un edificio grande y alto. Tiene del lado occidental tres puertas. La puerta central es la de la iglesia y sus dependencias. Encima de ellas hay una estatua del monje Lorenzo el Real, bajo cuyo nombre fué construída la iglesia. Las dos otras puertas, una a la derecha y la otra a la izquierda, son de dos grandes casas donde estudian los frailes novicios. Cada grupo de ellos tiene sobre el hombro una cinta en azul y colorado, como signo del grado que alcanzaron. Lo primero que estudian es la filosofía y lo que se aproxima de ella. En estas dos casas hay un gran número de estudiantes que vienen de Madrid y de todas las regiones.

Pero en donde terminan sus estudios es en la ciudad de Salamanca, a tres ⁽²⁾ millas de Madrid. Pues para ellos, quien no terminó sus estudios y adquirido estos conocimientos en Salamanca, no se considera aprovechado.

De pequeños aprenden, sobre todo, la religión; luego la aritmética y después la geometría en latín.

El latín para ellos es como la sintáxis «Ilm An-Nahu» entre los árabes, de manera que no todos los cristianos lo entienden, sino sólo los que lo han estudiado de pequeños.

Así ves a los cristianos enviar a sus hijos a los sitios destinados para el estudio, como El Escorial y Salamanca.

Sobre la puerta central que conduce a la iglesia hay numerosas figuras grabadas. Entrando por esta puerta se encuentra uno frente a un gran patio con grandes columnas alrededor. Sobre cada columna hay una figura vestida y todas de la misma piedra. Hay cinco y dicen que son las de cinco reyes israelitas. La primera lleva la inscripción siguiente: «El Profeta David.» Lleva una corona de cobre dorado que pesa cinco

(1) El manuscrito lleva sólo la palabra.

(2) Distancia mal definida.

«rubh» y en su mano el instrumento musical que inventó y con el cual cantaba los salmos, y se llamaba arpa.

Este es un gran instrumento en madera tan alto como un hombre; tiene unas cuarenta cuerdas y produce buenos sonidos en manos de quien sabe tocarla.

Los cristianos la utilizan con frecuencia y la enseñan a sus mujeres, hijos e hijas. Pues es raro encontrar una casa donde toda su gente no sepan tocar el arpa. Pero los que más la utilizan son los hijos y las hijas de la Nobleza. También las utilizan en sus iglesias, ceremonias y fiestas; es el instrumento musical que más emplean. En cuanto al instrumento que llamamos el laúd no está conocido por ellos; sólo tienen uno muy parecido que llaman la guitarra, un poco más pequeña que el laúd, pero tiene dos cuerdas más. Sin embargo, el arpa es el instrumento musical más bonito.

A la derecha de la figura de David hay otra que lleva la siguiente inscripción: «Este es Salomón, hijo de David.» Lleva sobre su cabeza una corona de cobre dorado que pesa cinco «rubh» y en la mano lleva un bastón de cobre dorado también que pesa tres «rubh».

A su derecha hay otras tres figuras, llevando cada cual el nombre de uno de los reyes célebres que reinaron en aquella época.

Al interior del patio hay otro más amplio y en su extremidad del lado derecho hay catorce grandes departamentos destinados para viviendas de los alumnos y frailes. Cada departamento se compone de varias habitaciones y tiene un grifo, una fuente y unas veinte columnas. Todos los departamentos comunican entre sí. A la izquierda del que penetra del patio a la iglesia y frente a la puerta de los departamentos, hay otra puerta que comunica con la casa del Rey. Es una gran casa construída con las mismas piedras que la iglesia y es tan majestuosa y tan alta como ésta.

Tiene este palacio tres puertas: una comunica con el interior de la iglesia, otra con el exterior y la tercera con el jardín que se halla al lado

de la iglesia. Como en este sitio hace fresco por hallarse al pie del monte, cada año el Rey acostumbra pasar en este palacio un mes de verano.

La iglesia por sí es grande y tiene varias columnas y patios. Al entrar aparece enfrente, en plata dorada, el crucifijo que tanto adoran.

En el centro de la iglesia hay una cúpula muy alta y muy bien trabajada, apoyada sobre cuatro columnas, de doce picos la circunferencia de cada una, y en su interior hay un asiento cubierto de seda, sobre el cual se sienta el fraile cuando reza.

Al interior de esta iglesia hay numerosas lámparas de oro, de plata y de cobre dorado. Hay también preciosas joyas de valor inmenso.

En su parte superior hay un sitio donde se ponen para rezar y cantar la misa. Tienen allí un instrumento musical muy grande llamado el órgano, que tiene cañones y fuelles de plomo dorado y produce unos sonidos admirables. Pretenden que cantan con este instrumento los salmos de David y la Biblia de Moisés. (¡La paz sea con él y con nuestro profeta!)

Su creencia en la Biblia se limita al decálogo ⁽¹⁾, en las cuales participan con los judíos y que pretenden conservar; éstas son la prohibición de matar, robar, cometer el adulterio, desear la mujer o los bienes del prójimo, etc.....

En esta iglesia hay doscientos frailes mayores que dicen la misa y otro número de pequeños.

En su parte más elevada tiene nueve minaretes muy altos. En cada minarete hay relojes con grandes campanas que tocan a las horas una especie de música, oyéndose ésta desde varias millas.

A la derecha de la iglesia están los armarios de sus libros de ciencia y religión y sus tesoros legados a la iglesia desde la época de su fundador, de manera que nadie puede disponer de ellos sino aumentándolos. A estos armarios habían trasladado los libros de los musulmanes de Córdoba, Sevilla y de otras ciudades, pretendiendo luego que se habían quemado hace unos diez años. Hemos visto las huellas del incendio en aque-

(1) Se refiere a los diez mandamientos de Dios.

llos armarios y en la iglesia. Aún está el Rey trabajando en la restauración de lo quemado. Si no fuese por el techo de piedra desprovisto de toda madera, el fuego hubiese destrozado toda la iglesia. A pesar de ello llegó hasta la cima de sus minaretes, de donde cayeron unas grandes piedras en el jardín que rodea la iglesia. Estas piedras son tan grandes que actualmente no se han podido devolver a su sitio.

Al lado de la iglesia, a la izquierda, están las tumbas de los reyes de esta dinastía, desde Carlos V, quien se hizo fraile, hasta Felipe IV, el padre de Carlos II. Están enterrados en una cúpula construída en una profundidad a la cual se baja por medio de una escalera en mármol dorado, de un trabajo muy fino. Sus tumbas son cajas de mármol dorado, elevadas sobre columnas y llevando cada cual el nombre del soberano que contiene. Ya han sido enterrados en este lugar cinco reyes con sus mujeres, pues tienen la costumbre de no enterrar allí más que a los soberanos. En cuanto a los demás miembros de la familia real tienen un cementerio distinto, situado al lado de éste.

Está la iglesia rodeada de todas las necesidades de la vida como molinos, cocinas, tenerías y otras cosas que se hallan en las ciudades. Tiene también numerosos depósitos de medicamentos, bebidas y aguas. Rodea todo esto un gran jardín, administrado por los frailes y conteniendo arroyos, canales y árboles de formas extrañas. Alrededor de la iglesia y de un jardín, está el coto del Rey, rodeado por una fuerte muralla de piedras. Pretenden que su circunferencia es de treinta y tres parasangas y a cada dos masafa de éstos hay una casa con un jardín, donde el Rey se refugia del sol cuando sale de caza. He visitado algunos de ellos cuando llegamos al Escorial, habiéndonos invitado el Rey para verlo, siendo éste para él un objeto de orgullo.

Este Escorial es de las cosas más importantes que consideran en España, no teniendo otra iglesia igual.

Los españoles no niegan la importancia de las mezquitas musulmanas como las de Toledo, Córdoba y Sevilla, muy célebres. La de Cór-

doba ha sido descrita en el sitio que le corresponde y más adelante trataremos de las de Toledo y Sevilla, ⁽¹⁾ que visitamos a nuestro regreso de Madrid, porque durante nuestra estancia en España el Rey deseaba siempre procurarnos distracciones, invitándonos a ver sus cotos, jardines, fiestas, palacios, armas, etc.

Fiestas en el Palacio Real

Organizó en su Palacio varias fiestas, a las cuales nos invitó durante tres noches seguidas. Nos preparó un asiento bajo una cúpula elevada, igual que el suyo. Asistía toda la nobleza y su séquito. Una vez reunidos todos entraba el soberano acompañado de su madre y esposa; las hijas de los grandes y de los notables les precedían llevando numerosas velas. Cuando llegaba a su asiento, frente al nuestro, nos saludaba descubriéndose y luego se sentaba y a su izquierda su esposa y a la izquierda de ésta su madre. Entonces avanzaban los músicos, hombres y mujeres, y cantaban, según sus costumbres, hasta media noche. Cuando terminan, el Rey, después de saludarnos, se retiraba el primero y después todos los demás. Luego preguntaba a quien nos servía si habíamos estado contentos, y con el deseo de que no nos faltase nada preguntaba por nosotros todos los días.

Tiene otro sitio de recreo y de caza, al cual se dirige cada año, en abril, para pasar casi un mes con su familia y sus amigos íntimos. Llámase este sitio Aranjuez.

Aranjuez

Cuando el Rey se marchó este año dejando el asunto por el cual vinimos en manos de su ministro y jefe del tribunal, el Cardenal, manifestamos a éste nuestro deseo de regresar a nuestro país y le incita-

(1) Sin embargo, el Visir autor no describió la mezquita de Sevilla.

mos a que nos lo facilitase pronto. Pero el soberano, deseando que visitásemos Aranjuez, nos mandó un día el jefe de los escribientes del Tribunal, el cual nos dijo que su soberano deseaba que fuésemos a Aranjuez para distraernos en sus jardines y cotos. Pero le dijimos que sólo deseábamos despedirnos de él porque no nos queda interés en recreos y paseos por haber tardado tanto en regresar a nuestro país y ahora éste es lo único que nos preocupa. El escribiente le envió esta contestación y a los dos días volvió con una orden del Rey, diciéndonos que nuestro viaje a Aranjuez era para despedirnos de él, porque se había enterado de nuestra inquietud. Ordenó al conde encargado de nosotros de acompañarnos él y el intérprete Alepino, pues nadie puede penetrar allí sin su autorización.

Salimos por la mañana de Madrid y caminamos nueve millas, atravesando así tres pueblos. A dos masafa llegamos al primero, llamado Verde a causa de sus numerosas plantaciones y huertas. Es una pequeña aldea de carácter más bien urbano. A una masafa de ésta se halla otra más grande llamada Venta, y después de ésta otra más grande que las dos, llamada Balad-El-Moro. En ésta hallamos una fonda, en la cual estuvimos hasta que pasó el calor. Por la tarde continuamos la marcha y, atravesando otras nueve millas, llegamos cerca de Aranjuez. Allí nos encontró un grupo de jinetes enviados por el Rey para recibirnos y saludarnos. Nos dijeron: «El soberano creyó que llegaríais al medio día y os preparó un espectáculo para distraeros al llegar.» Como tardamos, envió éstos a nuestro encuentro. Llegamos cerca de media noche y no hubo tiempo más que para dormir. Nos hospedaron en una casa del ministro Cardenal, que domina todo aquel recreo; allí pasamos la noche, habiendo enviado el Rey un representante para saludarnos y darnos la bienvenida.

Al día siguiente nos mandó llamar. Entramos en un jardín suyo rodeado por dos ríos que, encontrándose, forman el Tajo, que atraviesa Toledo, a un día de este sitio.

Este es un jardín magnífico en cuanto a sus arroyos y al orden con

el cual están dispuestos sus árboles. Contiene toda clase de flores, norias, fuentes y magníficos asientos que dan al río de los dos lados.

De este jardín entramos a la casa del Rey, habiendo éste enviado un grupo de su séquito para recibirnos.

Cuando entramos le hallamos de pie; a su derecha estaba su ministro y a su izquierda su mujer y algunas hijas de la Nobleza; a su alrededor estaban sus ayudantes e íntimos.

Le saludamos como de costumbre, diciéndole: «La paz sea sobre el que sigue la dirección.» Nos dió la bienvenida y nos saludó. En su mano hallamos una carta que escribió para nuestro Sultán el Victorioso por la gracia de Dios. La besó y nos la entregó después de preguntarnos por nuestro estado y por la inquietud que tuvimos. Le presentamos nuestras excusas, que él aceptó, de que no podíamos tardar más. Nos contestó: «Como presentáis unas excusas justificadas, no queremos reteneros más; presentad nuestras saluciones al Sultán y esperamos el buen trato para los prisioneros que tenéis. Todo lo que Su Majestad desee de nosotros lo haremos inmediatamente por respeto a su alta persona.» Nos preguntó si teníamos algún deseo, para que lo cumpliera en seguida. Contestamos que no, como es digno de nuestro puesto islámico. ¡Gracias a Dios!

Después de despedirnos de él y de entregarnos la carta para nuestro Sultán, salimos de allí. El Rey mandó tras de nosotros uno de sus íntimos para preguntarnos si teníamos deseos de permanecer en aquel coto. Le contestamos que nuestros corazones volaban hacia nuestra patria y que no podíamos permanecer una hora más. Como él deseaba volver a Madrid, nos envió al día siguiente los encargados de aquel lugar y con ellos salimos de caza. Encontramos grandes cantidades de ciervos y conejos. Al otro día regresamos a Madrid para prepararnos el viaje.

El Visir sale de Madrid hacia Marruecos

Salimos de Madrid el primero de Ramadán del corriente año. El Rey ordenó, a quienes nos acompañaban, hacernos pasar por Toledo para ver su mezquita, que es una de las maravillas del mundo por su construcción y celebridad.

En la noche de nuestra salida de Madrid pernoctamos en una aldea llamada Ueschca (Illescas), la cual era de las capitales de España y tenía celebridad merced a su Universidad; aún guarda huellas de la antigua construcción musulmana, como la puerta por la cual se entraba a la ciudad en aquella época. Pero hoy es una aldea de carácter más bien rústico y se halla a veintiuna millas de Toledo.

Toledo

Toledo, antigua residencia real, es una gran ciudad y una de las capitales de España. Está situado sobre una colina que domina el río llamado Tajo, que atraviesa Aranjuez, antes citada. Rodea la ciudad por tres lados, siendo el cuarto el que conduce a Madrid. La muralla de esta ciudad, sus paredes y sus calles se conservan en su antiguo estado desde su construcción por los musulmanes. Tiene también huellas de civilización. Pero la mayor parte de sus calles son muy estrechas. Sus casas conservan la construcción islámica, sus planos y sus inscripciones árabes en el techo y en las paredes.

La mezquita de Toledo

Su mezquita es una maravilla. Construída con piedras duras parecidas al mármol, se eleva a una altura considerable con un techo de piedras también.

Tiene grandiosas columnas, magníficamente construídas, llevando preciosos grabados.

Los cristianos añadieron en el centro una construcción con una reja de cobre amarillo, en la cual pusieron numerosas imágenes, cruces y el instrumento musical llamado órgano, que tocan cuando rezan. Delante de esta ventana pusieron un crucifijo de oro ante el cual están siempre encendidas, de noche y día, lámparas de oro y de plata, y numerosas velas.

Las puertas de esta mezquita son de un trabajo muy perfecto, pero los cristianos, como de costumbre, colocaron encima de ellas varias imágenes. También añadieron en los lados varias habitaciones donde están numerosos depósitos, en los cuales se hallan los tesoros, las piedras preciosas, los rubíes, las coronas incrustadas con perlas, todos de un valor inmenso. Con éstas hay también una gran corona de oro soportada por unas columnas del mismo metal. Pretenden que esto era de la época de los musulmanes.

A la derecha de estos depósitos hay un armario que contiene un gran libro escrito con agua de oro. Dicen que es la Biblia. Lo tienen en el máximo de conservación, de cuido y de reserva, de manera que no puede salir de su sitio. Cuentan que Felipe IV, el padre del Rey actual, quiso sacarlo de allí para tenerlo en su palacio, ofreciéndoles por ello una gran ciudad con sus impuestos. Pero no aceptaron porque lo guardan con mucho celo.

A la derecha de este armario hay otro que contiene una gran caja llena de cosas preciosas en oro incrustado, como collares, cadenas y anillos preciosos. A su derecha vimos un minarete de plata, pasando la altura de un hombre, cuyo interior y cima son de oro, incrustado de piedras preciosas. Este minarete fué construído al ejemplo del de la mezquita de Toledo. Lo tienen como adorno que ostentan en sus fiestas, con las cruces que acostumbran llevar en sus recorridos por las calles durante las procesiones.

El minarete de Toledo, a cuyo ejemplo fué edificado este otro, es una de las maravillas de la construcción. Comprende trescientos escalones; doscientos, desde la base hasta el sitio del cual el almuédano llama a la oración, y otros cien hasta la cima. En ese sitio los enemigos de Dios colocaron nueve grandes campanas, cada una de treinta y seis palmas de circunferencia y de tres cuartos del pico de espesor. La construcción está hecha de piedras duras, parecidas al mármol, y de la misma clase que la de la mezquita.—¡Devuélvala Dios al Islam!—

Al lado de estos armarios hay numerosos otros llenos de candelabros dorados y plateados, de cruces incrustadas y de vestidos bordados en oro que ponen los frailes, los monjes y sacerdotes de alta categoría.

Todos los sacerdotes de esta iglesia se hallan bajo la autoridad del Cardenal, que es hoy el primero de este título entre los cristianos ⁽¹⁾ y viene después del Papa, como explicamos anteriormente.

Como Toledo era una de las capitales de España y antigua residencia real, resultó que entre todos los que llevan el título de Cardenal entre los adoradores de la cruz, el suyo era el de más alta categoría. El Cardenal que tiene Toledo actualmente es el presidente del Consejo de España y de él dependen todos sus asuntos religiosos y civiles. Todas las consultas y las decisiones le pertenecen; él comunica con el Rey directamente y con su aprobación actúan todos los escribientes del tribunal.

Quedan en Toledo las huellas de la alcazaba, en la cual vivían los reyes anteriores a éste. Los que fijaron en ella su residencia después de la reconquista, introdujeron algunas modificaciones ⁽²⁾.

La importante ciudad de Toledo era la capital del reino cristiano desde los tiempos antiguos, o mejor dicho, ella y Sevilla. Tárik, a quien

(1) Seguramente que el autor se refiere a los cristianos de España.

(2) Esta parte, desde aquí hasta el fin del manuscrito, apareció con su traducción al castellano el año 1926 en la *Colección de Obras Árabígas de Historia y Geografía*, que publica la Real Academia de la Historia. Tomo II, traducción de D. Julián Ribera. Asimismo la confirmamos en nuestra traducción. Sólo hemos introducido algunas modificaciones, sobre todo en la transcripción de nombres de personajes.

Dios haya perdonado, en la expedición que hizo cuando invadió la tierra de allende, después de pasar por Córdoba, se dirigió, sin pararse en otra parte, a la ciudad primeramente nombrada, es decir, Toledo, donde, al llegar, encontró restos que indicaban los tesoros y riquezas incalculables que allí debía haber habido. Entre el cúmulo de objetos de que se hizo dueño, estaba la célebre mesa. No faltan, sin embargo, historiadores que pretendan que la tal mesa no se la halló en Toledo, sino en otro sitio no distante de esta ciudad llamado Guadalajara, y que Tárik, después de conquistar Toledo, se fué a dicho sitio de Guadalajara, próximo al desfiladero que recibió el nombre de Tárik, tras los montes, hasta que al fin llegó a la ciudad de Almeida, así llamada por haberse hallado allí la mesa. Sea de esto lo que quiera, el caso es que se la denominaba la mesa de Salomón, hijo de David. (¡Sobre ambos sea la paz!) Se dice que por los lados y los pies era de verdes esmeraldas, y hasta se afirma que tenía 365 pies, pero esto me parece muy dudoso; ahora, lo que otros dicen, que llevaba incrustaciones de oro, ya es cosa más admisible.

Dice el historiador: En cuanto Tárik se convenció de que Musa le había de alcanzar, y que, al enterarse de lo de la mesa, se la habría de pedir, arrancó uno de sus pies; de esta manera podría defenderse ante el emir El Ualid (Algualid) el día de mañana que pretendiera Musa haber conquistado el país y ser él el que halló la mesa. Desde Almeida volvióse Tárik otra vez a Toledo; aunque también hay quien dice que en esta excursión pasó desfiladeros y puertos y se lanzó bruscamente en tierras de Galicia hasta llegar a la ciudad de Astorga y de allí volvió a Toledo. A todo esto corría el año 93 de la Hégira. Una vez en Toledo esperó que su jefe, Musa ben Nosair, viniera a su encuentro.

Musa entró en España en este mismo año 93, acompañado de dieciocho mil hombres pertenecientes a la tribu de Coraich y a otras tribus árabes y gente principal. Lo primero que hizo fué procurarse un guía cristiano que le indicara y condujera a las ciudades que Tárik no hu-

biese conquistado, prometiéndole por este servicio buenos presentes y cumplida retribución. El guía le condujo al castillo de Zaguac, del distrito de Sevilla, que fué lo primero que atacó, pues Tárík no se había parado en este distrito; de allí se fué a Niebla, luego a Béjar, después a Oesonoba, que está a la orilla del mar, cayendo todas en su poder sin apelar a la fuerza. Después salió de esta comarca por el desfiladero que recibió su nombre, que se halla en la región de Alicante, cuyos habitantes le ofrecieron voluntariamente someterse; él, por su parte, les tranquilizó respecto a su suerte, con lo cual ellos le proclamaron por señor patrono y fueron llamados «manali Musa.» Continuando la expedición se dirigió a Toledo. En el camino paróse en un río o valle, donde pasó revista a los hombres que llevaba, por lo cual vino a llamarse desde entonces el río o «Valle del campo de la revista». De esta manera se enteró de cuántos y quiénes le acompañaban. Al acercarse a Toledo, salióle Tárík al encuentro y se apeó delante de Musa para hacerle el debido acatamiento y honor; pero éste le volvió desdeñosamente la cara delante de todos y mostró con claridad lo enfadado que estaba contra él, dándole una paliza y una severa reprimenda por haber campado él solo por sus respetos, faltando a las órdenes que le había dado de no pasar adelante. Tárík se excusó humildemente, diciéndole: «Señor, yo no soy sino tu liberto, uno de tus generales; aquello, pues, que he conquistado y obtenido, a tí sólo se ha de atribuir.» Tárík se esforzó en procurarse su benevolencia, y por fin obtuvo su gracia. Entonces le presentó la mesa que, como botín, había logrado. Se dice que era de oro engastado con perlas, jacintos y esmeraldas. Hay quien pretende que había pertenecido a Salomón, hijo de David (¡Sobre ambos la paz!), pero no es así. Como al presentársela le faltase el pie que le había arrancado Tárík, Musa preguntó por él, pero se le dijo que así la habían encontrado. También le presentó Tárík el quinto del botín obtenido en la guerra, que era muy considerable, y esto acabó de afirmar la benevolencia de Musa, de tal modo que hasta le mandó que continuase avanzando hacia

la frontera. Musa quedóse en Toledo hasta celebrar allí la Pascua de los Carneros del año siguiente.

Abdelmálic ben Habib, refiere, por habérselo oído decir a personas que a su vez lo oyeron contar a un virtuoso *tabi* (o musulmán que trató a los compañeros de Mahoma) llamado Alí ben Rabah, que entró en España en compañía de Musa, lo siguiente: «Cuando llegó a noticia de Musa que Tárik había conquistado tan gran parte de las comarcas de España, le dió tal envidia y disgusto, que se puso enfurecido contra él, y, sin perder tiempo, atravesó El Estrecho y se plantó en Córdoba, que era la más populosa ciudad de los reyes cristianos y la más famosa, a pesar de estar tan cerca de las costas del mar. Su salida de Ifriquiya tuvo lugar en el mes de Reheb del año 93, y la travesía marítima a España en el mes de Ramadán del mismo año. Se dice que la travesía la hizo desde Túnez; pero otros dicen que desde el Monte de los Monos, conocido por el Monte de Musa, cerca de Ceuta. Cuando se encontró con Tárik, le dió una buena reprimenda; pero éste procuró después calmarle y contentarlo, hasta que lo logró, hallando que Tárik tenía tal cantidad de cautivos, oro, plata y piedras preciosas cual en ninguna expedición habían conseguido jamás los musulmanes.»

Refiere el autor: «Dos individuos del ejército de Tárik encontraban un tapiz bordado de oro y plata en figura de ramajes y adornado de aljófar, jacintos y esmeraldas. Como uno de ellos no lo podía cargar, ni sabían ponerse de acuerdo para cargarlo ambos, traían un hacha y a hachazo limpio lo dividían; cada uno tomaba su parte sin más disputa, ni certificarse si estaba bien hecha la división. Así andaba en todas partes la gente, ocupada en cosas parecidas.»

Cuenta Abdelmélíc ben Habib, citando como autoridad a Al-Laiz ben Saad, que al llegar Musa a las cercanías de Toledo se le acercó un hombre y le dijo: «Manda a alguien que venga conmigo, pues quiero descubrirete un tesoro escondido.» Aquél mandó a algunos hombres que le acompañasen. Al llegar a cierto sitio, el hombre se paró y les dijo:

«Descubrid aquí.» Apenas comenzaron a descubrir se les apareció un gran tesoro con multitud de perlas, jacintos, esmeraldas y topacios. Al ver riqueza tanta, quedáronse estupefactos y enviaron recado a Musa para que viniese a presenciar aquello.»

Refiere también Abdelmélíc ben Habib que Musa primeramente se fué a Ifriquiya, es decir cuando le nombró gobernador de la misma Abdelmélíc ben Meruán, antes de ir, por supuesto, a España; y en la guerra que sostuvo contra los berberiscos logró apoderarse de un crecido número de cautivos, cuya quinta parte, que ascendía a veinte mil, la envió al Jalifa. Luego hizo una segunda expedición contra los mismos y resultaron, como quinta parte para el Emir, otros mil cautivos. Aquello le produjo a Abdelmélíc tal admiración que le escribió recomendándole que continuara excursiones que tan buenos resultados producían. Musa, en vista de esto, continuó conquistando los países de más allá, hasta que, por fin, con la ayuda de Dios, conquistó a España, en tiempo del Emir El Ualid (Algualid) ben Abdelmélíc.

Refiere Er-Rasi (Rasis), por autoridad de Abdelmélíc ben Habib, que entró en España, en compañía de Musa ben Nosair, uno de los más jóvenes compañeros del profeta—¡Dios le sea propicio!—, llamado Almonáidir, el Africano, a quien no se le conocía por otro nombre que por «El Africano», porque había residido en Africa. De él cuenta Abderramen Alhabali lo siguiente: «Refiérenos Almonáidir (amigo del profeta, a quien Dios bendiga y salve) que le oyó decir al mensajero de Dios—¡Dios le bendiga y salve!—: «Aquel que diga: Estoy contento con Aláh como señor, con el Islam como religión y con Mahoma como profeta, a ese le garantizo que en el día del juicio final le cogeré de la mano y le introduciré en el paraíso.»

Por varias referencias se sabe que los tabies que entraron en España, fueron los siguientes: Musa ben Nosair el Bekrí, Alí ben Rabah el Lajmí, Haiat ben Racha el Temimí, Abuabderramen Abdalal ben Ziad el Ansari el Habalí y Hánax ben Abdalal ben Omar ben Hantala el

Sabai. Este último es el Sanaani, apodo derivado de Sanaa, ciudad de la Siria, llamado también Aburrachdin, el cual era uno de los más virtuosos tabies, y hasta estuvo en Cufa en compañía de Alí ben Abutálib—¡Dios le sea propicio!—Murió en Zaragoza y fué enterrado cerca de la puerta de los judíos, en las inmediaciones de la ciudad, donde su sepulcro era venerado y conocido. Es cosa aceptada y recibida, que todos los tabies que fueron a España lo hicieron en compañía de Musa ben Nosair, e inmigraciones sucesivas; pero especialmente, acerca de los que acabamos de nombrar están conformes las tradiciones, en que vinieron a España con Musa y que asistieron con él al reparto del botín y a la distribución de cautivos, mercancías, tierras y campos cultivables, y que algunos de los mismos se volvieron también en compañía de Musa o después que él; sin embargo, no hay conformidad en que algunos de ellos vinieran con Musa, por ejemplo, Haya ben Rachá el Temimi, de quien algunos, aunque pocos, lo contradicen, y Abusaid el Sadafi, respecto del cual hay muchas tradiciones que no se muestran de acuerdo con ello; sólo se cita para probarlo, la autoridad o referencia de Abuámer ben Al-Aasi. De manera que, en resumen, podemos decir que no hay conformidad en las versiones acerca del número de tabies que vinieron a España. Unos dicen que fueron cuatro, sobre los cuales no hay discusión; otros suponen que fueron cinco, incluyendo al Sadafi, sobre el cual ya hemos dicho que no están conformes.

Mohámed ben Mozáin, refiere lo siguiente: «En una tienda de libros de Sevilla, allá por el año 471, en tiempos de Arradi ben Almotamid, me encontré un tomito que contenía la obra de Mohámed, hijo de Musa Arrasi (Rasis), a la que el autor puso por nombre «El libro de los estandartes». En él se menciona la venida del emir Musa ben Nosair, y el número de estandartes que entraron en España en compañía suya, tanto de los de la tribu de Coraich como los de las demás tribus árabes; en total eran veinte estandartes y pico. Entre los mismos había dos estandartes pertenecientes al emir Musa ben Nosair, uno de los que había

recibido del emir Abdelmélík ben Meruán, cuando le nombró gobernador de Ifriquiya y comarcas de allende; el otro, que se lo había mandado el emir de los creyentes, El Ualid (Algualid) ben Abdelmélík, al nombrarle de nuevo gobernador de Ifriquiya y las comarcas de más allá hasta el Magreb, que había conquistado; un tercer estandarte era de su hijo Abdelaziz, que entró en compañía suya; y así iba citando los estandartes de las demás personas que le acompañaban, ya de los Corachies, ya de los generales árabes y principales gobernadores de provincias, mencionándose allí además todas las nobles familias que iban sin estandarte. Decíase (en este libro) que Musa hizo con los suyos la travesía marítima, embarcándose en el «Monte de los Monos», lugar que hoy se llama Puerto de Musa, dirigiendo el rumbo hacia la parte de Algeciras, con vehemente deseo de internarse en España. En esta población permaneció algunos días descansando y arreglándose, hasta que decidió ponerse en movimiento. Entonces hizo reunir a su alrededor los estandartes de los árabes y los jefes de las brigadas, para consultarles acerca de cómo se había de llevar a efecto la expedición. Todos estuvieron de acuerdo en que se debía marchar hacia Sevilla y que debiera comenzarse la excursión guerrera por las comarcas que quedaban por conquistar al Occidente de esta ciudad, es decir, por los lugares más apartados que están en la costa del Océano, por la parte de Ocsonoba, para conquistarlos. Se dice que la reunión de esta ilustre asamblea tuvo lugar en el espacio de terreno que hoy ocupa la «Mezquita de los estandartes», de Algeciras, y que de eso le vino el nombre, como también por la misma razón Rasis llamó de este modo a su libro.

Añade también, que Musa ben Nosair no abandonó aquel sitio ni disolvió aquella asamblea antes de que se marcara, por orden suya, con un surco de arado aquel lugar, destinándolo ya para emplazamiento de la futura mezquita.

Añade Mohamed: Y conforme a lo acordado en esa asamblea, se

llevó a cabo la expedición y conquistaron el Occidente de España, hasta los lugares más apartados de la comarca de Ocsonoba.

Una vez acabada la conquista de España, Musa ben Nosair el Bekri el Tabi dividió el territorio de la península entre los militares que vinieron a la conquista, de la misma manera que había distribuído, entre los mismos, cautivos y demás efectos cogidos como botín. Entonces dedujo también el quinto de las tierras y de los campos cultivados, del propio modo que lo había antes deducido de los cautivos y objetos muebles. De los cautivos escogió cien mil de los mejores y más jóvenes y se los mandó al emir de los creyentes El Ualid (Algualid), hijo de Abdelmélíc; pero dejó los otros cautivos que estaban en el quinto, especialmente campesinos y niños adscritos a las tierras del quinto, a fin de que las cultivasen y diesen el tercio de sus productos al tesoro público. Eran éstos la gente de las llanuras y se les llamó los quinteros (El Ajmas), y a sus hijos los hijos de los quinteros (Banu Al Ajmas).

En cuanto a los otros cristianos que estaban en lugares inaccesibles y en los montes elevados, Musa les dejó sus bienes y el uso de su religión, mediante el pago de un tributo, quedando dueños de una parte de sus bienes en la tierra del Norte, pues ellos capitularon con condición de ceder el resto y pagar un tributo por las tierras de árboles frutales y de siembra, según lo hizo muy bien aquel a quien se debe imitar (Mahoma) con los judíos de Jáibar, respecto a sus palmerales y tierras labrantías. Excepción hecha de tres distritos: Santarén y Coimbra en el Occidente y Ejea en el Oriente de España, Musa distribuyó entre sus soldados las tierras de todas las comarcas conquistadas a viva fuerza, después de haber reducido el quinto para el tesoro. Esta división se llevó a efecto ante los tabies Hánax el Sanani, el Habalí y Abdenrabah, que se hallaban en el ejército de Musa; desde entonces, estas tierras han venido a transmitirse por herencia de padres a hijos. Cuando la gente y los sabios mencionan la tierra conquistada a la fuerza, entiéndase que se trata entonces del quinto. Los territorios que se sometieron por capi-

tulación son los del norte, donde los cristianos conservaron la propiedad de las tierras y arbolado, pero no el de los otros bienes. Algunos sabios antiguos dicen, hablando de España, que la mayor parte de ella se sometió por capitulación, excepto algunos lugares bien conocidos, porque después de la derrota de Rodrigo todas las ciudades capitularon; de aquí que los cristianos que las habitaban continuaron poseyendo sus tierras y demás propiedades con el derecho de venderlas.

Después de haber llegado al emir de los creyentes, El-Ualid (Algualid), la noticia de la conquista de España, Musa y varios de sus compañeros de armas enviaron embajada al Jalifa pidiendo permiso para abandonar a España y volverse a sus casas. El Jalifa les recibió muy bien, les agasajó y trató cariñosamente, les dió feudos en la Península, pero les imposibilitó de dejar España, no admitiéndoles excusa alguna para hacerlo. Les hizo, pues, volver con orden de comunicar la contestación a sus camaradas.

Más tarde, el emir de los creyentes Omar ben Abdelaziz—¡Dios se haya contentado con él!—, dedicó especial cuidado a España y separó el gobierno de la misma de la jurisdicción de Ifriquiya, nombrando gobernador a Es-Samah ben Malek. Este se fué a España con sus tropas y quiso establecerlas en las propiedades de los otros militares como partícipes. Entonces éstos enviaron emisarios a la corte del Jalifa. Estos emisarios se quejaron de Es-Samah y le pidieron al emir de los creyentes permiso para volver a sus antiguos lares, pues querían que los soldados de Es-Samah los reemplazaran en España. Pero el Jalifa no admitió aquello; les trató bondadosamente, les confirmó sus derechos en documentos expedidos ante testigos y concedió otros feudos a los soldados de Es-Samah. «Si Omar ben Aljatab—¡que Dios le haya sido propicio!—, dijo el Jalifa, no hubiera dado en la India feudos a los soldados, la defensa de los países hubiera sido imposible. Si aquéllo fué bueno para la India, ¡cuánto más no lo será para España! Quiera Dios que los musulmanes

no se vean en el trance de abandonar este país.» (Sin embargo, esto llegará, porque lo decretado por la Providencia ha de cumplirse.)

Según otra tradición, cuando Musa fué llamado a la Corte aún no había realizado de una manera completa y acabada la división de tierras entre sus soldados y el tesoro. El pidió al Jalifa El Ualid (Algualid) que acabara lo que había comenzado; pero esto no tuvo efecto hasta el Jalifato de Omar, que dió el gobierno de España a Es Samah ben Abdelmélík el Jaulaní, ordenándole que dedujera el quinto a lo que quedaba por deducir. Este lo hizo, enviando a las diversas comarcas personas que se encargaran de llevar a cabo la operación. Algunos de los que habían conquistado España a las órdenes de Musa y Tárik fueron a la Corte de El Ualid (Algualid), el cual les confirmó los derechos a las tierras que les habían cabido en suerte por medio de documentos. Respecto a los que posteriormente vinieron a España, les dió en feudo muchas tierras que pertenecían al quinto del Estado.

Dice Abdelmélík ben Habib: «Cuando en el año 100, en el jalifato del emir de los creyentes Omar, hijo de Abdelaziz (¡Dios le haya sido propicio!), fué nombrado gobernador de España Es Samah ben Mélik el Jaulaní, las tropas que le acompañaban quisieron tener participación en lo que poseían los primeros militares que vinieron a la conquista; pero entonces algunos de estos se fueron a Omar ben Abdelaziz y le dijeron que Musa había dividido entre ellos las tierras, después de haber asignado el quinto al Tesoro, y que Algualid les había confirmado en sus derechos, como lo probaban los documentos que éste les había expedido. El emir de los creyentes, Omar ben Abdelaziz, entonces les confirmó a su vez los derechos que les había concedido El Ualid (Algualid), expidiéndoles otras cédulas reales parecidas a las anteriores; además escribió a Es-Samah ben Abdelmélík una carta en que le recomendaba que se respetase lo dispuesto en esas cédulas y se llevase a efecto lo que ordenaba en favor de los peticionarios. Estos volviéronse muy regocijados, alabando la generosidad y justicia del Jalifa, el cual ordenó a Es-

Samah que diera en feudo a los soldados que le habían acompañado a España tierras del quinto.»

Otro sabio dice lo siguiente: «Las propiedades pertenecientes al quinto en España no dejaron de ser bien conocidas y cultivadas en beneficio del Tesoro Público durante la época de los gobernadores o emires; luego, durante el imperio de los Beniomeya, se las cultivó a nombre suyo, hasta que por todas partes se les sublevaron jefes insurrectos y acreció la guerra civil; de modo, que por largo tiempo y a través de diversas dinastías, subsistieron cultivándose conocidamente. Después de todo, Dios es el heredero de la tierra y de los que la habitan; no hay duda de que es el mejor heredero.»

Dice Rasis, tomándolo de Abdelmélík ben Habib: «A principios del año 94 penetró Musa en territorio de Afranch (Europa) y se internó hasta llegar a un gran desierto, una extensa llanura que....⁽¹⁾ y encontró un grande ídolo, de pie, sobre una base, con una esculpida inscripción arábiga, que decía así: «Oh hijos de....⁽¹⁾ lleguéis (aquí) volvéos....⁽¹⁾ esto.» Al leerlo, dijo Musa: «Esto quiere decir algo grave.» En seguida abandonó aquel país, volviéndose a Córdoba, donde celebró la Pascua de los Carneros de aquel año. Al emir de los creyentes, El-Ualid (Algualid) ben Abdelmélík, le llegaron nuevas de que el emir Musa ben Nosair entretenía a los musulmanes en España precipitándose con ellos ciegamente en tierras enemigas, fuera de razón y buen consejo. Esto le puso en cuidado y mandó a su enviado Moguiz con orden terminante de que reprochara duramente a Musa por su conducta y que le hiciera volver a Ifriquiya. Moguiz se fué a Córdoba, donde estaba Musa, y éste le regaló el lugar que durante el tiempo de la dominación musulmana se ha llamado «El Palacio de Moguiz» (Bilat-Moguit), con la tierra adjunta al palacio, que pertenecía al quinto, propiedad del Estado. Moguiz, en lugar de cumplir la orden del Jalifa, se fué entonces a hacer una excursión militar a Galicia. Al Jalifa, entre tanto, le pareció que Musa tardaba, y venía a achacarlo a que sin duda habría faltado a su deber, y se decidió a mandar

(1) Blanco en el manuscrito.

otro mensajero llamado Abunásar, con encargo de ir a España y no dejar de la mano a Musa hasta hacerle ir a su presencia. Abunásar partió y llegó allá a principios del año 95.

Otros dicen que, según se desprende de tradiciones antiguas, Musa ben Nosair fué el que dedujo el quinto de Córdoba, y que en ese quinto entró aquel delicioso valle del Este de esta ciudad, que actualmente es cementerio. Pasó a serlo cuando Omar ben Abdelaziz—¡Dios se haya contentado de él!—dió la gobernación de España a aquel varón fiel, leal y justo cual pocos, Asámah, hijo de Mélic, a quien dió órdenes expresas para que lo destinara a este objeto.

Ahmed Er-Razi (Rasis), en su crónica, da otra versión acerca de la autenticidad de la deducción del quinto de lo adquirido en España por los musulmanes; es la siguiente: Dice Abdelmélik ben Habib, haciendo derivar la noticia de algunos tabies que vinieron a España, que los Jálifas Beniomeya tenían la costumbre, cuando habían de llegar a sus manos los tributos de los distintos territorios de sus dominios, de ordenar que fueran juntamente con ellos diez habitantes del país, de los más honrados y principales, a fin de que no entrara en el Tesoro Público un solo dinar ni dirhem, hasta que estos diez diputados juraran por Aláh, aquel que no hay otro Dios sino él, que no había un solo dinar o dirhem que hubiese sido tomado fuera de derecho y sin mediar violencia con sus hijos y mujeres. Sucedió, pues, que vino una diputación de Ifriquiya en los últimos tiempos de Suleiman a traer los tributos, y cuando se les ordenó que prestaran juramento, sólo juraron ocho; dos de ellos se abstuvieron; eran éstos Ismael ben Obaidalah, liberto de los Benimajzum y Es-Samah ben Málik el Jaulaní. A Omar ben Abdelaziz, aquello le chocó, y al subir al jálifato se los adscribió a su propio servicio, y una vez convencido, por experiencia, de la religiosidad y virtudes de ambos, dióles, respectivamente, el gobierno de Ifriquiya a Ismael ben Obaidalah, y a Es-Samah ben Málik, el de España. A este último le ordenó que dividiese en cinco partes la tierra que allí quedaba por divi-

dir y los bienes muebles, y que sacara el quinto que al Tesoro Público religioso correspondía, dejando las poblaciones en manos de sus señores. Le mandó además que le escribiera dando noticias de lo que España era, de sus mares y ríos, y la forma o manera de hacer la travesía para ir a ella, pues tenía el pensamiento de hacer que la abandonaran los musulmanes, porque, estando a la otra parte del mar, se hallaban demasiado alejados de los países musulmanes. Es-Samah se fué a España, y, por orden del emir de los creyentes, Omar, la separó del gobierno de Ifriquiya. Para deducir más correctamente el quinto, hizo distinción entre el territorio conquistado a la fuerza y el que se había sometido pacíficamente, al llegar a sacar el quinto. Una vez que llevó a efecto Es-Samah lo que se había propuesto, escribió al emir de los creyentes dándole noticias de lo que había hecho, ya en el territorio conquistado a la fuerza, ya en las comarcas del Norte, que habían sido sometidas de grado. Los habitantes de estas comarcas habían capitulado, obligándose a pagar una capitulación y un tanto de los productos de sus tierras; unas habían de pagar el tercio, otras el cuarto de sus productos, según la calidad y fertilidad de las mismas, conforme lo había hecho el mensajero de Dios en Jáibar. Es-Samah, en la misma carta pidió permiso al Jalifa para construir el puente (sobre el Guadalquivir) utilizando la piedra de las murallas de Córdoba, pues no se conocía entonces en esta comarca cantera de donde sacarla. La contestación afirmativa del emir de los creyentes Omar ben Abdelaziz, llegó diciendo: «Que el valle que había resultado como quinto al Sur de Córdoba se convirtiera en cementerio, y que el puente se construyera con las piedras de los muros, recomponiendo de adobes los portillos que resultaran.» Desde entonces, el susodicho valle, que correspondía como propiedad al Tesoro del emir de los creyentes Omar, pasó a ser cementerio de los musulmanes. Asimismo se llevó también a cabo la construcción del puente.

Entre las gracias que debe España a los tabies que estuvieron en la conquista, en compañía de Musa ben Nosair, está la siguiente, según re-

fieren algunos tradicionistas: Cuando ellos hicieron la expedición a Afranch, en la que sirvieron como militares Hánax ben Abdalah y Abuaberramen el Habalí, se encargaron de echar los cimientos a la mezquita de Córdoba construyéndola de nueva planta, levantaron el mihrab y trabajaron en su cimentación con sus propias manos. Según antiguas tradiciones, aquel templo vino a ser un jardín del paraíso. Al venir los Beniomeya hicieron nueva construcción, pero sin demoler el mihrab, el cual fué mantenido y trasladado sobre plataformas de fuertes y bien trabajadas vigas, al lugar que hoy ocupa. Ambos le habían colmado de bendiciones por haberse encargado de llevar a efecto su construcción con sus propias manos—¡Dios les haya concedido su misericordia!—. Así permanece aún hoy día.

Cuando acabaron estos dos tabies la construcción de la mezquita, según se acaba de decir, los otros tabies, con Musa ben Nosair, su emir, volvían de la expedición y todos se reunieron en el monte de Almaida, que está al lado del río que corre al Sur de Toledo, e hicieron rogativas al cielo en favor de la gente de España.

De la excelencia de los tabies y de lo gratas que eran a Dios sus oraciones, se cuentan muchos hechos dignos de mención. Uno de ellos fué el siguiente: Musa ben Nosair puso sitio a una de las fortalezas del Oriente de España; más de veinte días con sus noches habían transcurrido combatiéndola con persistencia; la plaza no se tomaba por ser fuerte y hasta inaccesible. Al fin, al ver que aquello se hacía demasiado largo, hizo pregonar en medio del ejército que a la madrugada siguiente tomaran las armas. Uno del ejército, que refería este hecho, decía: «Nosotros creíamos que el general habría tenido noticia de que el enemigo había recibido refuerzos, y querría levantar el sitio; pero a la mañana siguiente, cuando nos disponíamos a formar, levantóse el general, alabó y loó a Dios, y luego dijo: «¡Soldados! voy a ocupar el primer lugar delante de vuestras filas. Cuando me veáis orar, orad; y cuando me veáis atacar, atacad.» Los del ejército, al oír aquello, decían: «¡Alabado sea Dios!

Ciertamente es una tontería el mandarnos atacar una fortaleza que no hay medio para tomar: ¿dónde vamos a combatir?» Sin embargo, el general se puso al frente de las filas en sitio donde la gente pudiera verle, levantó las manos hacia el cielo, volvióse a la quibla y se puso a orar, suplicar y pedir humildemente a Dios y hasta a llorar. Nosotros estábamos esperando que acabara y dijera: «Dios es grande.» Poco tardó en decirlo y en lanzarse en dirección a los muros del castillo. Los del ejército repitieron la frase «Dios es grande», y atacaron. De repente, la parte aquella del castillo que estaba próxima a él, se desploma y la caballería se introduce por la brecha, y Dios excelso y sublime dió la victoria a los musulmanes, sus siervos y escogidos.

Otro de los hechos admirables, debido sin duda a las oraciones de los tabies, fué también el siguiente: Combatía Musa en otra ocasión una fortaleza en la que los enemigos eran evidentemente muchos y bien equipados; de una y otra parte luchaban encarnizadamente; en medio de una batalla sostenida con gran empeño, mandó Musa ben Nosair que se sacaran de su tienda a las mujeres e hijas con el rostro descubierto, sin velo, para exponerlas delante de las tropas; luego se puso a orar a la vista de todos. Aquello estimuló tanto a los musulmanes, que la lucha se arreció formidablemente, y, al cabo, Dios alto les hizo obtener la victoria. Musa solía llevar a su familia en sus expediciones guerreras, pues pensaba que esto hacía más probable que sus súplicas u oraciones fuesen oídas por Dios.

Cortas noticias acerca de la vuelta de Musa ben Nosair a Oriente

A principios del año 95, Abunasar, el mensajero que el emir de los creyentes El Ualid (Algualid) ben Abdelméfik había mandado al emir Musa ben Nosair, llegó a España y ordenó a éste que se pusiera en camino para Oriente. Tárik, los tabies y demás gente que quisieron dejar a

España por volver a las comarcas orientales, salieron en compañía de Musa, el cual, antes de marcharse, dejó a su hijo como lugarteniente suyo en España, dándole como ministro a Habib ben Ocba ben Naff el Fihri. Con estos dos últimos permanecieron en España todos los que quisieron quedarse, habitando los lugares que habían fundado y elegido como residencia. Moguiz y Abunásar, los dos mensajeros del Jalifa, también salieron en compañía suya y todos se pusieron en marcha hasta llegar a Sevilla, donde hicieron alto. En esta ciudad hizo quedar Musa a su hijo, al que había nombrado lugarteniente, por ser sitio no alejado del mar y punto a propósito para hacer, a cualquier evento, la travesía. Allí se hizo a la vela con los demás viajeros, dirigiendo el rumbo a vuelta al Oriente, con el alma apenada, por no poder continuar haciendo la guerra santa, y entristecido por tener que abandonarla. Esto sucedía en el mes de Ramadán del mismo año, es decir a su salida de Sevilla.

Refiere Abdelmélík ben Habib la siguiente noticia que la había tenido de Abunoáin el Tochibi: «Cuando Musa ben Nosair salió de Córdoba, después de haber llegado el mensajero del emir de los creyentes El Ualid (Algualid), este cogió las riendas de la cabalgadura que Musa montaba para hacerle salir de España, según las órdenes del Jalifa.» Un testigo presencial, por quien se sabe este relato, decía: «Cuando llegamos a las inmediaciones del cerro del agua (fachol-má), a la otra parte de Secunda, Musa picó a la mula blanca que montaba para que se volviera en dirección a Córdoba (separóse de la carretera) y subió sobre aquella colina para ver a Córdoba desde la altura; a todo esto los tabies y demás gente principal no le abandonaban; paróse, al fin, en lo alto y exclamó: «¡Oh Córdoba, qué hermosa y agradable eres! ¡Cuán deliciosas son tus noches! ¡Cuán placenteros tus días! ¡Cuán grata la templanza de tu ambiente!» Inmediatamente guió otra vez a su cabalgadura hacia el camino en dirección a Sevilla. Llegado a esta ciudad, pasó el mes de Ramadán, cumplió el ayuno, celebró la Pascua y después marchóse a Oriente.»

Abdelmélík añade: «Musa ben Nosair se puso en marcha en dirección a Oriente y pasó de largo sin pararse ni entrar en Cairouán, celebrando la Pascua de los carneros de ese año en el Alcázar del Agua (Casar-al-má), a una milla de dicha ciudad. Pero coincidió que la gente de aquel país, por falta de lluvias, estaban afligidos de terrible sequía, y Musa les acompañó a hacer las prerrogativas por agua y les predicó el sermón. Acabada la plática, se le dijo: «¿No ruegas por el Emir de los creyentes?»; pero él contestó: «Hoy no es día para ello.» El resultado fué que llovió copiosamente. Luego emprendió el viaje a Oriente para presentarse ante el Emir de los creyentes El Ualid (Algualid), acompañado de Tárik, llevando consigo todas las riquezas, piedras preciosas, botín y esclavos elegidos (mujeres y mancebos) y la célebre mesa, de la cual se dice que fué evaluada en doscientos mil dinares, por las piedras preciosas que contenía.»

Algunos historiadores refieren, respecto a esto de la mesa, que fué traída de Jerusalén en los tiempos antiguos, y que la manera como esto se verificó, fué la siguiente: el primero que habitó la capital de España como fundador y dominador del reino fué Ispán, hijo de Túbal, hijo de Jafet, hijo de Noé—¡sobre éste sea la paz!—, de cuyo apellido esta comarca tomó el nombre de Ispania. De esta dinastía se sucedieron más de cien monarcas, que reinaron hasta allá por los años 4000 de la creación, que corresponde aproximadamente al año 1000, del diluvio, en cuya fecha comenzó la dominación de los griegos en ese país. Sucedió, pues, que al pretender los judíos hacer llevar a efecto la muerte de Jesús, hijo de María—¡sobre El sea la paz!—, los cristianos, dondequiera que los hubo, se encolerizaron y sus reyes se escribieron unos a otros con este motivo. El monarca de España que entonces reinaba, Petrus, según unos, Hércules, según otros, juró que iría contra Jerusalén con las tropas españolas; y lo cumplió, pues llevó la guerra a Jerusalén con la mayor parte de las tropas que a sus órdenes tenía. El rey de Roma y el de Armenia por su parte, emprendieron también la expedición, después de haberse

convenido, por las cartas que se cruzaron, en acudir a un lugar de cita, donde se reunieron, marchando después juntos contra Jerusalén. Allí hostilizaron a los que la mantenían, hasta que al fin cayó la ciudad bajo su poder. De trescientos mil judíos que había, a cien mil los mataron, otros cien mil fueron cautivos y los restantes cien mil fueron dispersados por el mundo. El botín y todo lo más precioso que encontraron en Jerusalén se lo repartieron entre sí, correspondiendo, a la porción que tocó al Rey de España de aquel entonces, la célebre mesa, que es la que después se encontró en las comarcas toledanas; al Rey de Roma le cupo en suerte el vestido de Adán y la vara de Moisés—¡sobre ambos la paz!—; y al Rey de Armenia, el jacinto de Alejandro Magno (Dulcar-náin). También se dice que este jacinto vino a caer en Mérida en manos de Musa ben Nosair, juntamente con la Alquila, porque el Rey de España había obtenido esto al propio tiempo que la mesa. El caso es, que todos estos objetos los encontró Musa, ya en Toledo, ya en Mérida. La alquila servía para alumbrar la mencionada mesa. Resultado, que al emir de los creyentes le fueron llevados estos objetos. Abdelmélík ben Habib el Salemi, da también otra versión de estos sucesos, pues refiere que Nabucodonosor alistó tropas de todos los países del mundo para hacer la guerra a Jerusalén, y que entre la multitud de los que fueron invitados a tomar parte en esa expedición estaba el Rey de España, que estuvo presente allí y le cupo en suerte la mesa de Salomón, que trajo después a su país.

Corriendo los tiempos vino el año 96, y en él se presentó Musa ben Nosair con todo el botín recogido en España, ante el emir de los creyentes El-Ualid (Algualid), dos meses antes de su muerte o cosa así. Entonces le mostró todo lo que consigo traía, poniéndole delante la susodicha mesa; al dársela al Jalifa, pretendió él haberla obtenido, pero Tarrík le dió un mentís, diciendo: «No es verdad eso; fui yo el que la obtuve. La prueba es que el pie que le falta es este que traigo aquí.» Sacó en seguida el pie y Algualid hubo de darle la razón en lo que decía,

apreciando de todos modos en gran manera aquel regalo. Musa permaneció en la Corte de Algualidad hasta que éste murió.

A su muerte subió al trono su hermano el emir de los creyentes Suleiman, que recibió de Musa ben Nosair y de los gobernadores del Occidente que le acompañaban, las rentas que habían percibido de los pueblos que tenían en feudo, pertenecientes al quinto del Tesoro público y los productos que en aquel entonces se habían sacado. Además les impuso a todos una multa, especialmente a Musa, a quien hizo pagar un pecho de 100.000 dinares con lo que....⁽¹⁾ cien mil por intermedio de Yecid ben Almohalab.

Suleimán ben Abdelmélik veía siempre con malos ojos a Musa ben Nosair y solía llamarle «el viejo mentiroso», por haber sostenido que la mesa habíala él logrado; pero en esto no estaba en lo cierto Suleiman, porque Musa ni era por costumbre mentiroso, ni en las palabras que había dicho, de haber sido él el que había logrado la mesa, había faltado a la verdad, pues aunque no presenciase personalmente el acto, al fin y al cabo Tarik, su representante y liberto, no era más que un mandatario suyo; por consiguiente, si éste la logró, fué por habérselo el otro ordenado y aún haberle dado los medios para llevarlo a cabo; de modo que la conquista de España, a Musa y no a otro debe ser atribuída.

(1) Blanco en el manuscrito.